REBELION EN LA SALITRERA

UNIVERSIDAD DE CHILE
3 5601 15631 3904

Theodor Plievier

Traducción
Judy Berry-Bravo
Pedro Bravo-Elizondo

COLECCIÓN LUIS GONZÁLEZ ZENTENO

Theodor Plievier (1892-1955) nació en Berlín-Wedding, Alemania. A comienzos del siglo XX, realizó viajes a Australia y Sudamérica, específicamente a la zona salitrera de Chile, Tarapacá y Antofagasta. **Rebelión en la Pampa Salitrera** transcurre en la utópica provincia de Atahualpa (Tarapacá) en la década de los 30s. No ha sido traducida y ésta es su primera versión, razón por la cual es "la novela ignorada del salitre." La novela abarca el período de la presidencia y dictadura de Carlos Ibáñez del Campo y la situación social de Chile cuando en 1931 se agrava la crisis y cierran los mercados del salitre y cobre. Motivos fundamentales son la "sublevación de la Escuadra" en Coquimbo, la "República Socialista" del 4 de junio de 1932, la creación del "Consejo de Obreros y Campesinos" y "Alianza Revolucionaria de Trabajadores" y el movimiento obrero de la pampa y puertos del salitre

El rescate de esta novela, añade una obra fundamental para entender el período histórico de la Era del Salitre que da origen al nacimiento del moderno movimiento obrero en Chile

Theodor Plievier (1892-1955) nació en Berlín-Wedding, Alemania. A comienzos del siglo XX, realizó viajes a Australia y Sudamérica, específicamente a la zona salitrera de Chile, Tarapacá y Antofagasta. **Rebelión en la Pampa Salitrera** transcurre en la utópica provincia de Atahualpa (Tarapacá) en la década de los 30s. No ha sido traducida y ésta es su primera versión, razón por la cual es "la novela ignorada del salitre." La novela abarca el periodo de la presidencia y dictadura de Carlos Ibáñez del Campo y la situación social de Chile cuando en 1931 se agrava la crisis y cierran los mercados del salitre y cobre. Motivos fundamentales son la "sublevación de la Escuadra" en Coquimbo, la "República Socialista" del 4 de junio de 1932, la creación del "Consejo de Obreros y Campesinos" y "Alianza Revolucionaria de Trabajadores" y el movimiento obrero de la pampa y puertos del salitre

El rescate de esta novela, añade una obra fundamental para entender el periodo histórico de la Era del Salitre que da origen al nacimiento del moderno movimiento obrero en Chile.

X33.91
P737r.E
C 1

Theodor Plievier

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFIA Y HUMANIDADES
BIBLIOTECA EDUARDO PEREIRA SALAS

Donación / 09 - Junio - 2004

Rebelión en la Pampa Salitrera

Traducción
Judy Berry-Bravo
Pedro Bravo-Elizondo

Traducción de Revolt on the Pampas de Theodor Plevier
(Editorial Michael Joseph Ltd.
Traducción de Charles Ashleigh. London. 1937).
Registro de Propiedad Intelectual N° 122 933
ISBN 956-7628-08-4

Edición
Miriam Salinas Pozo

Diagramación y Estilo
Ediciones Campvs
Universidad Arturo Prat

Coordinación
Patricia Carreño C.

Índice

Introducción 9

Prólogo 15

Libro Uno

De Hamburgo a la Costa Oeste

Capítulo 1 19

Capítulo 2 34

Capítulo 3 47

Capítulo 4 59

Capítulo 5 78

Capítulo 6 90

Capítulo 7 100

Libro Dos

En las tierras de Atahualpa

Capítulo 1 115

Capítulo 2 126

Capítulo 3 136
Capítulo 4 146
Capítulo 5 157
Capítulo 6 171
Capítulo 7 179
Capítulo 8 199
Capítulo 9 220
Capítulo 10 229

Libro Tres
La rebelión de los condenados

Capítulo 1 271
Capítulo 2 281
Capítulo 3 297
Capítulo 4 303
Capítulo 5 313
Capítulo 6 315
Capítulo 7 325
Capítulo 8 346
Capítulo 9 361
Capítulo 10 403

Post scriptum 406

Respectfully dedicated to
Margret Morel-Plievier
for her generosity in authorizing
this edition of her husband's novel.

Vida y Tiempos
En los Tiempos de Shakespeare

Aunque habían descargado carbón por dos semanas, el capitán todavía rehusaba a sus tripulantes el bajar a tierra. Sabía demasiado bien que el *Cap Finisterre* no era el paraíso para ellos y la paga mucho menos. Si les entregara un avance, y tendría que hacerlo si desembarcaban, aumentarían las posibilidades de que dos o tres no regresaran. Para evitar tal contratiempo, no permitió que nadie abandonara el barco. Para asegurarse, cada atardecer ordenaba izar en los *pescantes* el bote que utilizaba para sus propios viajes al pueblo. Y los marinos sudaban desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde.

Abajo, en la semioscuridad de la escotilla, se veían como un grupo de gorilas en cautiverio. Cargaban cuatro o cinco *chinguillos* los cuales colgaban de un aparejo para que el *winche* los vaciara en las lanchas. Una y otra vez, alguien se suspendería del aparejo y subiría a cubierta donde se sentaría por un momento, cegado por la luz. Desde allí indagaría vanamente con sus ojos semicerrados en dirección hacia la caleta.

Era la misma escena día tras día: arena y cerros empinados que se alzaban mil metros hacia el cielo. Las miserables viviendas se ocultaban bajo el polvo gris de la tierra del desierto. Un barrio del pueblo quedaba a la orilla de la costa, mientras que el otro emperchaba como nido de pájaros a los pies de los cerros. La quietud de la pequeña aldea era casi misteriosa. Sólo en la tarde cuando aparecían las luces en las cabañas y las sombras cruzaban diferentes derroteros, la presencia de vida se hacía evidente.

Dos veces durante la última semana los marinos habían visto la población sacudirse de su inmovilidad. La primera fue por un temblor. Descansando en el quieto mar, no sintieron el ondular de la tierra. Pero pudieron observar cómo enormes rocas se soltaban y rodaban por las cuestas, dejando altas columnas de polvo. No obstante, lo que más llamó su atención fue cuando la gente huyó de sus casas por las estrechas calles para juntarse en una masa oscura en la ancha plaza.

La segunda vez no fue por un temblor. Sin embargo, la comarca se notaba inquieta. Columnas de polvo progresaban hacia el centro y nuevamente los residentes salieron fuera de sus hogares. En este caso sólo unos pocos llegaron a la plaza principal; la mayoría se mantuvo parada en frente de sus puertas. Las nubes de polvo que descendían por la cuesta dejaron ver a jinetes armados con blancos uniformes y cuando cabalgaron a la plaza el sol reflejó los sables fuera de sus vainas. Los caballos se encabritaron ante el avance de una negra masa de seres humanos sobre ellos. En poco tiempo la plaza quedó limpia. Aquella masa subió las empinadas sendas con los soldados tras de ella y el eco de los disparos se sintió a

través de la bahía.

En el *Cap Finisterre* no podían explicarse qué estaba pasando en las cabañas y en las calles. Luego cuando la caballería empezó de nuevo a subir la cuesta, observaron que escoltaba a grupos de prisioneros.

Al día siguiente, el pueblo permaneció en completa calma bajo el tórrido cielo. La única actividad ocurrió cuando dos lanchas salieron del malecón, una hacia el *Cap Finisterre* y la otra a un velero noruego. Había dos hombres en cada una.

Cerca del mediodía, uno de los lancheros bajó al puente de proa. Jaap le había pedido que lo hiciera y le ofreció algo de su comida. "Los pobres diablos tienen menos que nosotros," comentó. Podía decir unas palabras en castellano y averiguó sobre lo que había acontecido el día anterior.

El hombre hizo un gesto, como de advertencia. "Saavedra y la gente de Atahualpa..."

"Les dispararon a ustedes, ¿no?" confirmó Jaap.

"Es porque tienen miedo de ellos mismos," replicó.

Lindnaes intervino, "Pregúntale si conoce a don José, el gordo."

Y Joergen quería saber si habría posibilidades de empleo en tierra. "En la pampa salitrera, por ejemplo. Podemos trabajar en algo, pintar, empalmar cables. Siempre hay algo que hacer en las salitreras."

"También hay las minas de oro, podríamos buscarlo en los lavaderos. Sólo que tendríamos que ir al interior donde están los ríos al otro lado de la Cordillera," agregó Hannes.

"No es fácil encontrar trabajo en estos días," respondió el lanchero. Parecía no saber nada de lavaderos de oro.

"Bueno, el *Cap Finisterre* tampoco es una mina de oro," observó el sueco.

Tenía razón, no lo era, y en especial para Klaus. Había sido contratado como grumete de cabina unos días antes cuando el vicecónsul en Atahualpa vino para legalizar los papeles. Había obtenido un impermeable, una camisa y un par de pantalones y botas, todo de segunda mano que tendría que pagar con su viaje de regreso.

Aunque el lanchero no podía ser muy concreto con respecto a las posibilidades de subsistencia en tierra, no sabía nada de don José.

"¡Aquí se pasa bien!" alardeó. "Y en estos días también, a pesar de la crisis. Tenemos un bar y un salón de baile."

"¿Cuál es?" insistió Lindnaes. "¿Ese con techo de cañas?" ¡Quería estar completamente seguro!

"Ese mismo, donde está amarrada la mula en frente de la puerta. Y hay bastante *jaleo* allí; llegaron un par de bailarinas en barco desde Atahualpa y ¡son chicas *buenonas*!"

Estaban en cubierta, asomados a la borda. A la distancia veían tierra y el pueblo, que eran sacudidos ocasionalmente por un terremoto o por temblores de los cuales había hablado Achazo. Ninguna de las casas era de construcción sólida, cada una parecía estar junta gracias a estacas y cartones para que el próximo ventarrón no la volara hacia el mar. Pero en esas humildes cabañas residía gente y la tripulación del *Cap Finisterre* tenía tras de sí ciento doce días de navegación y vivían atrapados abordo paleando carbón.

No hubo manera de convencer al capitán para que les diera franco. Parecía como si deseara vengarse de la tripulación por la ira y amargura del viaje.

De noche era peor cuando los vientos cesaban de soplar desde el mar y surgía la brisa costanera que llegaba al navío con su cálido respirar. Los hombres podían ver las pálidas luces rojizas en las casuchas y en las sombras inquietas que pasaban, creían avistar a mujeres caminando. Pese a la distancia con la costa, Lindnaes una vez juró que podía escuchar la música del salón de baile. Permanecían por horas mirando a través de la neblinosa luz de la luna.

Al día siguiente se levantaban completamente cansados.

Se ponían sus *pilchas* tiesas por el sudor ya seco y una vez más bajaban a la escotilla. Pronto los primeros chinguillos subían y el fino polvo del carbón descendía, cubriendo sus labios y párpados. Se sentían como si el mundo los hubiese abandonado. Gradualmente se sobreponían. Cada faena tiene su propio ritmo, el que permite al trabajador seguir adelante con ella. Había algo en lo cual no querían pensar: que esa misma tarde otra vez no se les permitiría desembarcar. "¡Por la mismísima mierda!" exclamaba Lindnaes. Metía la pala en el carbón con tal rabia que la negra ruma se deslizaba, bañando todo con la gruesa nube del polvo. "No aguanto más este *hueco*, ¡me voy a robar un bote!"

"Si Achazo estuviera todavía aquí, estaríamos en tierra hace tiempo," rumió Jaap, y Lindnaes tuvo que aceptar que era la amarga verdad. Desde que Achazo se fue, el finlandés estaba a cargo de la tripulación.

"A las doce, voy a popa," avisó después de un rato, empuñando la pala tan fuertemente que sus venas sobresalieron. Cuando los demás almorzaban, fue a la popa. Pero el Viejo no estaba.

"El capitán fue a tierra. ¿Qué pasa, Lindnaes?" preguntó el primer oficial.

"¡Queremos ir a tierra! Ya lo hemos pedido varias veces y no lo vamos a hacer de nuevo!"

"No vale la pena, Lindnaes. El Viejo fue para apresurar el papeleo. No hay carga para nosotros aquí, por lo que vamos más al norte y partimos mañana temprano."

"¡Pero eso...!"

"Ya sé, es el colmo, pero no hay nada que se pueda hacer. Igual que tú, a mí tampoco me agrada el asunto. ¡Hay varias cosas que no me gustan en este barco!"

"Si es así, ¡le voy a decir al Viejo en su cara lo que pienso de él!" amenazó Lindnaes, apretando sus puños en inútil furia. ¿Qué podía hacer, sino aceptar lo que el oficial le informaba y regresar a proa?

Al retornar explotó, "¡El Viejo es un hijo de su puta madre que lo parió y se lo voy a decir en su cara tan pronto como vuelva abordo!"

Hannes y Klaus descansaban en la proa. Podían distinguir una carreta meciéndose pesadamente por la costa. Varias veces habían notado lo mismo. Salía del pueblo y se detenía a medio camino para descargar algo. Era el único sitio donde había una playa arenosa. En cualquier otra parte, sólo existían empinadas rocas o acantilados donde rompía el mar en espumas, golpeando como en Punta Piedras.

"¿A qué distancia crees tú que está la playa desde aquí?" preguntó Klaus.

"¡Muy lejos para nadar!"

"Sí, pero algunos pueden nadar más lejos que otros... Creo que puedo hacerlo en media hora."

"Yo también puedo aguantar media hora."

Era demasiado orgulloso para reconocer cualquier inferioridad, en especial frente a Klaus, y los dos muchachos

comenzaron a sobrepujar sus capacidades. Antes de volver a sus tareas, ya habían decidido cómo abandonar el barco juntos.

"Pondremos nuestra ropa en un saco o una caja," sugirió Klaus. "Podremos vender algunas de ella, para alimentarnos por un tiempo."

"Pero no se puede ver la playa en la noche."

"Nos guiaremos por las luces del malecón."

Finalizaron el plan y estrecharon las manos para reafirmar el pacto. Sin embargo, esa tarde cuando se reclinaron en la borda, el cielo estaba nublado. No había esperanza de orientarse con la luz de la luna, por lo menos hasta las dos de la madrugada. Como el capitán aún no había regresado y la partida del *Cap Finisterre* fue retrasada por veinticuatro horas, podían darse el lujo de posponer su atentado. La próxima tarde una vez más se sentaron juntos en el castillo de proa. Contemplaron las luces del malecón y trataron de calcular dónde se hallaba la playa.

"Debe estar por allí, a la derecha de esa lucecita."

"¡Eso es! Esa luz viene de esa cabaña de allá. ¡Pero está tan oscuro que difícilmente puedes asegurar dónde está cualquier cosa!"

"Sí, pero podemos ver la luz. Cuando nademos tan lejos que podamos verlas todas en una fila, debemos seguir hasta que las veamos desde el otro lado. No puede estar tan lejos."

"¡Si sólo tuviéramos luna!" se lamentó Hannes.

"Eso no lo podemos evitar, debemos hacerlo esta noche. Mañana es demasiado tarde."

"Es verdad."

"Bueno, ¡empecemos!"

Klaus buscó un barril cortado en la mitad para meter su ropa. Al bajar, encontró a Hannes en su pañol. Klaus

abrió el suyo y sacó sus pantalones, un par de zapatos y el resto de ropa interior que había traído consigo, como si fuera a lavarlo todo. Jaap, Lindnaes y los jóvenes finlandeses que jugaban a los naipes, no se dieron por enterados.

Una vez arriba, Klaus metió su ropa en el barril. Pensó que no era mucha, pero podría vender algo. Pasó un rato antes que Hannes se le uniera, mas cuando lo hizo, venía con las manos vacías.

"Es muy difícil."

"¿Qué quieres decir con 'es muy difícil'?"

"Esta bahía está a dieciocho grados al sur."

"Sí, ¡ya lo sabemos! Pero, ¿qué tiene que ver con esto?"

"Bueno, quiere decir que estamos en aguas tropicales. Hoy día estuve hablando con un pescador y dijo que había visto tiburones, ¡y grandes!"

Klaus temblaba de excitación; casi no podía hablar.

"Bueno, ¿qué es exactamente lo que quieres decir?" musitó enojadísimo.

"Tú puedes irte, si quieres, yo, no."

"Entonces, ¡me voy solo!" y se aproximó al barril.

"¿Puedo ayudarte en algo?"

"No, ¡no necesito tu ayuda!"

Klaus se sentó detrás de un rollo de cuerdas. Nadie lo podía ver y desde allí controlaba toda la cubierta. Alguien abajo tocaba el acordeón. Lindnaes subió, desnudo hasta la cintura y pies descalzos. Se detuvo por un momento clavando los ojos hacia el pueblo con su pálida iluminación, luego bajó.

El viento soplaba intermitentemente entre la arboladura, en alguna parte uno de los motones chocó contra algo. Una tristeza invadió a Klaus. Después de todo

se sentía como en casa en el velero, el cual todos maldijeron en más de una ocasión. Le gustaba su litera decorada con retratos de revistas y donde todo lo que debía hacer era acostarse y dormir. Pero Achazo ya no estaba allí, ni el viejo Martin; por lo tanto, no echaría pie atrás.

Una vez más examinó la arboladura. El *obenque* y las *drizas* que se estiraban hacia abajo en la oscuridad ya no le presentaban ningún misterio, sino un fino e ingenioso sistema en el cual podía encontrar fácilmente su camino. Debajo del palo de mesana halló sin luz los dos *ojos de buey* de la cabina del Viejo; andaría otra vez en tierra. La nave se balanceaba ligeramente. En unos minutos la lámpara de proa, la última en el barco, se apagó.

Se sacó pantalones y camisa, guardándolos con el resto. Bajó el barril con una cuerda y descendió por la cadena del ancla. La radiante amarillez del mar rodeó su cuerpo. Al otear alrededor suyo después de unas braceadas, el *Cap Finisterre* se perfilaba detrás de él como un monstruo espectral. Sobrepasó otra ola y otra... y entonces ya no pudo ver más el barco.

Nadó rápidamente con el barril delante. A la izquierda, las luces de la caleta resplandecían como un collar de perlas. Al quedar debajo de una ola, desaparecían; luego reaparecían al volver a la superficie. Se asomaban como estrellas en el firmamento. Brazada tras brazada, nadó rítmicamente. Las olas galopaban como las espaldas de una bestia brillante, un vasto rebaño salvaje navegando con él hacia tierra.

La melodía que Jaap había tocado en su acordeón le vino a la memoria: *"En el puente de Amsterdam, donde se pasean las muchachitas..."* Pensó en Achazo y el viejo Martin quienes lo habían llevado a Atahualpa. De repente le pareció que no podía sentir la calurosa brisa de la costa.

Los salinos aires del mar habían dado muerte a todo, ¡y estas rompientes olas! ¿Avistaría tierra? El miedo comenzó a invadirlo.

No podía atisbar las luces; las del malecón habían desaparecido. Una ola lo levantó y las advirtió por un segundo. Le pareció que estaban muy abajo en el mar. Al subir con la próxima ola, alzó su cabeza justo a tiempo para verlas desvanecerse, todas ellas, excepto la más alta que distinguió por un momento.

Klaus nadó maquinalmente, contando las braceadas. Sesenta por minuto. Aún no podía descubrir ningún sitio de desembarque. Entonces la última luz desapareció en el mar y no reapareció. ¿Tal vez estas oscuras y bruñidas olas que lo ascendían y bajaban no lo llevaban a tierra? ¿Habría aquí una corriente de la cual no sabía en absoluto, algo que lo estaba empujando mar afuera? ¿Para qué seguir acarreando el barril? Sus extremidades se enfriaban. El continuo rugir de las olas golpeaba su cabeza. Estaba al *garete*, sin esperanza alguna, mar afuera. ¡Y la mar! Debía ser profunda por estos rumbos, pues únicamente necesitaba mover las manos y una pierna para mantenerse a flote.

La bahía quedaba a dieciocho grados al sur y el pescador había visto unos tiburones ese día. Hannes estaría en su camarote y tal vez Lindnaes iba a decirle al Viejo lo que pensaba de él, mañana, mañana...

Ese negro bulto y esa luz sobre las olas... Debe ser la luna, en alguna parte debe estar la luna, en esta olvidada inmensidad.

De repente surgió frente a él una figura salvaje y triangular. Y entonces notó otra, igualmente gigante. No eran tiburones, sino rocas.

pudo apreciar una larga lengua de tierra aproximándose. Era Punta Piedras cuyos acantilados, afilados como cuchillos, quebraban cualquier cosa que viniera contra ellos. Estaba cogido entre los rompeolas naturales, cubiertos por la espuma y la fina llovizna de las olas. En la penumbra sintió que se ahogaba, perdiendo todo sentido de balance. Luego un violento empujón desde abajo... y repentinamente la luz cayó sobre su cara. Experimentó el reflujo de la marea. Y entonces se vio sentado, a salvo, encima de una roca.

2

El agua se escurría por su cuerpo y sintió más frío que nunca. Notó su desnudez, pese a lo cual pensó que era más seguro estar en tierra sin ropa que en el fondo del Pacífico con toda su vestimenta. No podía seguir sentado en la roca, tenía que hacer algo. Debía ir al pueblo, donde encontraría gente. Pero así como andaba, ¿a quién podía acudir? Si supiera cómo reunirse con Achazo. Era dudoso que hubiese permanecido en Atahualpa y aún así ¿cómo localizarlo?

Concluyó que no podía estar visible por mucho tiempo. Si lo hallaban, lo enviarían de regreso al *Cap Finisterre*. Y como no le quedaba otra posibilidad, golpearía en la puerta de la primera casa que encontrara.

Comenzó a caminar. No era nada fácil con los pies descalzos. Las rocas eran afiladas y resbalosas y en determinados lugares precisaba ir a gatas. Tenía una pierna herida. Semejaba una larga cuchillada por sobre la rodilla. Descansó un rato en un montón de *huiros* y se habría dormido, si no fuera por el frío.

Pronto descubrió un sendero. A la izquierda se alzaba un empinado cerro y a la derecha, el mar. El rugido todavía

resonaba en sus oídos. Llegó a un sitio donde terminaba el acantilado y las aguas rompían en grandes marejadas en la plana costa. Era la playa arenosa que él y Hannes habían escogido desde el velero. Un par de perros enormes repentinamente brincaron y se detuvieron como estatuas a la luz de la luna. Al instante corrieron sin ruido alguno hacia lo lejos.

La presencia de los canes se hizo evidente. Era el lugar donde las carretas del pueblo descargaban la basura. Klaus se agachó sobre uno de los montones y pescó algo de color amarillento, un viejo sombrero de paja, todo destartalado, con una gran cinta alrededor. Lo mantuvo en su mano, mientras buscaba algo más para cubrirse. Encontró sólo huesos, espinas de pescado, tallos de repollo, tarros vacíos y deshechos similares. No había ni una pieza de ropa usada, pero sí unas maltratadas y roídas *alpargatas*. Algo era mejor que nada y ya podía asentar mejor sus cansados pies.

Vio una cabaña, una casucha maltratada por el tiempo. El techo bajo y una de sus murallas brillaban en la palidez de la noche. El otro lado que daba hacia la bahía se escondía en las sombras, dando la curiosa impresión que la mitad de la casa emergía del mar. Klaus se puso el sombrero y se aproximó lentamente. Temía que tal vez un perro lo atacara, pero nada pasó. Excepto por el clamor del mar, el silencio era total. Tampoco había sonido alguno en la choza.

Golpeó en la puerta. Nadie contestó. Golpeó de nuevo, más fuerte esta vez. Luego una tercera y le pareció que alguien caminaba. Escuchó una voz que inquiría en castellano, "¿Quién es?"

Aunque dedujo lo que significaba, quedó paralizado. ¡Español! Debiera haberlo sabido y haber consultado abordo

cómo se responde a tal pregunta. ¿Pero cómo podía haber previsto que una noche, él estaría de plantón frente a una puerta en esas condiciones? Otra vez la voz, obviamente la de una niña, preguntó, "¿Quién es?"

Reaccionó en alemán, ¿qué más podía hacer? "*Ich bin's. Öffne bitte die Tür!*" ("Soy yo. ¡Por favor, abra la puerta! ¡Por favor!")

De inmediato sintió que movían una tranca y la puerta se abrió. Afortunadamente, la entrada estaba en la parte sin luz, por lo que la figura de Klaus no era distinguible. La vela que la muchacha llevaba lanzó apenas un débil resplandor. Era por lo menos un año más joven que él. A primera vista, vio la pequeña mano morena sosteniendo la vela, y unos ojos negros como la noche, mirándolo atemorizadamente. Klaus mantenía delante de sí como un escudo, el enorme sombrero; luego entró.

La niña se echó para atrás hacia la muralla. Se había puesto una especie de frazada sobre su cuerpo. Notó que el color de su cara y piernas desnudas, era el mismo que el de Achazo. ¿Sería araucana? De todos modos no disponía de mucho tiempo para especulaciones. Temía que en cualquier momento, otra puerta se abriera y uno de esos hombres, esos que Hannes decía que eran bandidos, lo sacara afuera, o aun peor, le cortara el cuello. Pero, ¿por qué? Obviamente no poseía nada que valiese la pena robarle.

Observó que no había otra entrada en la choza. Una rústica cocina aparecía directamente frente al cuarto donde él estaba y eso era todo. No había nadie más que la muchacha y él.

Ella estaba de un gris pálido, debajo de su piel morena. pálida por el miedo, no le cupo duda. Por eso no había dicho ni una sola palabra desde su llegada. Se sentía

indefensa. Klaus sudaba tratando de dar con algunas palabras de español de las que había oído abordo. Recordó "si" y "no," y "bueno" y "malo," ¡ah!, por supuesto, "barco," que quiere decir velero o nave, eso ayudaría un poquito, y "pacífico," el nombre del océano del cual se había arrastrado como un cangrejo.

Trató "barco" y luego "¡malo!" y después "¡Pacífico!" con los gestos de alguien que se lanza al mar y nada.

Su enérgica pantomima pareció disolver el miedo de la niña, pues al instante, sonrió. Entonces Klaus se acordó del nombre del lugar, Punta Piedras, y lo pronunció, mientras imitaba las acciones de una persona subiendo por sobre las rocas, a un sitio seguro. El nombre pareció ser una palabra mágica porque la chica se rió. Puso la vela en el suelo, corrió hacia una esquina y regresó con una frazada que ofreció a Klaus. Envolvió su cuerpo en ella y dio una ojeada alrededor. Había otra cama, no una cama verdadera, sino una especie de camastro de madera que apenas se levantaba del piso con pieles de ovejas encima. Además había un cajón vacío, antes utilizado quizás para bananas o jabón o fideos.

Aparte de eso, la choza estaba vacía, excepto por las cambiantes sombras. Temeroso por alguna razón desconocida, se tornó hacia la entrada como si las siluetas viniesen desde afuera.

Ella observó su inquietud, pero no se sorprendió. Fue a la puerta y la trancó. Un calorcito se apoderó de Klaus, y su corazón latió normalmente. Era como si estuviera en casa y no había *Cap Finisterre* o ninguna otra gente en el mundo, sino los dos.

Era el momento de decirle su nombre. Se señaló a sí mismo y articuló, "¡Klaus!" Ella entendió de inmediato. Lo

miró de arriba a abajo y repitió cuidadosamente, "Klaus". Fue la primera palabra que expresaba. Tocó su pecho por un momento. Susurró, "Tutapa" y le alcanzó su mano.

Se llamaba Tutapa. Klaus pensó que nunca había escuchado un término tan agraciado. Por dos o tres veces cada uno repitió el nombre del otro; por una parte, eran difíciles de recordar, y por otra, porque esta era una manera de conversar y aprender lo esencial del nuevo amigo.

Estaba cansado y quería sentarse. No había sillas, el cajón era demasiado alto y luego los dos camastros. Se sentó en uno y Tutapa se encuclilló en el suelo. Debe ser incómodo, pensó Klaus, se paró y le ofreció su asiento. Pero la chica dio una exclamación y miró fijamente su pierna. Se había olvidado de la herida. Vio que la sangre corría y no pudo hacer nada, sino ablandecer los gestos de Tutapa. Se acostó en la cama y levantó la frazada sobre sus rodillas. Ella colocó un saco debajo de su pierna, parecía un saco harinero, tan blanco y suave, que seguramente había sido lavado innumerables veces. Luego que trajo agua y lavó la herida, pudieron ver que no era tan grave. Había un profundo corte, pero el hueso estaba incólume. Tutapa buscó un pedazo de manga de camisa y lo puso sobre la herida. En seguida trajo otro saco blanco y lo cortó en tiras con las cuales vendó la pierna. Klaus pensó que se estaba preocupando demasiado por él, pero permaneció callado apreciando sus activas y seguras manos morenas.

Después que amarró el vendaje, arregló las almohadas bajo su cabeza. Al hacerlo, se inclinó hacia él y su negro pelo, olendo a sol y mar, cayó sobre su rostro. Fue quizás porque estaba tan agotado y por la pérdida de sangre, que un traicionero desmayo lo sobrecogió. Empezó a tiritar violentamente y a apretar los dientes de tal manera que se

pedo oirlos rechinar. Tutapa lo cubrió y se sentó cerca de la
hoguera, contemplando las refulgientes cenizas. Se veía dócil
y felina; su cabello azul oscuro y ojos negros reflejaban la
fosforescencia del moribundo fuego. Colocó más leña para que
las llamas lamieran la olla de fierro que colgaba en un arco.
La habitación se iluminó con el rojo de las brasas.

Afuera el mar gemía y golpeaba insistentemente. Las olas alcanzaban la choza, cuyo lado hacia el mar se sostenía con pilares. Klaus no supo cuánto tiempo había yacido en cama, escuchando el ruido del mar, cuando Tutapa vino a su lado con un tazón. Era sopa de cangrejos y pescado, roja y con un fuerte olor. Cada cucharada recorría caliente su cuerpo entero.

Pasado unos momentos, se sintió recuperado e imaginó que podría reanudar su viaje. Pero la noche ya estaba muy avanzada. Decidió descansar, por lo menos hasta que llegara la luz del día.

Tutapa se llevó el tazón y Klaus quiso saber por qué estaba sola, también si tenía parientes u otras personas que la cuidaran. Con un giro de su brazo abarcó la extensión de la choza. Luego apuntó hacia ella con sus cejas levantadas. Aunque sí entendió, contestó con un flujo de sonidos que mientras le hicieron sentir como lo más musical, no le comunicaron absolutamente nada. Una palabra se repetía, "abuelo," pero no la comprendió. Ella apuntó hacia la otra cama, avanzó hacia la puerta y salió por un momento, dejando a Klaus con un sentimiento de abandono. Al regresar, arrastraba una red. La señaló diciendo, "abuelo" y "Punta Piedras."

¡Ese era el asunto! Tenía un padre u otro pariente que era pescador y la cama quedaba vacía porque estaba en el mar, en Punta Piedras, pescando. Más tarde sabría lo que significaba "abuelo."

Tutapa quería saber de dónde venía Klaus, adónde iba y por qué. Pero estas preguntas fueron más difíciles de parafrasear y más penosas para descifrarlas. Hubo grandes risas durante este proceso. Luego dio una respuesta en su propio idioma. Fue así que gestos, tono y una o dos claves ayudaron a Tutapa a entender. Reconoció el nombre del barco el *Cap Finisterre*, pues había sólo dos en la bahía. Klaus describió el largo viaje que habían hecho, "Atlántico" y agregó "Cape Horn," a lo cual ella respondió con "Cabo de Hornos." Y una vez más "Pacífico" con la maroma de una persona nadando.

"Cabo de Hornos, ¡malo!" aseró Tutapa, y Klaus lo confirmó. Sus brazos imitaron la fuerza y furia del mar, mientras con su voz duplicaba el ruido de las olas y el rugir del viento. Ella asintió, y continuó diciendo, "Malo, malo" y añadió "Tierra del Fuego, ¡malo!" Repentinamente brotó en su memoria el momento cuando por primera vez divisaron a la distancia la masiva mole del Cabo de Hornos. Achazo parado junto a él, le había explicado que el gobierno chileno desterraba a criminales y políticos, a las salvajes tierras del Cabo de Hornos o de Tierra del Fuego. Klaus expresó su intenso horror y disgusto por el Cabo de Hornos, con lo cual la muchacha pareció satisfecha. Esto le trajo a Achazo aún más cerca en sus recuerdos. ¿Quizás Tutapa sabía su nombre? El provenía de estas partes, había sido pescador y un famoso cazador de albacoras. Incluso podría sabe dónde se encontraba.

"¿Achazo?" sugirió y repitió, "Achazo, ¡Achazo!" Luego, "Achazo, *Cap Finisterre*," insistió varias veces, señalándose a sí mismo para indicar que los dos habían navegado juntos. Pareció reconocer el nombre porque asintió cuando lo mencionó. Sin embargo, no ofreció ni una palabra. Klaus

no pudo adivinar si no podía o no quería comunicarle más. Ella le recordó que no había contestado a su pregunta, hacia adónde iba. Cuando la comprendió, la respuesta fue fácil. Sabía el nombre del pueblo, y conocía la palabra "mañana," tal vez y posiblemente de manera injusta, el término en español más conocido en el mundo.

"Mañana, Atahualpa," e involuntariamente suspiró.

"¿Atahualpa bueno?"

La reacción fue tajante, "Atahualpa, ¡malo!" Así es que era un mal pueblo y bastante de acuerdo con el énfasis que Tutapa puso en sus palabras. ¿Lo decía por Slim, Milly y el jefe de policía? El podría mantenerse alejado de todos.

Otra vez con su brazo delineó una magnífica curva para incluir todo el espacio vacío de la choza y esa pieza tan alegre, "Aquí, ¡bueno, bueno!"

Tutapa sonrió y Klaus pensó que había llegado a un lugar seguro y encontrado a una amiga bondadosa. No obstante tenía que ir a Atahualpa, el cual parecía ser un pueblo podrido, y de nuevo suspiró. Buscaba otra palabra que pudiese conectar con "bueno" o "malo," cuando escuchó un fuerte rebuzno. ¿Era un burro? No, parecía demasiado agudo.

"Una mula," explicó Tutapa cuando sus ojos se volvieron hacia ella. Mula, eso era fácil de entender. Debía ser uno de los animales que Klaus había visto desde el barco, bajando el cerro con las carretas. Tal vez había un establo en las cercanías.

"La mula de don Rodríguez," añadió Tutapa.

Esta era una frase que comprendió perfectamente. Además de don Rodríguez debía haber otros seres humanos en ese lugar y no pasaría mucho tiempo antes que empezaran a despertarse. Klaus y Tutapa no vivían solos

en el mundo y la noche tenía su fin. Se hallaba tan cansado que sus ojos se estaban cerrando. En la lejanía vio a Tutapa dirigirse al otro cuarto con la vela en sus manos. La llama se apagó, el cuarto desapareció y consigo el mundo en torno de Klaus.

Despertó con los calientes rayos del sol que cruzaban su cara. Afuera surgía un día radiante. Se restregó los ojos y miró a su alrededor. Tutapa se inclinaba en la cocina, revolviendo algo en la olla con una cuchara de madera. Le había traído un par de pantalones y la camisa de la cual había usado una manga para vendas. Para igualar las cosas, quitó la otra manga. Los pantalones eran delgados, de algodón, y le llegaban hasta los sobacos. Se las arregló con una *pita* como correa. Tutapa le cortó el largo de las piernas con una tijera, y dobló los bordes de la basta. Tenía pantalón, camisa y un sombrero. Todavía estaba descalzo, verdad, pero al menos podía enfrentar al resto del mundo.

Había comido unas pocas cucharadas de una cocción de maíz, cuando un fuerte ruido recorrió la bahía y la choza se estremeció. Los cerros devolvieron los ecos una docena de veces. Klaus supuso que sería un nuevo temblor. Al ir a la ventana, vio bocaradas de humo blanco. A la distancia grandes piedras rodaban con gruesas cortinas de polvo.

"¡Las tronaduras!" aclaró Tutapa. Nuevamente la explicación era simple. El día de trabajo comenzaba para los mineros. Klaus terminó el desayuno tan pronto como pudo. Tutapa le dio un gran pedazo de pan envuelto en una hoja de periódico y agua en una botella con tejido de mimbre. Abrió la puerta y miró cautelosamente. Lo acompañó, señalándole una ruta que iba por arriba de un promontorio y por encima de la mina, y también, como descubrió más tarde, por arriba del pueblo de Caleta Buena.

«Atahualpa, un día,» indicó la muchacha. Su mano pintarrajeada hizo un círculo desde el horizonte del este al oeste, y levantó un dedo.

Un día de viaje. ¡Perfecto! pensó. Miró a Tutapa por última vez. Era una buena chica. Ella sonreía aunque a sus piernas oscurecidas. Klaus se sintió incómodo y estrechó su mano rápidamente. Quería pronunciar su nombre una vez más. Sin embargo, la palabra no le salió.

Comenzó a caminar. Después de un rato, donde el sendero se curvaba se dio vuelta y con su mano hizo un adiós. Podía verla allá abajo y ella le devolvió el gesto. Otro par de pasos, y se encontró solo entre las grandes y grises rocas. La ruta era empinada.

Era un sendero para mulas, sinuoso, que continuaba en ascenso. Después de una hora, pudo ver Caleta Buena, allá abajo. Los pequeños y corrugados techos de calamina reflejaban el fuerte sol y por encima de ellos, en letras gigantescas, apareció el nombre de la compañía salitrera que laboraba en estos lugares. COSACH decían las letras, aunque en su posición, las leía al revés. Hechas con hendiduras en el cerro y rellenas con piedras blancas, estaban a mitad de camino entre el suyo y la población.

Mucho más abajo, avistó la bahía con dos navíos que semejaban juguetes en la vitrina de un negocio. Un velero noruego anclaba en la rada. El *Cap Finisterre* con su arboladura desplegada, ya se aprestaba a zarpar. Los hombres se veían como moscas paradas a lo largo de las vergas. Esos dos en el palo de trinquete ¿serían Jaap y Christoph? Esa otra mosca grande, arrastrándose hacia ellos, ¿sería Lindnaes? Hannes debiera estar en alguna parte, tal vez era esa figura que se movía corriendo hacia la proa y popa con sogas y aparejos. ¿Pensaría en Klaus y desearía que hubiese ido con él? El capitán habría enviado al cocinero por las provisiones y seguramente él mismo

sedaba en tierra en esos momentos. De todas maneras, la idea quedaba muy lejos, sus casas más diminutas aun que el *Cap Finisterre*. Fue una buena idea que la muchacha le hubiera mostrado esa ruta para evitar el pueblo.

Tuapa y la menuda choza se perdían entre los matorrales despeñaderos. Debían estar debajo de la cuesta donde los bocanadas de los *tiros* se levantaban sin cesar. En un lado del sendero se empinaban las rocas, y en el otro, el declive de escombros esparcidos iba en forma escarpada hacia el mar. Ni una brizna de hierba se asomaba. Los ojos se cansaban con la monotonía del marrón claro de las rocas y cerros, por lo que era un alivio mirar hacia el océano, a su derecha, mareante con su desigual brillantez. Las escuetas y azulinas pendientes, parecían ascender como cerros, pero era una ilusión que surgía de su propia posición en las alturas.

Como una magnífica bola de metal refulgente, el sol se suspendía en el cielo. Sus rayos descendían tan firmes que en las rocas no había ni rastros de una sombra. Para la buena fortuna de Klaus, tenía ese viejo sombrero de paja y la gran prenda caía sobre sus hombros. Entendió el valor de la botella de agua. La vereda natural lo llevaba entre altas murallas de rocas las cuales le impedían divisar el océano. Por un momento, a través de algunas grietas sus ojos cogieron la vista del mar. Luego su camino lo condujo a lo largo de una profunda hondonada en el lecho de un río seco. Y cuando la bahía con el *Cap Finisterre* había desaparecido para siempre, el joven descubrió la soledad reinante en esta tierra estéril.

En un instante perdió el sendero, o el sendero pareció haber desaparecido, confundido, esfumado en sí mismo. Todo lo que se le ocurrió, fue tratar de reanudar el trayecto que originalmente se había propuesto. Arriba de él, un *jote* planeaba

en el límpido aire. No existía ninguna otra cosa con vida. La arena resplandecía con el calor y era insoportable el mirarla, al igual que el cielo.

El tiempo que Klaus pasó errando por la pampa, por la vía del río seco, fue tiempo perdido, pues había andado en círculo por varias horas. Por fin regresó al borde del desfiladero y nuevamente encontró su ruta. Era un estrecho y pequeñísimo acceso que a veces desaparecía por algunos metros. Lo trajo de vuelta a la alta loma que seguía la línea de la costa. Llegó a un lugar donde el camino se bifurcaba: uno subía, el otro bajaba. Escogió este último. Se dio cuenta que tendría que seguir el mar aunque le significara un viaje más largo. El declive era mucho más pronunciado que el que había enfrentado en la mañana. Encontró la arenosa playa en el momento en que sol tocaba el horizonte y derramaba su roja tonalidad sobre el mar. Los cerros que se encumbraban detrás de él, se teñían de carmesí.

La marcha se le había complicado. Se hundía con cada pisada en la fina arena. La única manera de acelerar la marcha era pasar cerca del agua. La dificultad residía en que no podía divisar nada por la naciente oscuridad. Pronto hubo sólo una lucecita azul que provenía de las altas y encrespadas olas. El borde arenoso se angostó, las rocosas pendientes tocaban al mar. Varias veces tuvo que saltar para escapar de las grandes olas.

Tropezó y quedó inesperadamente con el agua hasta la cintura. La espuma golpeaba su cara. Al retirarse la ola de la playa, *la resaca* lo arrastró. Se afirmó a una roca. Pudo levantarse y corrió hasta dar con unos despeñaderos. Allí la playa era más amplia. No sabía cuán ancha porque no se atrevió a seguir avanzando entre las sombras. Descubrió un espacio donde la arena se apilaba y se recostó.

Detrás de él se alzaban las rocas, con sus bordes relacientes como asfalto. No podía figurarse lo alto que eran, gi como se verían desde la bahía. Delante tenía el mar, con su insistente retumbar. Arriba y alrededor amenazaba la inmensidad del tumultuoso océano y el cielo. Se sintió insignificante y evanescente como un grano de la arena en la cual descansaba, algo que el viento podía elevar juguetonamente y llevárselo por los aires.

No tenía otra alternativa, decidió persistir en su camino. Estaba terriblemente agotado, pero no podía descansar. Sacó el último pedazo del pan mojado y se lo tragó. La botella, con un resto de agua, debía racionarla por lo que sólo bebió un sorbo. Su ansiedad lo hizo ponerse de pie e indagó por sobre las rompientes. Sus anchos pantalones ondularon con el viento. Pensó en el *Cap Finisterre* que se hacía a la vela y en su cálido camarote que había perdido para siempre.

¿Qué buscaba en ese territorio con su arenosa desolación? ¿Qué quería de esta inhospitable costa en cuyas inclinadas laderas colgaban innumerables chozas de barro o de madera que se conocían como pueblos? ¿Qué esperaba de estas partes donde mandaban hombres como Saavedra que ordenaban ahogar a sus compatriotas por miles en el mar o los enviaban al desierto a morir de sed?

¿Dónde se encontraría Achazo y dónde quedaría Caleta Vieja? Recordaba claramente el nombre que había sido borrado de la muralla del pañol. ¿Pero de qué le servía ese nombre? ¿Cómo podía llegar allí y, una vez logrado, qué iba a buscar?

Luego vino a su memoria la mano de su madre, esa mano cansada, buscándolo en la noche. Esa pobre y sufriente mano que trató de detenerlo, y luego cayó vencida

por sobre la frazada. Una vez más la imaginó, tratando de alcanzarlo. Entonces le pareció que en alguna parte, una puerta se había cerrado.

¿Fue la pujanza del viento la que lo lanzó al suelo? Permaneció en la arena con su cabeza recostada entre sus brazos. Su deseo por compañía, luz y un techo, se apoderó de él. La añoranza por su madre y el hogar era tan fuerte que sus hombros se contrajeron y tal vez lagrimeó un poco. Se enterró en la arena y reposó un largo rato despierto, escuchando los azotes del mar en la costa. Luego se durmió. Al despertar, el sonido del mar llenó sus oídos como antes. Nacía un día claro y el sol ya golpeaba con todas sus fuerzas. Tomó su sombrero y se sentó. Miró hacia el océano, estaba vacío.

Quedó así por media hora antes de ponerse de pie y sacudirse la arena. Su pierna estaba descansada y la venda bien asegurada. Cuando alzó la botella, sonó hueca. Pensó en el tortuoso día que lo aguardaba. Levemente mojó su lengua, dejando que unas gotas se deslizaran por su garganta.

Al emprender la caminata, notó al pie del acantilado algo que parecía como un montón de ropa abandonada. Se acercó y retrocedió. Eran esqueletos, secos y quemados por el sol, parcialmente tapados con arena. Vio huesos de los pies sobresaliendo de un zapato roto, y los vestigios de un equipo de cuero. ¡Saavedra! pensó, alguna de sus fechorías. Más tarde supo que no eran víctimas del dictador, sino soldados que habían caído años atrás, peleando en una guerra contra el Perú, por el disputado territorio del salitre.

Se alegró de haber hallado los restos en el día, en vez de tropezar con ellos en la oscuridad. Además, no tendría que sufrir la próxima noche en la pampa. Ya había pasado

un día de viaje, por lo que estaba seguro de llegar pronto a Atahualpa. Recomenzó su peregrinaje.

Era un día como el anterior: el cielo radiaba sin misericordia; el aire seco y el suelo bajo sus pies casi desnudos, caliente como un horno. Lagartijas de unos catorce centímetros brincaban en medio de la ruta y los *gallinazos* parados en los peñascos con sus gibadas espaldas y rojos cogotes. Había bandadas de ellos, sin hacer movimiento alguno, vigilándolo en secreto. ¿Dónde obtendrían su comida los pajarracos en estas soledades? Ciertamente no dependerían de gente como él, desertor de su nave y vagabundo en el desierto, que podía desplomarse en cualquier momento.

Más tarde, cuando encontró una vía que lo llevó de regreso del mar hacia la cuesta, entendió cómo se alimentaban. A un lado del sendero yacía el esqueleto de una mula. Más lejos advirtió otro. Al acercarse, los *jotes* se elevaron pesadamente, dieron vueltas por un momento y bajaron para engullir la sangrienta carroña.

Fue entonces que notó indicios de vida. Un poco más allá del camino, había tres hombres cargando piedras en una carreta. Contra el horizonte a la luz clara del aire seco, la carreta y el tiro de mulas semejaban otra formación rocosa. Estaban todavía a una buena distancia y el curioso efecto persistió.

Se sorprendieron al divisarlo y su asombro no disminuyó a medida que la pequeña figura consistente de un enorme pantalón y un gran sombrero se aproximaba. Sus cuerpos musculosos estaban semidesnudos, vestidos con harapos. Toda su anatomía mostraba el grueso y blanquizco polvo; sólo sus pómulos denotaban lo moreno a través de la máscara de tierra.

Como Klaus averiguó más tarde, éste no era el método de sacar salitre de la tierra. Los sitios de donde se extraían en cantidades se poblaban con obreros y la elaboración resultaba muy organizada. Este grupo enviado por las compañías salitreras, obtenía muestras de algunas zonas no trabajadas aún. Como no podía entenderse con los hombres, preguntó solamente, "¿Atahualpa?" y le señalaron la ruta. Mostró entonces su botella vacía y le ofrecieron un trago de agua, agregando a ello un pequeñito trozo de carne. Era una especie de carne seca y dura como el cuero, pero se la comió. Al alejarse el tiro de mulas parecía crecer en el trasfondo.

Después de caminar por una hora, se dio vuelta. Todavía la carreta permanecía en la lejana orilla del desierto. Llegó a un *acceso* más ancho y viajado, el cual conectaba el puerto con las *oficinas*. Se impondría mucho después que la palabra 'oficina,' se aplicaba generalmente en el norte de las pampas chilenas, a los edificios de la administración y todo el complejo central donde extraían y laboraban el caliche.

No pasó mucho tiempo antes que Klaus apreciara de nuevo el mar que se le presentó majestuosamente a través de un boquete en los cerros. Abajo apareció una ancha bahía con varios barcos anclados y un pueblo que semejaba a Caleta Buena, aunque mucho más grande, con casas de madera y techos de calaminas.

Al desplegar su mirada, se sintió cogido por un sentimiento de poder inmenso. Tal vez fue el hambre lo que lo hizo marearse y que el trozo de *charqui* sólo agudizó. Contempló las calles donde minúsculas figuras se movían, y su pequeñez a la distancia lo ayudó a sostener la seguridad de su éxito. Allá abajo, en el humo y terral de la población,

sintió que lo estaba esperando. Todo se veía tan frágil, como si pudiera estirar su mano y agarrarlo y traerlo hacia la solitaria pampa. Quedó intoxicado con su triunfal viaje por el desierto y su retorno a la civilización.

Allí andaría Slim, el traficante de marinos sin barco, pero no disfrutaría de esa suerte con Klaus, quien no tenía la más mínima intención de embarcarse otra vez, y en especial, ¡con la ayuda de él! Milly era mejor que Slim, habían dicho, pero ella tampoco le presentaría problema. El joven ya elaboraba otros planes. Iba a permanecer en tierra y trabajaría en esa gran y hermosa mansión, con todas esas ventanas y barandas cubiertas con vidrio, la de las escalinatas de piedra que remataban cerca del océano. Cada mañana podría lanzarse al océano y nadar mar adentro.

No tenía idea de qué tipo de trabajo podría desempeñar, pero sabía que sería algo interesante e importante. Si no era en esa casa, hallaría algo similar en otra parte.

El camino lo llevaba directo al pueblo. La bajada fue abrupta, sin embargo fácil, y trotó silbando mientras la recorría. Pero un cambio se produjo mientras descendía. Detrás de él, las rocas se empinaban más altas. Su respiración empezó a fallarle, y sus pensamientos sobre el futuro se hicieron menos ambiciosos.

Estaba casi a nivel con la torre de la iglesia y ya había pasado la residencia aislada sobre un llano de rocas. Las calles las divisaba fácilmente y podía escuchar el movimiento y los gritos de los trabajadores en el puerto. La elegante administración cerca de los muelles, construida de fierro y vidrio, tenía en inmensas letras la palabra que había visto en los cerros de Caleta Buena: COSACH. Esos eran los americanos, los que habían venido a extraer el salitre y otras riquezas, como aseguró Achazo.

Pensó, hay otras faenas en todo caso. ¿Fue Joergen quien dijo algo sobre empleo en las minas? Klaus podía empalmar cables y competir con cualquiera en ese terreno. Tal tipo de labor se necesitaba siempre en las minas o en los muelles. Y el podía pintar una chimenea. Recordaba lo que Joergen había mencionado. Era tarea para un marino que no temía a las alturas. Bueno, sería un comienzo y después podría ir al interior, donde no había más desierto, donde crecían los árboles del caucho y el oro se lavaba en los ríos.

El pueblo comenzó a elevarse sobre él y lo estrechaba, confundiéndolo con la complejidad de sus calles y casas, como también por los agresivos tonos de las voces. Era solamente un reducido puerto con una estación de ferrocarril, y una cantidad relativa de embarques. Una población de alrededor de seis mil habitantes. Pero el joven había estado en el mar por ciento doce días. En su fuga del barco, casi se ahogó. Se hirió la pierna y perdió sangre. Pasó dos días y una noche en el caliente silencio del desierto. Con el estómago vacío y una pierna herida, andaba penosamente con sus pies casi descalzos por la pegajosa y quemante arena.

Quizás podría, imaginó, limpiar de vez en cuando las calles o acarrear sacos o bultos en los muelles o en la estación de ferrocarril. No eran ideas absolutas. Su mente parecía haberse fragmentado y las personas delante de él se derretían lentamente. Una carreta con grandes ruedas tirada por dos vigorosas mulas, lo pasó. El carretero llevaba una vara sobre sus hombros con dos cubos y gritaba, "¡Agua!" Una mujer salió de una casa, tomó un balde de agua de la carreta y se lo llevó. Luego salió con el vacío y se lo devolvió con algún dinero. Klaus estaba sediento, muerto de sed, pero no tenía ni un centavo y éste era un pueblo donde se vendía el líquido a veinte centavos el balde.

Todavía cruzaba esa parte del poblado que surgía a los pies del cerro. Unos pasos más allá, conducían a la parte plana que se extendía a lo largo de la costa y en un lugar había incluso un funicular. El no podía permitirse el lujo de utilizarlo aunque estaba demasiado cansado para seguir adelante. Atravesó una línea de ferrocarril que corría entre las calles de las casas, tropezó con un durmiente y casi dio de bruces en el suelo. Llegó a una bodega, fue a la parte trasera y se sentó. Al momento se quedó dormido.

Cuando despertó, el techo resplandecía al igual que la aldea bañada por la luz de la luna. Aquí y allá, colgaba una lámpara. En la parte baja se encontró con una mujer vieja, con una larga nariz y ojos redondos como lechuza. Dos perros corrían por la calle. Klaus miró a través de la ventana de un bar. Había varios hombres como los que vio cargando la carreta en la pampa. Llevaban altas botas y pantalones bolsudos. En otro bar, el dueño sentado a solas. El tercer lugar completamente vacío. Leyó los nombres de cada cantina buscando el nombre de Red Milly. Achazo debía andar por esos pagos.

El pueblo parecía quieto. Algunos *quiltros* trotaban furtivamente. En el centro de una ancha plaza iluminada por la luna, un policía semejaba una estatua. Klaus prefirió evitar la claridad y rodeó la plaza en las sombras.

Llegó a una parte donde los techos de las chozas eran tan bajos que podía tocarlos con sus manos. En ese callejón vivían jornaleros, lancheros y pescadores. Al doblar la esquina, presenció una parte de la bahía. Las rompientes y azules olas alcanzaban la orilla, pero esta noche hacía más calor. Macilentas luces alumbraban algunas viviendas.

pero incluso lo aquietaban las negras ventanas, tras de las cuales dormían seres humanos.

Fue a dar a una esquina donde una mujer gorda y varios nubes se acomodaban alrededor de una fogata. La mujer saba friendo pescado y gritaba monótonamente, "Pescados, pescados fritos, una *chaucha*, veinte centavos cada uno!" Klaus miró los crujientes pescados, dorándose en la grasa y espiró su olor. Después de todo, filosofó, el olor es algo y ¡se consigue gratis! Le hubiese gustado quedarse un rato más, gercitando su inhalación, pero la gorda alzó una presa en frente de él, por el cual se suponía que debía pagar una chaucha. Al mismo tiempo, uno de los hombres con pantalones azules y una gorra marinera, dejó el sitio.

Aspiró una vez más el sabroso olor y siguió al hombre. Había juzgado bien: en unos pocos minutos, el marino dobló una callejuela y entró por una puerta donde colgaba una gran lámpara en un adornado marco de fierro. Lanzaba una ente luz sobre esa entrada que no era sino un hoyo en la pared. Klaus se dirigió a un patio y espió los macizos hombros del marino. Un segundo individuo salió por otra puerta, alumbraba pálidamente por una vela. De allí salía un aire impregnado de polvo, sudor y camas oliendo a *huiros*. El segundo hombre tambaleaba y maldecía.

"Los *conchas de su madre*, sólo te dejan dormir aquí si te emborrachas."

"Y es un *chiquero*, no una pensión", replicó el otro.

"¿Quieres dormir aquí?"

"No, voy a dormir abordo. Soy carpintero en el vapor que llegó hoy."

Ambos bajaron unos pocos escalones y uno de ellos abrió la puerta. Klaus entró en el concurrido salón. Varios marineros y algunas mujeres metían bastante bulla. Alguien

tocaba un acordeón. Había botellas de licor en todas las mesas. Se dio cuenta de que no era precisamente un cuarto. Sí, tenía cuatro paredes. Pero además de camisas, camisetas y calcetines tendidos en las cuerdas, no existía nada sino el cielo. La azul luz de la luna brillaba en las caras de los parroquianos en un largo y angosto patio. Una lámpara de aceite ardía en una mesa redonda en una lejana esquina. El hombre con el acordeón tocaba y cantaba al mismo tiempo.

En la mesa redonda, un marino de pie quien lucía aros, gruñaba y vociferaba. Su acento era como el de Jaap. "¡Bully, por la mierda, trae otro litro! ¿No puedes oírme?"

Bully, un tipo bajo y macizo, llegó con el litro de vino y el holandés sirvió a todos en su mesa. Klaus se sacó el sombrero y clavó los ojos alrededor suyo. Esperaba reconocer a Achazo o Martin, pero no fue así. Habría permanecido en la puerta, si el carpintero del barco no lo hubiese invitado con una seña a sentarse, indicándole una silla a su lado.

"Este lugarejo de Milly, es bastante bravo", advirtió Chips.

- El muchacho asintió. ¡Así que esto era lo de Milly! salido del dormitorio y dado con Chips. Era sueco. Continuó con su historia, "¡Es una perra del diablo! En todo caso, me voy mañana, vamos en dirección a Brisbane."

"Tienes suerte, un viaje con buen tiempo."

"¡Suerte lo llamas! He pasado cuatro días con sus noches en este agujero de pulgas, con dos comidas al día, ¡y qué comidas! Y Milly me cobra un mes de sueldo por conseguir embarcarme. ¡Hablemos de una perra!"

"¡*Boi-baba!*" exclamó otro. Su cabeza descansaba en la mesa, y la levantó. Era ruso. "Ella es una boi-baba, ¡una con agallas! ¿La han visto peleando con Slim? ¡Por la puta, ella se la gana!"

De repente hubo un alboroto en la mesa detrás de ellos.

"¡Seis litros!" gritó el holandés que había pedido los tragos.

"¡No, has pedido ocho!" insistió airado Bully.

"¡Seis!"

"¡Ocho!"

La mesa se balanceó. Las mujeres se agarraron de ella con una mano y se afirmaron del brazo del holandés con la otra. Una subió corriendo la escalera, gritando, "¡Milly, Milly, ven aquí, rápido!"

Bully saltó hacia adelante como un perro policial. Lanzó con sus puños y su dura cabeza rapada. Logró poner un brazo alrededor del cuello del holandés, apretándolo hasta ahogarlo.

"¡Pediste ocho! ¡Ocho!" le gritó. "Fueron ocho, ¿no?" y le estrechó más su cuello.

La puerta se abrió. "Allí está Milly", avisó Chips.

"Una boi-baba, te lo dije", afirmó el ruso.

"Una perra de mierda", opinó el que iba a Brisbane.

Por alguna razón Klaus tenía otra idea de cómo sería Milly. De pelo rojo, no se veía tan vieja, y era casi buenamoza. Vino al centro del patio y se detuvo. "¡Bully!"

Este relajó un poco su brazo y dio vuelta la cabeza, pero sin dejar su presa.

"Suéltalo, ¿me oyes? ¿Qué pasa aquí? ¡Esta es una pensión respetable!"

Bully lo aflojó y se quedó allí, el cuello de su camisa rojo, jadeante, listo para tirarse encima del otro. Pero Milly se interpuso entre los dos.

"Todo este asunto es una equivocación. Vamos a arreglarlo de algún modo", agregó calmadamente. "Anda y tráenos una

corrida de vino, vamos, ¡apúrate! ¡Una corrida para toda la casa, por mi cuenta!"

"¡Una boi-baba!" repitió el ruso entusiastamente, alzando de nuevo su cabeza. El marino que iba a Brisbane, llamó a Milly.

"Oye, ¡Milly! Un momento. Mira, esta cuenta no pega ni junta. Cuatro libras esterlinas, un mes de sueldo, y estuve aquí solo cuatro días. ¿No recibo algo en cambio en este asunto?"

"Tienes razón, Sven. ¡Toda la razón! Pero tú sabes como es Bully, siempre metiendo la pata y yo tengo que controlarlo todo personalmente. ¡Bully, ven aquí! Sven necesita un montón de cosas para su viaje al trópico."

Milly dio una mirada alrededor de la mesa. Sus ojos se fijaron en Klaus. "¿De dónde vienes tú?"

"Del *Cap Finisterre*."

"¿Abandonaste el barco?"

"Sí."

"¿Qué vas a hacer?"

"Quedarme en tierra."

"Ah, ¿así es que quieres quedarte en tierra?"

"¡Seguro!"

Bully regresó y le pasó a Sven un paquete. Lo abrió y empezó a contar las cosas que contenía. No era tarea difícil.

"Así que esto es una tenida tropical: un sombrero de paja, una barra de jabón Sunlight y un paquete de tabaco, ¡y qué tabaco!"

"¿Y qué quieres?"

"Es tabaco enrollado y del más barato."

"Yo no sé nada de eso. Lo que sé, es que se te ha atendido bien, como cualquier otro en esta casa y que tienes un buen barco."

"Claro que sí, es un buen barco, y un viaje cálido, ¡Brisbane!"

"¿Y qué más quieres?"

En ese momento, el muchacho se encontraba en una situación muy peculiar. Como si se hubiera desmayado y recuperado, sintió todo oscilando en el espacio que lo rodeaba. Se afianzó en la silla, pero la gente y los objetos no se mantenían fijos. Pasaban u ondulaban en una neblina de irrealidad. Sven flotaba hacia él con su paquete. Después un par grande de botas de mar, apareció por debajo de su nariz. El ruso las había puesto sobre la mesa para pagar su cuenta con ellas. Detrás suyo, el holandés gritaba, "Una corrida para toda la casa, ¡por mi cuenta!" Abrió su saco marinero y de él tomaba artículos con los cuales pagar el licor.

Klaus miró a Milly otra vez. Sólo podía percibir los ojos de ella, y no sabía si estaba sentado en la misma silla o al final del patio. Entonces la escuchó, dirigiéndose a él. "Tú te quedas aquí. Bully, muéstrale dónde puede dormir."

Chips, su vecino, le dio un codazo. "¿Has comido algo desde que dejaste el *Cap Finisterre*?"

"No mucho." Ya no recordaba el caldo de pescado en la casa de Tutapa y el pedazo de charqui que le dieron los obreros.

"Ven conmigo entonces. Debes comer algo, y estoy seguro de que no vas a conseguir nada en esta casa, por lo menos por un tiempo."

Después de haber caminado un rato al aire fresco, Klaus se mejoró bastante. En unos pocos minutos se sentaron alrededor del fuego donde la gorda freía pescados. Otros ya estaban allí, marinos que regresaban a sus barcos, un par de jornaleros y algunos lancheros. Mascaban con entusiasmo, chasqueando sus labios y limpiándose la grasa de las manos en sus piernas desnudas.

El joven tragó con tal apetito que Chips pidió otro pescado. Al devorar el tercero, se sintió mucho mejor. Su cabeza estaba más despejada y comenzó a estudiar su situación. Tenía comida en el estómago y le habían ofrecido un sitio para dormir. Pero la oferta provenía de uno de esos tiburones sobre los cuales lo habían prevenido. Sin embargo, ¿qué podía hacer? ¿De qué otra manera podría conseguirse un espacio donde descansar? A menos que lo hiciera al aire libre. ¿Sería arriesgado?

El problema se solucionó por sí mismo. Casi terminaba el último pescado, cuando resonó un agudo silbato. Hubo ruido de cascos con jinetes uniformados de blanco que surgieron de entre una nube de tierra. Todo el mundo alrededor de la fogata saltó, aunque demasiado tarde. Quedaron rodeados.

Klaus no tenía la menor idea de por qué los encerraban, mas el resto sí lo sabía. Chips maldijo a la policía e insultó a todo el pueblo. La pescadora reclamó airadamente pues el fuego había sido apagado y las presas tiradas en la arena. La policía la dejó protestar. No les preocupaba en absoluto ni los jornaleros o lancheros a los que despacharon con un puntapié o empujón. Lo que buscaban eran marinos foráneos. Fueron llevados como ganado. El muchacho pensó que era una lástima que hubiera tenido el sombrero en su mano, de otro modo, no lo habrían tomado por extranjero...

La pequeña tropa de marinos fue escoltada a través de las calles. Pasaron por un portón y marcharon hacia unos establos. Los empujaron a lo largo del corredor y llegaron a un patio. Servía de calabozo, el *calaboose* como lo llamaban los marinos. La estructura era primitiva. Alrededor de las murallas del patio cuadrado, corría una baranda de fierro

donde se hallaban los presos, cada uno encadenado a la baranda con grilletes cuyos extremos esposaban sus pies. Ya había algunos marinos de otras tierras, los demás eran trabajadores del puerto o de la pampa. Los recién llegados fueron sometidos al mismo trato. Colocaron a Klaus entre Chips y un obrero del salitre. Las cadenas eran lo suficientemente largas para permitirles echarse en el suelo y así durmieron.

El próximo día se aclaró todo el asunto. Un hombre con botas de montar vino al patio acompañado por uno más bajo y rechoncho quien llevaba un fino sombrero. El caballero de las botas era el prefecto y el otro, el mandamás de uno de los barcos anclados en la bahía. Caminaron a lo largo de la fila de presos, el capitán dándole una mirada a cada uno de ellos. De vez en cuando se detenía, señalaba a uno y exclamaba, "¡Ese!"

"Hay uno solo que falta", informó después de separar a tres o cuatro de los marinos. Al momento reconoció a su tripulante. "¿Qué tal, Chips? ¿Dormiste tu borrachera?"

"¡Estos *pelotudos*! Capitán, no tomé ni una gota, ¡se lo juro! Son un montón de ladrones, ¡todos ellos! ¡Qué pueblo de mierda! ¡Ojalá que un terremoto se lo trague!"

Si el jefe de policía entendió o no, no se dio por ofendido. Se rió mostrando sus blancos y fuertes dientes. Tomó al capitán del brazo y salieron. Al rato uno de los guardias vino a liberar a los que habían sido escogidos. Mientras esperaba que le sacaran los fierros, Chips le explicó a Klaus, "El Viejo tiene que pagar diez chelines por cada uno y se los cobra de nuestro salario después. ¡Este es un pueblo de porquería! ¡Un sucio y piojoso agujero!"

Más tarde el joven tuvo la oportunidad de estudiar en forma detallada los métodos del prefecto de Atahualpa. Cada noche encarcelaban a varios marinos extranjeros.

borrachos o sobrios. El próximo día les multaban con diez chelines por embriagados y desorden en la vía pública. La mayor parte de este dinero iba a dar a los bolsillos del jefe y una pequeña parte a los que efectuaban el arresto. En la primera mañana, la escena se repitió dos veces cuando más capitanes vinieron a reclamar a sus tripulantes. El patio estaba casi vacío; todavía quedaban un noruego y unos pocos chilenos. Klaus pestañeó. Uno de los prisioneros casi se dislocó el cuello examinándolo fijamente, pues sus grilletes lo apretaban tanto que sólo podía descansar de espaldas.

Era Lindnaes, no cabía duda alguna. Y era Klaus, se aseguró el otro.

"¡Qué me lleven los diablos!" exclamó el finlandés de cuello torcido. "¿Eres tú, ah?"

"Sí, soy yo", contestó, sintiéndose alegre de no estar solo.

"¿No te ahogaste entonces?"

"No", replicó innecesariamente.

"El *Cap Finisterre* zarpó a las islas de guano, ¡una porquería de trabajo!"

"¿Pero cómo llegaste aquí, Lindnaes?"

"En un remolcador."

"¿En un remolcador?"

"Sí, pero antes de dejarlo le dije al Viejo lo que pensaba de él, ¡es por eso que dejé el barco!"

A pesar de que la conversación le era difícil por su posición, Lindnaes quería saber más sobre Klaus. Se echaron de espaldas y hablaron sin mirarse. Pero no les duró mucho tiempo. El patio no tenía techo y pronto el sol empezó a picar firme. El calor se les hizo insoportable y el finlandés maldijo de una manera que el muchacho jamás lo había escuchado.

Mas tarde regresó el prefecto acompañado por otro hombre. Klaus lo habría reconocido aunque el noruego no se dirigiese a él por su nombre. Tenía que ser el notorio y famoso Slim.

Los dos se detuvieron como un par de insaciables caníbales, chupándose los labios, exponiendo sus fuertes dientes, mientras observaban a los *ranados* en tierra. Si Slim hubiera poseído un toque de astucia y recursos, habría sido un pequeño y emprendedor comerciante, un almacenero, un carnicero o un abastecedor de buques. Llevaba un sombrero de hongo, ligeramente averiado, el cual empujó hacia atrás cuando entró al patio. En unos pocos minutos, Lindnaes y el noruego estaban libres.

"Muy bien", los felicitó Slim. "¿Supongo que se dieron una borrachera anoche?"

"¿Qué quieres decir con una borrachera?" respondió el noruego torpemente.

"Está bien, Slim", interrumpió Lindnaes. "Ahórrate esa vieja historia. Ya la conocemos."

Slim golpeteó el hombro del finlandés con presuntuoso afecto. "Bueno, hombre, tú necesitas algo de ayuda, sobre todo después de romperle la nariz al capitán y tirarles sus dientes por la garganta. ¿Sabes cuánto te puede costar y cuánto tiempo estarías aquí, si yo no hubiese venido por ti?"

Lindnaes se mostraba más dócil y sonrió humildemente.

"Yo soy tu ángel de la guarda, eso es lo que soy. Nadie puede decir que Slim no cuida a sus viejos camaradas. Bueno, vamos donde don José. Deben probar el nuevo licor que acaba de recibir. ¡Patea como mula y pasa como fuego! Eso las va a dejar arregladas *de un tirón*."

Mientras tanto, el policía liberó a Klaus. "¿Qué clase de pájaro es éste?" exclamó Slim, inspeccionando al muchacho. "¿De dónde sales tú?"

"Del *Cap Finisterre*."

"¿Así que tú también vienes de esa vieja orca? ¿Le rompiste la nariz al Viejo?"

"Es el grumete de abordo. Desertó del barco", aclaró Lindnaes.

"Ya veo, llegó caminando por lo que se ve. Pero ese sombrero tuyo, ¡*La puchi*! ¡Y esos pantalones! ¿De dónde los sacaste?"

"Los encontré."

"Lindo país, donde los sombreros y pantalones crecen en los árboles, ¡o crecerían en ellos, si los tuviéramos!"

Agarró a Klaus por los hombros y lo dio vuelta para que el prefecto lo viera. Los dos se rieron.

"Bueno, tú puedes venir con nosotros. Un trago no te andará mal, ¡pediré uno chico para ti!"

El asunto parecía resuelto, pero la pierna de Klaus había empeorado durante la noche, por lo que cojeó cuando anduvo con los otros. Slim lo notó y le preguntó sobre ella. Insistió en verla y ojeó el grueso vendaje. Lindnaes, queriendo ayudar a Klaus, dijo que escuchó a alguien durante la noche comentando que el muchacho tenía fiebre. Slim movió su cabeza negativamente.

"No, no lo necesito. No me valdrá un centavo hasta que sane la pierna, si es que se mejora. Nos veremos de nuevo. Hay bastante tiempo."

Así fue cómo Klaus escapó de Milly y Slim. Hasta ese momento, por lo menos, se había salvado de ellos. Sin embargo, tendría que soportar ese encierro.

5

Aunque permaneció en la comisaría, no lo engrilletaron. El prefecto autorizó que ambulara por el patio exterior, y los policías lo utilizaron para que cepillara los caballos, lustrara sus botas e hiciera otros encargos. A mediodía y al atardecer, le daban algo de comer. En la noche volvía al interior a dormir con los otros prisioneros.

La tropa estaba contenta con este arreglo. Klaus no sólo realizaba una serie de pequeños quehaceres, era útil en el calabozo mismo. Su trabajo era el de una especie de enfermero, curar a los hombres que habían sido golpeados para que el día siguiente durante la audiencia, lucieran como seres humanos. Le era permitido llevarles agua a quienes lo solicitaran y cuidar que no hiciesen sus necesidades en el suelo, de tal manera que un par de semanas más tarde, la celda no hedía tanto.

Sería mucho decir que disfrutaba su puesto. Estaba decidido a dejarlo en cuanto le fuese posible. Los privilegios de que gozaba por sus servicios, aumentaron con el tiempo. Acompañó al sargento al pueblo un par de veces para acarrear paquetes y luego lo enviaron solo con mensajes o encargos. Así pasaron dos meses sin que Klaus encontrara

un barco o algún medio de escapar. Fue a estas alturas que tuvo mayor tiempo disponible. El comandante había abandonado Atahualpa por unos días, acompañado por dos oficiales de su tropa. Cuando volvió, una medalla más se agregaba a las muchas que colgaban de su pecho. Envió vino y pisco a sus hombres para que celebraran y, en su magnanimidad, ordenó que el muchacho tuviera salidas regulares como el resto de la tropa.

Fue así cómo pasó las tardes vagando por los alrededores de Atahualpa. No había mucho que ver en el pueblo. Iba a los muelles y observaba a los sudorosos estibadores bajo el peso de los sacos de salitre, o a los pescadores regresar con sus presas. Algunos de ellos tenían sobrenombres muy peculiares. Había uno de piernas cortas al que llamaban "El Cachimba" y otro, un veterano de anchos pechos, cuello corto y pelo que se le peraba detrás de la nuca, a quien apodaban "El Pingüino". En el espigón siempre había un gran número de obreros pescando con lienzas, muchos de ellos cesantes de la pampa salitrera.

Un día se encontró con el viejo Martín quien había sido dado de alta del hospital y de alguna manera se las arreglo para subsistir. Cuando Klaus lo vio, acarreaba un par de tarros con basura que iba a vaciar en las afueras de la población. Al reconocer al joven sus pequeños ojos se contrajeron con una sonrisa. Y dos veces repitió "Klaus", aun después que el chico lo saludó, como si deseara convencerse realmente de que era él. Lo tomó de los hombros y lo estrechó afectuosamente. No sabía nada de su aventura.

"¿Cómo llegaste aquí? ¿Dónde has estado todo este tiempo? ¿Dónde te alojas, donde Milly o Slim?"

El viejo era el que se comportaba como un niño, haciendo preguntas sin esperar una respuesta. En su soledad, el encuentro lo había emocionado.

Klaus miraba a los *jotes* que estaban quietos en las rocas, parpadeando hacia el sol. Las rocas parecían incandescentes. El calor caía sobre el océano, el cual apenas se movía.

"Así es que eso fue lo que pasó, ¿vives en el calabozo y has estado allí dos meses?"

"Mas tiempo, hace tres semanas que don Arturo regresó".

"Don Arturo, es el prefecto, ¿verdad?"

"Si, regresó con una nueva medalla, ¿sabes?"

"Ya lo sé".

"Estaba tan contento que me permite andar por el pueblo".

"Sí, así son las cosas. La mala fortuna de algunos le trae buena suerte a otros".

"¿Por qué? ¿Qué tiene que ver la medalla con la mala suerte de otros?"

"¿No lo sabes? ¿No sabes que estuvo en Coquimbo cuando se fue de aquí y lo que pasó allá?"

"No sé nada de eso".

"Ni yo tampoco, si no fuera por Bully, el que trabaja donde Milly, quien me lo contó. Hubo un motín en algunos buques de guerra en Coquimbo. Los marineros querían derrocar al gobierno. Pero fueron derrotados y ese criminal estuvo al mando de las tropas que dispararon a los marineros. Así consiguió esa medalla".

Fue la primera vez que Klaus escuchó algo definido de lo que estaba ocurriendo. No obstante demostró poco interés en el asunto. Después de todo, él se encontraba en Atahualpa por accidente o por compulsión y su única idea era irse lo antes posible. Hacia los tres lados de la aldea, se hallaba la pampa y en frente, el mar. La única salida era por barco, y en esos momentos ninguno buscaba tripulación.

"Lindnaes tampoco pudo embarcarse", le contó Martín. "Sin lo mandó a trabajar a la pampa, a las calicheras, a Sin Antonio, creo, pero debe estar en otra parte, tal vez en un campo de trabajo".

"¿Campo de qué?"

"¿No has oído hablar de ellos? Es una de las ideas de don Arturo, como lo llamas tú".

"Todos lo llaman así, ¿no?"

"Un don bastardo, un don hijo de puta, ¡eso es lo que debieran llamarlo! No me importan un comino esos campos de trabajo, prefiero los tarros de basura".

"¿Qué clase de campos son?"

"Les llaman campos de trabajo. Es un cuadrado en medio del desierto, rodeado con alambradas, donde llevan a los cesantes. Cada mañana los llevan a trabajar y los traen de vuelta al atardecer. Están construyendo una línea de ferrocarril. No, Klaus, no quiero nunca ser tirado en esa basura!".

Entonces, ¿ésa era la amenaza que se cernía sobre la cabeza del viejo Martín? Y lo sería para él también, pensó, si tratara de escapar del calabozo para conseguir empleo en las minas y lo capturaran. Tenía que cuidarse y esperar la oportunidad. "El viejo *Cap Finisterre*", suspiró Martín mientras regresaban al pueblo y un dejo de añoranza afloró en su voz al mencionar el velero. "Pero no, tampoco era mucho. Nada ha sido mucho en mi vida y es mi culpa. Debiera haber luchado más duro, cuando tenía las fuerzas para hacerlo. Ya no puedo hacer nada. Por lo menos, debo esperar mi oportunidad".

Fue una sorpresa para el muchacho el escuchar en boca del viejo Martín la misma palabra que había pensado momentos antes.

"Me pregunto, dónde estará Achazo", confesó Martín después de una pausa.

"En Caleta Vieja, creo".

"Nunca he oído de ese lugar. ¿Existe?"

"Sí, estoy seguro".

"Debe de andar pescando albacoras como lo hacía antes".

"Tal vez yo podría conseguir un bote para ir de pesca también".

"Sí, tal vez. Todavía eres joven, Klaus, y hay muchas cosas que puedes hacer. Tú lograrás salir de aquí alguna vez".

"¡Ya lo creo! ¡Y será pronto!"

Después de dejar a Martín y en su paseo de regreso al cuartel, decidió presentarse al prefecto de inmediato y pedirle que lo dejara libre.

Pero no estaba en su oficina. Se armó de coraje y subió a su apartamento. Fue recibido y se le dijo que esperara en la sala. El jefe permanecía en su escritorio, envuelto en una nube de humo. Klaus tuvo suerte de haber escogido el momento en que don Arturo se sentía aburrido en la soledad del cuartel.

"¡Ah, eres tú! ¿Qué quieres?"

"Quiero hablarle, señor prefecto".

"Sobre qué?"

"Sobre mí".

"¿Es esto un chiste? Bueno, habla".

"Quiero salir de aquí".

"¿Qué...?"

"No me gusta".

"Bueno a mí tampoco me gusta, pero debo quedarme. Preferiría estar sentado en otro tipo de oficina en la capital".

Aunque Klaus ya podía hablar y entender frases en español, la última referencia lo perdió. Sin embargo, comprendió que tenía que ver con los asuntos del

prefecto y no los suyos, por lo que contestó, "Ese es otro asunto".

"¿Qué es otro asunto? Es un asunto importante, ¿no? Cualquier cosa que tenga que ver con el prefecto, Arturo Saavedra, es más que 'otro asunto.' ¿Entiendes?"

"No", respondió, diciendo literalmente la verdad. El enano ya se estaba escapando a su comprensión.

Don Arturo tocó la campanilla para llamar al sargento. Mientras esperaba, le espetó a Klaus, "¿Qué vas a hacer si te echan?"

"Puedo llevar baldes basureros como Marco, o contratarme en un barco o irme a pescar".

El sargento entró. Respondió a la pregunta del jefe, confirmando que Klaus era extremadamente útil en el lugar y que lo necesitaban. Eso decidió la suerte del muchacho por el momento.

"Bien, tienes que quedarte aquí".

"No, ¡me voy!" Su temperamento estaba por explotar.

"¿Qué quieres decir con eso?"

"Yo no he hecho nada contra la ley y usted no tiene derecho de retenerme aquí. Por lo tanto, me voy".

"Míralo", retrucó don Arturo con una fría sonrisa. "¿No se ve como el gringo del cerro?"

"Sí, señor prefecto", contestó el sargento.

"Igual que ese gringo, ¡y tan estúpido como él!"

"Me voy, señor. ¡Buenas tardes!"

"Encadénalo", ordenó al salir el chico de la sala. El sargento lo llevó al calabozo y fue engrillado a la baranda de fierro, como la primera vez, pero por tres días con sus noches.

Al cuarto día lo liberaron y tuvo que desempeñar las mismas obligaciones anteriores. El prefecto le hizo saber que si alguna vez dejaba el cuartel sin permiso, sería encadenado hasta ser tan viejo como Lata-Lata.

En el día, caminaba por donde quisiese en el cuartel. La rutina se le hacía soportable, pero las noches, no. Había marinos extranjeros, uno o dos, a veces todo un grupo de ellos. Juraban y maldecían la noche entera y tenían razón, él sabía. Además había obreros de las salitreras, a veces terriblemente golpeados antes de encerrarlos. Eran los "rotos" como los llamaba don Arturo. Ellos también se apelaban "rotos". Era un insulto cuando lo decía Saavedra; ellos lo pronunciaban con orgullo.

Le tomó tiempo a Klaus para comprender qué eran estos rotos. Eran los raídos, los que venían de las profundidades, los condenados de la tierra ¿Y qué crimen habían cometido? De acuerdo con el policía eran jugadores, revoltosos, ladrones, criminales. Este maldito desierto estaba lleno de lobos y panteras humanas, decía, y los mejores eran todos un conjunto de holgazanes, incluso sus propios hombres. El, el prefecto don Arturo Saavedra, tenía que mantener el orden entre ellos.

Aunque Klaus siempre planeaba, o mejor dicho, buscaba un plan para escapar, empleaba también sus horas libres en aprender el idioma. Cada día escribía nuevas palabras para memorizarlas y cada día progresaba. Cumplía cuatro meses en Atahualpa.

Una noche estaba echado en una vieja frazada, obsequio de uno de los guardias. Los quejidos, ronquidos y juramentos de los prisioneros, por fin se fueron apagando y se quedó dormido.

Bruscamente se despertó. Debajo de él, la tierra murmuró y se movió con ese suave estremecimiento que había experimentado una o dos veces. Algo así como la gentil vibración de las máquinas de un barco de vapor cuando uno está en cubierta en medio de ella. Solo que esta vez fue más fuerte.

Los caballos en lo establos relinchaban y tiraban de sus ronzales. Klaus brincó. Era el único en el patio que podía

hacerlo. Corrió por el pasadizo y llegó al patio principal. Le pareció que pisaba por una suave arena que cedía bajo los pies. Sintió como si su cuerpo hubiese sido levantado de sus rodillas, tal como se saca una puerta de sus goznes.

El mundo comenzó a temblar y el ruido se hizo más agudo. Ya no era la tierra la que hablaba, sino también las barracas de la policía. Temblaban desde el piso hasta el techo y sus ventanales se quebraban. Este fue el segundo temblor. Si venía un tercero, podría sacar el cuartel de su base y aplastar a todos con sus escombros. El patio y el comedor se hicieron muy pequeño para ellos. La tropa, llevando sus caballos, uniformes, botas y monturas, salían apresuradamente. La estructura había soportado cientos de temblores. Las casas en Atahualpa, hechas de madera, adobe y otros materiales ligeros, eran a prueba de terremotos, hasta donde fuese posible. Aun así, no podía asegurarse de que un temblor no trajese una catástrofe.

Bueno, pensó Klaus, el edificio todavía se mantiene en pie. Iba hacia la calle en medio de la tropa, con hombres casi desnudos y caballos asustados. Olvidó la orden estricta de no dejar el cuartel y curiosamente ni pensó en los prisioneros que dejaron atrás. Se imaginaba las botellas de la cantina del gordo don José, las que estaban afianzadas para que no se cayeran cuando venía un temblor. Habían conversado sobre esto en el *Cap Finisterre* esa vez que él presenció su primer temblor. Las botellas estarían moviéndose, pensó, chocando una contra otra, bailando y sonando en los armarios de madera, pero firmes en su lugar.

Llegaron a la calle. Don Arturo ya estaba allí, jinete en su encabritado semental blanco. Para la tropa no era un trabajo fácil mantener quietos a sus caballos, mientras se ponían los uniformes. Pronto estuvieron en sus monturas y cabalgaron por el pueblo en pequeñas patrullas.

La población entera estaba en las calles. Muchos buscaron la ancha plaza central donde se sentían seguros. Pero había varias teorías con respecto a ello. Algunos evitaban la plaza porque tres costados de ella daban directamente a las faldas de los cerros y las cuestas tenían rocas que podrían rodar fácilmente.

De todos modos era una minoría la que pensaba así y la mayor parte se juntaba en la plaza esa noche. Había hombres descalzos y mujeres vestidas únicamente con camisas o enaguas. Otros se habían envuelto con sábanas o frazadas. Había algunos que en su pánico agarraron cualquier objeto cerca de sus manos para salvarlo de la destrucción. Eran motivo de risa de quienes los rodeaban. Una mujer sostenía un cesto para papeles, otra, una lámpara de aceite. Una niña se aferraba a una jaula en la cual perchaba tranquilamente, una viejísima y casi desplumada cacatúa. Klaus vio de súbito a Martin, junto con Bully y algunos de los pensionistas de Milly.

"¿Dónde están tus amigos?" le preguntó Martin.

"¿Qué amigos?"

"Los otros presos".

¡Los había olvidado! Seguían encadenados y nadie hizo nada por ellos. Los soldados se habían preocupado tanto con sus asustados caballos que incluso si se hubieran acordado de los prisioneros, nada habrían hecho.

Otro temblor sacudió la tierra. El resplandor de la luna llena mostró algunos peñascos que rodaban por las pendientes. La multitud en la plaza se encontró a salvo. Ninguna de las rocas llegó al lugar y nadie supo si causaron daño en otra parte. Algunas casas cayeron al suelo y en dos puntos, se elevaban llamas.

La gente miró hacia la cuesta en dirección a la gran casa en la explanada, con su hilera de ventanas alumbradas. Si el deseo de muchos de ellos se pudiese cumplir, esa mansión debiera haberse venido abajo.

No estaba edificada en el terreno blando de las zonas de la costa, o en las masas de rocas sueltas del acantilado, sino chozas de los trabajadores. Esa explanada era parte de la roca de la Cordillera. Durante los últimos veinte años, Atahualpa había sido destruida tres veces, una vez por la fuerza del temblor mismo, otra por un maremoto y la tercera por el gran incendio, producto de un sismo. Sin embargo, en cada ocasión, aquella casona permaneció firme. Y cada vez los medios para reedificar el pueblo, habían provenido de allí donde vivía el germen de las oficinas salitreras que existían en el desierto de la pampa. La ayuda no embellecía el lugar, pues bastaban unos pocos cargamentos de madera y calaminas. El material era tan escaso que muchos habitantes tenían que volver a construir con viejos cartones, sacos y latas aplastadas.

La sólida mansión resistió una vez más, sin siquiera quebrarse un vidrio de sus ventanas.

"Probablemente las botellas están moviéndose un poco", comentó un viejo pampino parado cerca de Klaus. Pero el dueño no bebía alcohol, como lo escuchó más tarde.

Después de media hora, no hubo más temblores y la gente regresó a sus casuchas, a las ruinas de éstas. Cuando lo hacían, Martín masculló, "Siempre lo he dicho, todo este maldito pueblo va a desaparecer un día en el mar".

Al volver a la prefectura, casi nada había cambiado, excepto el patio de los encarcelados. Una pared entera se vino abajo, trayendo consigo una parte de la muralla adyacente. Los bloques de adobe no sufrieron mayor daño, ninguno de los cautivos resultó seriamente herido. Fue su buena suerte que no tuviesen un techo sobre ellos. Estaban expuestos en una plataforma que se alzaba entre las rocas, pues la sección trasera del edificio enfrentaba el mar.

La baranda de fierro que corría por todo el patio, se soltó de la pared. Pero los prisioneros no estaban libres, y se

dio cuenta que ingeniosamente habían previsto la naturaleza del terreno. Las cuatro barandas se unían firmemente en sus extremos, de tal manera que los presos todavía estaban atados por las cadenas a sus tobillos, a un gran cinturón de fierro de cuatro costados.

Durante las próximas horas, la tropa transportó a un número de arrestados la mayoría de los cuales había saqueado hogares y negocios. Esa noche la cárcel estaba muy concurrida. Había tres hombres cerca de Klaus. Reconoció a uno de ellos, al que había visto en el malecón, el pescador de piernas cortas, Cachimba. Los otros dos, ambos borrachos, no le eran conocidos.

"¿Qué escribió el sargento?" preguntó uno de ellos.

"Robo con violencia y allamamiento de casa", respondió el otro.

"¿Has oído algo parecido alguna vez? Eso no es verdad. ¿Quién fue ese fulano, un traficante en ganado o qué?"

"No, fue don Rodríguez, un español de Caleta Buena".

"Un español, ¿eh? ¡Qué suerte la nuestra! Pero tú sabes que no lo tocamos, simplemente se cayó por los peldaños de la escalera. Como dije, nadie le hizo tropezar. El iba corriendo, y tropezó. Hay doscientos ochenta y ocho escalones en esa escalera, no se fijó por donde iba. ¡Y eso es todo!"

"Pero, ¿y la cartera?"

"Bueno, estaba allí, al lado de él, en el suelo. Debe habérsele caído. Los perros seguramente se la habrían comido, si nosotros no la hubiéramos recogido para guardársela. ¡Eso es todo!"

"Está bien, pero ¿y el hecho de que nos agarraron dentro de la casa?"

"¿Y qué? Todas las puertas estaban abiertas, ¡y caímos allí! No sé cómo pasó. Tú estabas buscando dónde protegerte, y en cuanto a mí, bueno cuando hay un

terremoto me siento desmayar y no sé lo que hago. Seguramente me extravié y fui a dar allá".

"¡*Puchas que está buena la talla!* Y entonces agarraste un montón de calzoncillos, un par de botas y una lámpara, y ¡lo envolviste todo en un mantel!"

"¿De qué estás hablando, *pelotudo*, estúpido? ¿De qué me estás culpando?"

Si Cachimba no hubiese intervenido, los hombres habrían entablado una lucha, a pesar de estar engrillados. Se unieron para insultarlo.

"Mira al pelotas de Cachimba, ¡*cabeza de chorlito*" con su hocico!"

"¿Qué te robaste, Cachimba? ¿En qué casa te encontraron?"

"Yo no soy *punga*, no me meto en casas ajenas", contestó calmadamente.

"Oh, miren al inocente angelito, un pobre pescador. ¿Y qué diablos haces aquí entonces? ¿Sólo porque estabas pescando?"

"Si quieres saber, sí, por un par de congrios".

"¡Ah! Ya veo, ¿fueron pescados en el anzuelo de otro?"

"No, los pesqué yo mismo".

"Bueno, entonces, cuéntanos".

Cachimba quería sacarse de encima su problema, pero no con ese tipo de audiencia. Se dio vuelta hacia Klaus.

"Todo esto porque no le traje un par de congrios al prefecto. Nuestro jefe de policía espera que los pescadores le traigan como regalo lo mejor de su pesca. Muchos lo hacen, pero yo no. ¿Por qué voy a trabajar gratis? ¡Yo no tengo que regalarle nada, él tiene mucho más que yo!

Nunca he caido en esa costumbre aunque el prefecto no se pierde una, ¿sabes? Me hizo saber por uno de sus hombres que mejor haga lo que hacen los demás".

"Bueno, anoche cuando empezó el terremoto, yo había regresado de la pesca. Me acerqué rápido a la orilla con el bote y me senté a esperar que pasara. De repente lo vi en el malecón en su caballo blanco. '¿Qué tienes en el bote?' me gritó. 'Pescado,' le contesté. '¡Tira uno afuera! Ese es un congrio, ¿no?' '¿Cuantos tienes?' 'El bote lleno, le dije' Cabalgó más cerca para echar una mirada. 'Mirales las agallas, esos pescados fueron cogidos con dinamita. ¡Todos ellos! Sargento, controle que toda esta pesca sea lanzada al mar, pues no está en condiciones de ser consumida o vendida a la gente.'"

"El sargento, tu lo conoces, y un par de ellos se pararon a mirar hasta que todo el pescado fue lanzado al mar. Todo fue una mentira, yo no los pesqué con dinamita, pero no servía de nada alegar. El prefecto estaba *chorcado*. Antes de irse, gritó, '¡Llévenselo a la carcel y enciérrenlo!' Y aquí estoy".

"¡Linda historia!" sonrió uno de los ladrones.

"Pero nuestro señor prefecto", agregó el otro, "no es tan malo. El tendrá alguna consideración con gente decente, y tal vez cambie un poco los cargos contra nosotros". Klaus ya estaba por quedarse dormido y los dos hombres todavía conversaban.

"¿Como es que este don Rodríguez fue tan rápido a la policía?"

"Bueno, supongo que estaba preocupado por su cartera".

"Te lo dije, ¡debieras haberle dado otro golpe en la cabeza!"

6

Las murallas de la cárcel fueron reconstruidas. En el pueblo la gente reparaba los daños causados a los negocios y casas.

A Klaus nuevamente se le permitió salir. En unos días no había trazas del terremoto. La vida proseguía como antes, también para el joven. La sola diferencia fue que como Martín, ganó un sobrenombre. Lo llamaban *el Gringuito*, término despectivo en ciertas instancias para un estadounidense o alguien del norte de Europa, utilizado a lo largo y ancho de América Latina. Pero *gringo* en Atahualpa, tenía un significado especial. Se aplicaba al gran empresario que controlaba el distrito, el único a quien el prefecto no se atrevía a enfrentar o molestar, al gerente de la COSACHE quien vivía en la hermosa mansión en la explanada por sobre la población. Era conocido por todos como *el Gringo del cerro*, o simplemente, *el Gringo*.

Saavedra parecía divertirse con el hecho de que como jefe de policía de Atahualpa tuviese su propio Gringo. Hizo lo posible para transformar a Klaus en una pequeña réplica del hombre que manejaba la vida económica de la región. "Gringuito," le dijo un día, "eres una desgracia para toda la

policía de Atahualpa. Esto tiene que parar. Ven aquí, te vamos a *cacharpear* con ropa nueva. Tengo algo para ti, arriba." Lo llevó a su apartamento y le entregó un paquete. "Llévatelo, ponte esta ropa y ven esta noche a las diez para darte una *luqueada*."

Cuando bajó, abrió el paquete. Su nueva indumentaria consistía en una chaqueta y un sombrero. Era de tela ligera, de seda cruda, como la que usaba el gerente de la COSACHE y también al estilo de él, un sombrero de Panamá. Le dieron un par de botas de policía más pequeñas. Le dejaron usar el viejo pantalón que Tutapa le regaló y el cual había arreglado un poco aunque las piernas se veían como sacos.

El prefecto tenía sus razones para el juguetón humor que había producido su obsequio, como para su indulgencia hacia cuatro meses cuando le concedió más libertad de movimiento. Esta vez se relacionaba con la supresión de un motín del ejército en un lugar llamado Copiapó, con corte marcial y un pelotón de fusilamiento para once soldados.

Klaus escuchó toda la historia esa noche cuando se presentó ante el comandante. Dos oficiales se sentaban con Saavedra, uno de ellos había regresado de Copiapó con él. Les acompañaba otro a quien había visto en dos o tres ocasiones. Tenía ojos pequeños, movedizos y cejas unidas que partían su cara en dos. Se vestía ordinariamente como un trabajador y lo llamaban Aloysius. Vio al entrar varias botellas vacías y otras recién abiertas. Su nueva apariencia le agradó tanto al jefe, que lo hizo quedarse y esperar un rato. Si se vaciaba un vaso, su tarea era llenarlo. Le otorgó permiso especial para no sacarse el sombrero.

"¡Nuestro Gringuito!" anunció. "¿No es una imitación maravillosa? Y rubio también, ¡verdadera sangre gringa! Es un poco más bajo, es verdad, pero el viejo del cerro debe

esto arreglándose a medida que envejece y van a ser menos
dos gotas de agua." Se dirigió hacia el oficial a su izquierda
—perdóneme, teniente Berends. Por supuesto usted
también es rubio y ése es su gran problema"
El oficial parecía bastante joven con su cara bronceada
y cicatrices. Su nombre sonaba alemán y cuando Klaus
descubrió asombrado, era alemán!
"Tengo entendido que usted también arregló cuentas
con unos pocos paisanos gringos."
"Sí, nos las hemos arreglado con ellos en Berlín,
Hamburgo, Bremen. ¡De hecho mi parte"
"Sí, debe ser lo mismo en Alemania que aquí. Una vez
que se les enfrenta ¡los perros no gimen más"
"¡Eso es! Y ciertamente no gime más el tipo del cual yo
me encargué, un tal ministro de estado. Por eso es que estoy
aquí en esta maldita pampa."
"Y el ministro ya no se queja tampoco. ¡Salud por
ustedes, caballeros!"
La risotada del comandante resonó por toda la casa. El
y los oficiales hablaban al mismo tiempo. Aloysius
permanecía callado. Probablemente no se atrevía a
entrometerse. Aguardaba cerca de la puerta, ignorado por
los demás. Klaus estaba ocupado llenando los vasos.
Berends discurseaba sobre Copiapó y los amotinados.
"Once ayer en Copiapó. Esa vez en Berlín pusimos a
veintiocho contra la pared. Eran marineros, con cintas rojas
en sus gorras. Los Rojos son todos unos bandidos ¡fue lo
mismo en Copiapó que en Berlín!"
"¡Exactamente lo mismo!" concordó el prefecto.
"Pero todavía no dominamos la situación en
Alemania aunque pronto lo haremos. Mientras tanto,
algunos de nosotros, los mejores, estamos aquí en Chile o
en Bolivia o Manchuria."

"Sí, pero en un país gringo no saben cómo arreglar estas cosas. Gringuito, ¡llénale el vaso a tu compatriota! ¿No ves que está preocupado?"

"En otra ocasión," replicó el teniente Berends, "había una mujer que trató de protestar. Pero nuestro coronel nos dijo, '¡Agarren sus látigos, hombres!' ¡Ah, ustedes debieran haber visto cómo nuestros artilleros arreglaron el asunto. La amarraron a la rueda del cañón y después de haberla azotado... Bueno, no era mucho lo que quedaba de ella. Sólo una especie de pulpa," y la saliva le corrió por la barbilla al teniente.

"¡Sólo pulpa!" El jefe de policía soltó una carcajada. "¡A su salud, señores!"

Los caballeros empezaron a cantar. Se pusieron de pie y aullaron, incluso a Aloysius le fue permitido bramar con ellos el himno nacional. El teniente Berends comenzó, "*Nacht der Heimat möcht ich wieder, nach dem teuren Vaterland...*" Don Arturo fue al teléfono y habló con doña Teresa, y se rió tanto que fue un milagro que la delicada membrana del receptor no se quebrara.

"Esto está bueno," gritó por sobre su hombro a los otros. "Han llegado dos nuevas damiselas e ¡incluso una gringa!" Luego al teléfono, "Eche a todos afuera. Estaremos allá en unos minutos. Dígales a las damas que estén listas, ¡vamos a bailar!"

"Listas para bailar, ¡listas para bailar en la cama!" tartamudeó Berends con sus ojos y cara rojizos.

"¡Nos vamos entonces!" ordenó el comandante.

Los caballeros se levantaron y tambalearon hacia la puerta. Klaus tuvo que traerle al prefecto su largo sable, y quedó libre para regresar al calabozo. Antes de irse Saavedra exigió, "¡Gringuito! ¡Mañana a las once en mi oficina!"

Fue así cómo otro cambio afectó la forma de vida del muchacho. Desde ese instante se convirtió en una especie de asistente de oficina. Tenía que anotar los nombres de los barcos de los marinos arrestados y la causa, lo que no resultaba difícil pues siempre era la misma. El próximo día informaba a los capitanes de los barcos el lugar donde se encontraban sus tripulantes, si no acudían a la prisión por cuenta propia.

Había otras tareas. Por ejemplo, el caso de don Rudolfo, el vicecónsul alemán que fue abordo del *Cap Finisterre* para certificar su contrato. Klaus le llevó ciertos documentos para discutir varios puntos relativos a ellos. Don Rudolfo no se ocupaba únicamente con asuntos consulares. Era dueño de tres negocios de abarroles aunque bajo distintas denominaciones. También controlaba otros. Empleaba un número de hombres en las lanchas que poseía, y por sus continuas disputas con sus subalternos por los salarios y otras nimiedades, era uno de los principales proveedores de prisioneros para la cárcel. Otro suministrador de negocios para la policía era don Humphrey, un borracho ingeniero inglés. Ya no trabajaba para las compañías salitreras, sino que tomaba ciertos contratos en los cuales empleaba hasta cincuenta obreros.

Pero la fuente principal de la población carcelaria, era la COSACHE, el gran monopolio dueño de todas las oficinas y campamentos que se extendían por la pampa. Al gerente general de la Compañía, no se le veía casi nunca. Klaus se encontró con él una sola vez en los muelles, cuando se embarcó en un remolcador para viajar a un puerto vecino. Parecía una persona insignificante, con nada que indicara la riqueza y poder que poseía. Era un hombre delgado, bien afeitado y con pelo encanecido en las sienes. Ese día, tenía en sus manos el prototipo del

sombrero de Panamá de Klaus. Bajo su guardapolvo, era probable que usara una chaqueta de seda cruda.

Cuando don Rudolfo o don Humphrey querían algo de Saavedra, venían a su oficina. Pero el Gringo del cerro, no lo hizo nunca. El prefecto iría donde él, cuando era llamado. Si esto ocurría, más tarde el calabozo estaría sobrepoblado. La tropa galopaba hacia la pampa y regresaba con grupos de prisioneros. No eran enviados a los campos de trabajo, o como acontecía normalmente, tirados a la calle con un puntapié en sus posaderas. Eran mantenidos allí, hasta que llegaba un vapor para llevarlos a alguna isla lejana, o a esas tierras azotadas por tormentas y vientos que eran el Cabo de Hornos y Tierra del Fuego.

Fue en una de esas tardes en que los presos de la pampa desfilaban hacia las celdas, cuando Klaus nuevamente se encontró con Aloysius quien venía engrillado con un grupo. No le caía bien el hombre, pero como lo conocía, tenía curiosidad por saber cómo se había metido en este lío y ver si podía hacer algo por él. No quiso que nadie lo notara y aguardó hasta la noche en que se le acercó cuidadosamente. Estaba listo para susurrar "Aloysius," cuando el vecino de éste, le habló. Y no lo llamó Aloysius.

"¿Moreno, estás dormido?" le preguntó el roto.

"No, no todavía."

"Hay algo muy especial en este asunto. Y nunca he podido entenderlo. Hay alguien o algo que nos está jugando sucio. ¿Qué piensas tú?"

"Sí, pienso lo mismo." Después de una corta pausa, Aloysius o Moreno, continuó. "¿Cuánto tiempo hace que conoces a Chiu?"

"Tanto tiempo como a ti, esto es todo."

"¿De dónde viene?"

"No sé."

"Si," comenzó Aloysius/Moreno, meditando, "Hmm, si. Chiu."

"No, ¡no creo que fue él!" replicó el roto con tono firme.

Klaus rápidamente se devolvió a su lugar. Decidió no entrometerse con este Aloysius, a quien también llamaban Moreno. Optó por sostener cierta vigilancia sobre el.

Una vez en la oficina, fue interrogado como los otros. Se le permitió sentarse y fumar un cigarrillo. Lo dejaron entrar en secreto en la cantina de la policía donde tomó un trago y jugó a los naipes con el sargento Nivel y la tropa. Esto sucedia cuando era llamado solo. Al ser llevado afuera con el resto, tenia que mantenerse en la fila y el prefecto lo gritaba e insultaba igual que a los demás rotos. Al cabo de unos dias, desaparecia.

Unas pocas semanas más tarde, volvió con otro grupo de cautivos de la pampa, para desaparecer otra vez al dia siguiente o dos antes de ser trasportados. Klaus se dio cuenta de por qué siempre le disgustó su presencia. Era un soplón.

A medida que pasaba el tiempo, el puesto se le hizo más fácil de sobrellevar. Ya no dormia con los presos, sino que tenía una cama en la barraca de la tropa y un armario que llenó con una extraña colección de articulos, además de una carta que le había llegado de su madre. Guardaba conchas marinas, una estrella de mar, una piel de lagartija y varios picos de albacora de las pequeñas, pues el mueble no era lo suficientemente grande. Cachimba se los habia regalado. Había conservado su amistad con el pescador y a menudo lo visitaba en su choza.

"Lo mejor que puedes hacer," le sugirió Cachimba un día, "sería que me compraras el bote. Entonces no tendria más problemas y podrías salir a la pesca de albacora por tu

cuenta." Estaba bromeando, pero la idea se asentó en su mente.

El adquirir el bote de Cachimba lo liberaría de la situación que lo rodeaba en ese momento. Podría irse a otro puerto o a otro país, Perú tal vez. Allá él y Cachimba podrían pescar juntos. Sin embargo, todavía perduraba el asunto del dinero para el bote. Klaus ahorraba cada centavo que recibía de la tropa u otros servicios.

Como sus faenas consistían primariamente en anunciar a los visitantes, no pasaba mucho tiempo en la comisaría. Las más de las veces, sus labores requerían dos horas en la mañana y unos momentos en la tarde, el tiempo que don Arturo estaba en la oficina. El resto del día, quedaba libre. Más que nada le gustaba ir a la playa, donde se metía entre las cavidades de las rocas que el mar, la arena y las rompientes habían ahuecado. O se iba a nadar a uno de esos sitios donde unas rocas puntudas sobresalían como agujas en el agua. Se subía a ellas, y observaba por millas el desolado y abierto mar. O se estiraba en la arena para mirar las escasas y lanudas nubes cruzar por el cielo. Al escuchar el sonido de las olas, pensaba en Tutapa y en su choza en Caleta Buena o en Achazo quien sin duda estaría pescando albacoras. Si sólo tuviese un bote y llegara a ser pescador, lo podría ver.

La vida que llevaba Klaus a estas alturas, se componía sobre todo de sueños, a los que acudían nitidamente las caras de sus amigos, Martín y Cachimba, y uno o dos de los otros. El centro físico, material de su vida, consistía en Arturo Saavedra, las barracas de la policía con toda su actividad, el trotar de caballos, y la desolada tierra alrededor del pueblo. Todo ello se aglomeraba al filo de su conciencia. Esta dura realidad todavía le parecía irreal y transitoria.

7

Reeuds y Alvarez, los dos oficiales agregados a la tropa y estacionados en la pampa, bajaron al pueblo para conversar con el prefecto quien había ido a la casa del administrador general de la COSACHE. Al regresar, los tres subieron a su cuarto privado para una especie de junta.

Aloysius/Moreno también se encontraba allí. Parado afuera de la puerta, esperaba que lo llamaran. Luego vino Cara de Buitre. Aunque jamás usaba uniforme, pertenecía a otra categoría conocida como *policía política* o policía de civil. Mientras conversaban, los caballos estaban siendo ensillados y el sargento Nivel dividió la tropa en tres secciones. Tan pronto como los dos oficiales descendieron, se dio la orden de montar y el grueso de la fuerza de policía de Atahualpa, galopó con rumbo a la pampa. Sólo el sargento y treinta de sus hombres permanecieron en sus puestos.

Aloysius no fue con la tropa. Klaus no lo perdió de vista y observó que dejó el cuartel antes que los soldados. Con sus manos en los bolsillos, caminó por la calle y una vez se agachó como si fuera a recoger algo, pero sólo rascó su zapato.

La tropa estuvo fuera por dos días. Al retorno de la pampa, traía cuarenta y dos pampinos. No sobró ni un

grillete en la prisión, donde quedaron hacinados en cuatro largas filas. La mayoría llevaba camisa, pantalón y *calamorros*, como todos los rotos. Sólo unos pocos poseían una chaqueta, pero estaban mejor pertrechados que el resto en un aspecto: muchos tenían sus *ponchos* o frazadas de lana con un agujero en el centro y el cual servía como abrigo. Parecía que habían sido sorprendidos cuando se aprestaban a realizar un viaje.

Tres veces Nivel entró en el calabozo con un par de sus hombres y una lámpara. Tres veces rondaron, con la luz en la cara de cada uno de ellos, buscando a alguien y no lo hallaron.

En algunas ocasiones un roto exhibía no su cara sino su trasero a la claridad de la lámpara. La respuesta era una patada en el acto. Entonces el roto insultaba y despotricaba contra la policía. Sus gritos producían ecos y la tropa se movía de un lado a otro del patio con gran confusión de chillidos, insultos y cantos que resonaban en el aire.

Los pampinos de las salitreras siempre se comportaban en forma distinta a la de otros prisioneros, pero este grupo sobrepasó en espíritu y vigor a todos los demás que Klaus había visto. A veces parecía que las barandas de fierro a las que estaban encadenados no serían lo suficientemente fuertes para mantenerlos en el lugar. De vez en cuando, los rotos entonaban una canción y lo hacían tan estrepitosamente que se oía por todas partes, en los establos, en los cuarteles de los soldados y aun en la oficina de don Arturo. El tema del himno era tan pegagoso y su ritmo tan apasionante que el muchacho pronto lo memorizó y lo cantaba con ellos, aunque no con sus labios:

¡Salitre!
Ese es nuestro pan diario
Salitre
¡Esa es nuestra hambre!
Cavamos, cavamos
Rascamos la piel dura de la roca
la fuerte piel, la resistente piel.

Salitre
No cavaremos más nuestros propios tumbas.
Ha llegado la hora
ha llegado la hora.

Salitre
¡Salitre!
No comeremos más el pan de los esclavos.
No pasaremos hambre nunca más.

Cavamos, cavamos.
Rascamos y arrancamos.
Socavaremos este viejo mundo
hasta que se derrumbe en mil pedazos.

Vamos a organizar la pampa.
¡Y terminemos
con este mundo capitalista!

¡Salitre, salitre!

El prefecto llamó a Klaus. El duro y aserruchado ritmo lo siguió incluso después de cerrar las puertas del calabozo. El sargento Nivel ya estaba en la oficina. Saavedra parado detrás de su escritorio, lo golpeaba con su puño. Inconscientemente su mano empezó a seguir la melodía como si fuera el conductor de ese coro salvaje en la cárcel. Cuando se percató, se detuvo. Estaba furiosísimo.

"¡Ese gran bulicio! ¡Esta peste de cerdos y esa maldita canción! Sargento, ¿no puede hacer nada? ¿No puede parar a estos *bandoleros*, a estos perros aullando?"

"Sí, señor prefecto."

Pero Nivel no se veía muy presentable en ese momento por el cinturón de su sable mal ajustado y su rostro a punto de reventar por la rabia e impotencia. Ese día ya había tenido un montón de trabajo en las celdas. El comandante se dio cuenta de que estaba pidiendo demasiado a su duro disciplinario, y buen cuidador de su tropa.

"¡Nunca vamos a eliminar a esta plaga mientras no capturemos a ese indio de mierda! ¿Le dio una buena mirada a cada uno de ellos?"

"Tres veces hicimos la ronda, señor. El hombre no está entre ellos."

"Y sin embargo, sabemos que andaba en La Palma con el resto."

"Sí, señor, ahí mismo con los demás."

"¡Maldita suerte la nuestra! Y la información que tenemos del Gringo tampoco nos sirve, ¡siempre llega tarde! ¿Ha llegado Aloysius?"

"Todavía no, don Arturo."

"Va a pagar caro estos viajes de placer, ¡le voy a cerrar sus ojos con mis propias manos! Pero verdaderamente, ¿no sabe nada de ese alzado, revoltoso y agitador?"

"No, señor prefecto."

"¿Y no está aquí?"

"Sólo hay un mapuche en todo el montón, señor, y no puede ser él."

"¡Tráelo!"

"Sí, señor prefecto."

¡Al fin estás aquí, Gringuito! Vete para que este hombre que viene a ver no te vea. Tengo un trabajo para ti, si Aloysius no aparece. Vuelve cuando este roto se haya ido."

Klaus dejó la oficina. Pero quería ver al mapuche. Se escondió en un recodo del pasillo, justo cuando Nivel regresaba. Detrás de él, venía el indio custodiado por dos guardias.

No llevaba sombrero y su pelo tenía un brillo aceitunado. Su cara era desafiante, casi como la de un joven. Un hombre joven, más joven que Achazo.

El interrogatorio se prolongó por largo tiempo. Solo se escuchaba la vociferante voz de Saavedra. No alcanzaba a oír una palabra del indio. Escuchó una vez decir a su jefe, "¡Cabo!" Estaba clarísimo, no tuvo ninguna duda. Su corazón latió más rápido y, después que se llevaron al prisionero, se quedó un momento para tranquilizarse antes de entrar en la oficina. Saavedra tenía en sus manos una orden de detención, y examinaba muy de cerca la fotografía adjunta al documento.

"El cabo en La Palma junto con los otros. Y le tomó seis semanas a Aloysius para encontrarlo y luego, ¡se le hizo tarde! ¡Le voy a romper la cara cuando venga! Pero tal vez le está siguiendo la huella, es posible, si no ya estaría por estos lados. Si es así, se le perdonará todo."

Dejó el documento sobre la mesa.

"Achazo, ese no es su verdadero nombre, es un alias. No tenemos otros datos para capturarlo a menos que sepamos dónde está." Tomó de nuevo el documento.

"Ven acá, Gringuito. Pégale una mirada a la cara de ese hijo-de-puta. ¿Has visto una cara como esta alguna vez?"

La foto de Achazo era bastante deficiente. Klaus movió su cabeza, pero la sangre se le subió a las mejillas.

"¿Qué te pasa? ¿Tienes fiebre?"

"Sí, un poco, señor."

"Tengo un trabajo para ti. Tienes que pasar la noche en el calabozo y ¡puedes agradecérselo a Aloysius! Sácate tu chaqueta de Gringo, y colócate esa vieja y sucia que tenías. Echate en cualquier lugar en que los escuches conversando. No te duermas. Mantén los oídos atentos y cuando oigas el nombre 'Achazo,' ¿puedes recordarlo? Repite conmigo, ¡Achazo!"

"Achazo."

"Muy bien. En todo caso, cuando escuches su nombre quiero que averigües exactamente lo que dicen de el. ¿Entiendes?"

"Sí, señor prefecto."

"Si ves un grupo hablando confidencialmente, échate cerca de ellos, pero en las sombras. Aquí tienes cigarrillos y fósforos. Cuando hayan terminado de hablar sobre Achazo, acércate a ellos y enciende un cigarrillo. Si te piden uno, y estoy seguro que lo harán, no se lo des de inmediato, como si no quisieras. Y cuando tu fósforo alumbre sus caras, toma nota de ellas para que las reconozcas. Si te preguntan, diles que abandonaste tu barco y que llevas sólo dos días aquí. Pero se los dices con señas y en tu propia lengua de gringo, ¿comprendes? Bien, ándate y te veré mañana por la mañana."

Después que Klaus se cambió de ropa, el sargento lo llevó a la prisión. Lo empujó rudamente y luego apagó la lámpara que colgaba a la entrada. Dio un portazo a la pesada puerta y la cerró con pestillo, contrario a lo que se hacia siempre.

Una vez más yació en la oscuridad, una oscuridad en la cual se sentía como pez en el agua. Aunque se le dijo que

que se durmiera, no lo pudiera haber hecho. El lugar era tan sombrío y el estaba agitadísimo. Una interminable hilera de recuerdos pasó por su memoria. Achaza, el *Cap Finisterre*, el rugir del viento a través de las jarcias, la gran vela destrozada por la tempestad, la pelea por mejor comida, todas las experiencias que había compartido con sus compañeros hasta la noche en que Achaza se fue en el bote del practico de babor. ¿Cómo era posible que el comandante no supiese que Achaza había navegado en el *Cap Finisterre*? Entonces recordó que el capitán no quiso informar de la pelea abordo. El hecho no quedó registrado.

Por lo que decían, Achaza había estado en La Palma hacía tres días. La policía lo buscaba, esas presas lo conocían y probablemente le podrían informar de todo lo que quería saber de él. Pero no, sería mejor que no lo hiciera, pues pensaba que decírselo a don Arturo en la mañana. Algo tenía que hacer. Bueno, el prefecto esperaba que...

Poco a poco se apagó la bulla en el calabozo. A veces sonaba una cadena cuando alguien se movía en su sueño. Había una conversación muy queda en alguna parte y Klaus se arrastró cautelosamente en esa dirección. Era una noche sin luna; nadie lo podía ver. Y el movimiento de su cuerpo por sobre la arena fue silencioso. Era como esa noche en que quiso hablar con Aloysius. Sabía que tenía que hacer lo que Aloysius había estado haciendo esa noche. No había diferencia alguna entre ellos.

Llegó al rincón donde los hombres hablaban. Pudo distinguir tres voces. Estaba muy cerca de ellos. ¿Qué iba a hacer? ¿Solo escuchar? Una especie de repulsión lo embargó, pero no pudo pensar en otra solución. Mejor dejar las cosas así y ver qué ocurría. Era todo lo que podía hacer.

Sacó los cigarrillos y encendió uno. Su cara y las de los otros tres, aparecieron al chispazo del fósforo. Por un momento guardaron silencio. Uno de ellos habló. "Amigo, ¿puedes compartirlo?"

Era el joven mapuche que había visto antes. Klaus se lo pasó, él lo aspiró profundamente y lo entregó a los otros. El fósforo había ardido lo suficiente como para que los rotos notasen que era un muchacho rubio de ojos azules, un extranjero, marino de algún barco. Esto explicaba la razón de no estar encadenado. El cigarrillo regresó a sus manos, era una diminuta colilla. Prendió otro.

"¿Tienes más?"

"Sí, pero no debo regalarlos así como así no más. Debo tomar mi tiempo."

"Está bien, tómate tu tiempo, pero dame uno."

"Y a mí también."

"Sí, y otro para mí, pero lentamente, ¡tómate tu tiempo en pensarlo!" lo remedó burlonamente el mapuche.

Klaus sostuvo el fósforo para cada cigarrillo y ellos pudieron observarlo detenidamente. Notaron la vieja y rota camisa y cuán joven era.

"Tienes una buena provisión de cigarrillos," observó el joven mapuche. Era buenmozo y desafiante. Fácilmente podía ser el hermano menor de Achazo.

"¿De dónde eres? ¿Desertaste de algún barco?" inquirió uno.

"Sí."

"¿Cuánto hace que estás aquí?"

"Algún tiempo, pero se me dijo que tenía que decir dos días, si ustedes me preguntaban. También que hablara por señas, pero eso es una *jodienda*."

"¿Quién te dijo que hicieras eso?"

"Don Arturo."

"¿Quién es don Arturo?"

"El prefecto, ¿quién otro?"

"Ah, claro, ¡el prefecto! Debía haberlo sabido y él te dio los cigarrillos para regalarlos, tomándote tu tiempo, ¿no es así? ¡El prefecto es un tipo decente!"

El roto que dijo estas palabras, era el más viejo de todos los que trajeron de la pampa. Tenía unas enormes cejas y ojos grises oscuros. El tercer roto tenía una larga cicatriz que llegaba hasta su boca.

"A veces don Arturo puede ser decente, pero también tiene su otro lado," comentó Klaus.

"Eso es verdad, también tiene otro lado harto distinto, ¡maldito sea! Bueno, eres un chico muy listo, ¿no? Regalando cigarrillos por órdenes de don Arturo. ¿Qué otro trabajo te dio?"

"Bueno, éste es sólo por un día porque Aloysius no apareció. Cuando está aquí, es su trabajo."

"Pero, escucha, ¿qué otras tareas te da?" preguntó el hombre de la cicatriz.

"¡Un momento!" insistió el mapuche. "Empecemos por Aloysius, primero. Suena más interesante, me parece. Quiero saber si conozco a este Aloysius. ¿Como es?"

"No es muy bien parecido."

"Ya me lo imagino. Sigue."

"Tiene ojos pequeños, sus cejas se unen en la nariz y siempre camina un poco encorvado, con un hombro hacia adelante, medio de lado. Aloysius...Un momento, tiene otro nombre también."

"¿Cuál?"

"Moreno."

Si Klaus hubiera disparado un revólver en medio de ellos, no habría producido el efecto que provocó tal nombre.

Se sacudieron, estirando sus cadenas. Entonces hubo un silencio, un silencio concentrado, profundo. Duró algun tiempo. El hombre cejudo pronunció, "Moreno."

"Moreno," repitió el de la cicatriz.

El mapuche habló con voz dura, "Así que fue Moreno y siempre fue Moreno, supongo. El estaba con nosotros en La Palma y, ¿qué pasó con él?"

"Pensé que se había escapado. Pero sabemos qué se hizo y el prefecto lo sabe también," acrimonó el hombre de la cicatriz.

Era como si se hubiesen olvidado de Klaus. El más viejo, incrédulamente repitió su nombre otra vez, Moreno.

"Anda, Patacocha, pregúntale algo más," reiteró el indio, pero cambió de parecer y se dirigió a Klaus.

"Escucha, muchacho," comenzaba, cuando el de la cicatriz lo interrumpió.

"Puede ser otro Moreno," propuso. "Ese nombre es harto común y así se explicaría el asunto. Después de todo, ¿qué pruebas tenemos? ¿Cómo podemos depender de lo que este *cabro* dice?"

"No, Macho, es Moreno. Estoy seguro de ello, el mismo Moreno con el cual tú y yo trabajamos juntos, por no sé cuánto tiempo," se lamentó el más viejo. "Y si lo piensas bien, ahí está el caso de la redada por sorpresa en Copiapó. Eso debiera haberte enseñado algo. Sí, tú debieras haber sido más cauteloso después de eso, Macho. Pero sigamos, no tenemos tiempo que perder."

"Vamos, dinos. Tu tenías que darnos cigarrillos, ¿Y después qué?" preguntó el mapuche.

"No mucho. Tenía que escuchar atentamente lo que ustedes hablaban, averiguar algo y decírselo mañana en la mañana."

"¿Qué tenías que averiguar?"

"Cualquier cosa sobre Achazo."

"¡Esto sí que está bueno! ¡Cualquier cosa sobre Achazo, nada más! Bueno, puedes decirle que Achazo es un pastelero que está cocinando ¡una buena torta, arriba en la pampa!"

"¡Eso no es verdad, Achazo es pescador!"

"¿Qué dijiste?"

"Sí, es pescador, y sale a pescar albacoras."

"¿Qué? Repite lo que dijiste."

"Que es pescador y que sale a pescar albacoras."

El mapuche se quedó callado por un momento y Klaus lo escuchó dar un gran respiro. Luego pidió cuentas, "¿Quién te contó eso?"

"El, lo conozco."

"¿Cómo? ¿De donde lo conoces?"

"Del *Cap Finisterre*."

"¡El *Cap Finisterre*! Ese era el velero," interrumpió Macho. "Entonces, ¿tú estuviste en ese velero?"

"Sí, con Achazo."

"¿No te acuerdas?" exclamó Macho. "Este es el muchacho que quería conocer el mundo y ¡lo escondió en el velero con el! ¿Pero cómo abandonaste el velero, llegaste aquí y conseguiste este trabajo? Pero, danos otro cigarrillo primero. No hemos fumado por tres días y tu don Arturo fuma una buena marca."

Klaus les pasó la cajetilla y empezó a relatar su historia: cómo nadó hacia la costa, su encuentro con Tutapa, el cruce de la pampa hasta el momento en que Saavedra le dijo que se pusiera su vieja camisa y pasara la noche en el calabozo. Luego agregó que quería ser pescador y salir a la pesca de albacoras.

"Ya tengo una posiblidad de conseguir un bote," agregó. "Hay un pescador que llaman Cachimba y él quiere venderme el suyo. Pero no tengo suficiente dinero y ése es el problema."

Si no hubiese estado tan oscuro, habría notado que la mención de Cachimba les produjo inquietud a Macho y Patacocha. O el mapuche se controlaba más o no conocía el nombre.

"¿Mencionó el prefecto que Achazo era pescador?" recalcó el indio.

"No, le dije que nunca había oído el nombre. Además, la foto de Achazo que me mostró era harto penca."

"Una mala foto, ¿ah?"

"¡Horrible!"

"Muy bien. Y, ¿cuál es tu nombre?"

"Klaus."

"Bien, mi nombre es Chiu. Pienso que recuerdo que Achazo mencionó tu nombre una o dos veces, pero siempre se refirió a ti como 'hijo.'"

"¡Eso quiere decir que no me ha olvidado! Siempre me llamaba hijo."

"¿Tú quieres a Achazo?"

"¡Claro que sí!"

"¿Entonces tú no quieres que le pase algo malo?"

"¡Por supuesto que no!"

Chiu aspiró profundo el cigarrillo y lo miró fijamente en la débil penumbra.

"Klaus, si quieres que no le pase nada, no le debes decir nada al prefecto. Jamás debes contarle que lo conoces y que es pescador."

"De acuerdo, ¿pero qué le digo entonces?"

"Tienes razón. Tienes que decirle algo. Patacocha, ¿qué crees tú?"

"Debemos pensarlo," sugirió el viejo. "Tenemos que conversarlo. El debe irse mientras tanto."

"Escucha, Klaus," insistió Chiu. "Somos amigos, tú y yo, y espero que seamos mejores amigos en el futuro. Puedes quedarte aquí mientras conversamos, pero tú eres un hombre

sensato y mientras menos sepas, menores son las posibilidades de que digas algo por equivocación o metida de pata. Dejanos por un momento, hijo, ¿quieres? Deja tus fósforos aquí y cuando veas que uno de nosotros enciende un cigarrillo, es la señal para que regreses. ¿De acordeón?"

"De acordeón", respondió Klaus, y se dirigió silenciosamente hacia donde estaba antes.

Esperó y temió que la historia que preparaban iba a ser muy larga y complicada. Pero cuando el fósforo llameó y acudió donde ellos el asunto le pareció bastante simple. Fue Mucho, el de la cicatriz, quien le explicó lo que habían decidido.

"Antes que nada, cuéntale que al principio no hubo nada que pudieras entender. Dile que los rotos estaban hablando todos a la vez, maldiciendo a la policía y otras estupideces. Esto no está lejos de la verdad. Si te pregunta qué clase de maldiciones, repite cada *garabato o chuchada* que hayas escuchado en nuestro país, solo que coloca delante de ellas la palabra 'policía.' Policías bastardos, policías hijos-de-pe-rra, policías asoleados y así, ¿entiendes?' Luego como que no quiere la cosa, dile que uno dijo, 'No, la tropa son bestias mal guiadas que no saben lo que hacen, pero el prefecto es diferente. ¡El es un verdadero chancho! Dile eso."

"Mejor que no."

"Bueno, en todo caso, dile que lo llamaron algo que no puedes repetir, eso suena más natural. Pero si insiste, díselo. Y puedes agregar que es un corrupto fascista de mierda al que cualquiera puede sobornar y que es capaz de matar a su propia madre, si le pagan bien. Después que le digas todo esto, hay algo más, y esto es importante, presta atención. Di que más tarde había tres hombres conversando, muy quietos y hablaban de un congreso, en La Palma."

"Pero se supone que tengo que decirle quiénes eran los hombres, cómo eran. Por eso me dio los cigarrillos y fósforos."

"Está bien. Puedes decirle que uno de nosotros se parece a una mula, puedes decirselo, ese soy yo. Luego Patacorta, creo que realmente parece más mula que yo, pensándolo bien. Pero más moreno y cojea de su pierna izquierda. Luego Chiu, un joven mapuche del sur, diselo. Puedes darle nuestros nombres también. Pero explicale que será mejor que tenga puros para la próxima vez, no cigarrillos, porque demoran más en encenderse y eso te dará más tiempo para reconocer nuestras caras. Después dile que nos golpearon muy fuerte en el congreso de La Palma. Fue un gran golpe para nosotros. Di que dijimos que destrozaron la mitad de nuestra organización, el Sindicato Rojo de Trabajadores, el S.R.T. Entonces uno de nosotros dijo que debiéramos salvar la otra mitad. Por lo tanto valdría la pena estar quietos por un tiempo. Otro creía que debía llamarse a una nueva reunion lo antes posible, en la central que tenemos en Santa Lucía..."

"Pero, ¿no es en Caleta Vieja?" se entrometió Klaus.

Macho lo quedó mirando. No habló más, como si le hubieran cortado la respiración. Klaus pudo sentir tres pares de ojos clavados en él en la oscuridad. De alguna manera percibió que una mano se levantaba, como si quisiera apretarle la garganta. Estaba sudando y tiritando en las sombras, y no sabía por qué.

"¡Por la *cresta*!" jadeó Macho. "¡Este muchacho es dinamita! ¿Dónde, alguna vez, escuchaste ese nombre?"

"Achazo me lo dijo." Y les contó de la ocasión en que Achazo dibujó el mapa en la pared del pañol. El estaba mareado, pero venía saliendo de ello, cuando le hizo la pregunta sobre Caleta Vieja. Achazo borró rápidamente lo escrito en la pared, junto con todas las líneas que surgían, y

no le prestó atención a lo que Klaus había dicho. Eran todas las líneas que vio en el dibujo, lo que le hizo pensar que era un centro importante.

"*Cabro del diablo*, ¡qué memoria!" prorrumpió Macho.

"Klaus," le advirtió Chiu, "debes olvidar el nombre de ese lugar. Bórralo de tu memoria, tal como lo hizo Achazo al borrarlo de la pared. Ni siquiera debes decir el nombre en tus sueños, ni soñarlo. Si alguna vez lo repites, será como poner una cuerda al cuello de Achazo y tirarlo al mar. Tu no quieres eso, ¿verdad?"

"Claro que no."

"Prométeme que nunca vas a mencionar ese nombre otra vez."

"Seguro, lo prometo."

"Muy bien. Dame tu mano." La de Chiu estrechó fuertemente la del muchacho, sellando así la promesa. "Vas a ser un buen camarada, Klaus, y vamos a vencer a los fascistas. Y no pasará mucho tiempo antes de que ocurra."

Macho habló de nuevo.

"Escucha. Debes recordar todo esto. La central secreta está en Santa Lucía, debes decírselo a él, y es allí donde se efectuará la reunión muy pronto. Dile que arreglamos las cosas para que el primer hombre que salga de aquí, sea el que debe organizarla. ¿Puedes recordarlo todo?"

"Sí, tengo muy buena memoria."

"¡Cuéntamelo a mí! Después de darle tu informe, quédate callado por un tiempo. El prefecto va a querer saber más, pero no le digas nada hasta que te pregunte. Como si estuvieras tratando de recordar. Entonces di que después de eso, los tres rotos se quedaron tranquilos por un momento. Uno de ellos dijo que Macho sería el mejor hombre para organizar el congreso y que era una lástima que estuviera

encerrado. No te olvides, 'Macho.' Eso es lo más importante de todo lo que debes recordar. Di que viste la cara de Macho a la luz de un fósforo. Tiene una gran cicatriz. Un cerdo fascista me la dio. Dale una mirada."

Macho encendió otro cigarrillo. "Esta gran cicatriz que corre hasta mi mandíbula, ¿la ves? Dile que la viste claramente. Esto es todo. ¿Lo tienes claro? Tres cosas: primero, todos los insultos conque los rotos lo llaman. Segundo, que el Sindicato Rojo de Trabajadores ha sido medio destruido y que el cuartel general está en Santa Lucía, donde van a tener un congreso. Y tercero, sobre Macho, el mejor hombre para organizar esa reunión. No le digas nada más. Di que después nos fuimos a dormir. ¡Y nos fumamos todos sus cigarrillos! Repite lo que tienes que decir."

Klaus lo hizo.

"Bien. No has olvidado nada. Buenas noches, hijo, y buena suerte. Gracias por tu ayuda. Si vemos a Achazo, le diremos que ¡eres todo un hombre!"

No pudo dormir por un largo rato. En la mañana, tenía jaqueca por la falta de sueño. Estaba en el patio con su cabeza bajo el agua de la cañería, cuando el sargento Nivel llegó a su lado y lo notificó que el jefe lo esperaba en la oficina. Lo encontró fumando un gran puro.

"Muy bien, Gringuito. Vamos hablando."

El muchacho no tuvo ningún escrúpulo en engañarlo. Jamás le agradó, pero tampoco sentía un enorme desagrado hacia él. En ese momento, afloraba el odio. El prefecto quería torturar y matar a Achazo. Probablemente fue él, u otro actuando bajo sus órdenes el que le dejó esa cicatriz a Macho.

Primero le dio la información a grandes rasgos. Narró lo de los rotos con sus insultos, luego tres hombres hablando de realizar un congreso en la pampa, podía recordar sus nombres y varias cosas más.

"Eso es excelente. Tienes más cerebro de lo que pensaba, pone los detalles. Para empezar, los insultos. ¿Quién me ponía nombres?"

"Todos ellos. Estaba muy oscuro."

"¿Principalmente, a quién insultaban?"

"A la policía, por supuesto."

"¿Qué quieres decir con 'por supuesto'?"

"Bueno, pienso que porque ellos los machacaron y por las patadas que recibieron los rotos ayer."

"Eso es todo lo que son, no son verdaderos hombres, ¿entiendes? Perros, menos que hombres, ¡alimañas! Y tienen que ser tratados como tales. Bueno, ¿pero a quién insultaban?"

"A todo el que lleva uniforme, señor prefecto. 'Policías hijos de putas, culiados, policías asoleados,' y mucho más. Y 'bestias estúpidas,' pero no al señor prefecto."

"¿Qué quieres decir, a mí no? ¿Qué era yo, entonces?"

"Decían que usted no era un pobre y estúpido animal como la tropa, sólo que no sabía lo que hacía."

"Así que yo no era. ¿Qué era entonces?"

"Que era un verdadero... No me gusta, no quiero decirlo."

"Vamos, lárgala."

"Un verdadero chancho, eso dijeron."

Saavedra miró a Klaus en sus ojos, más de cerca y lanzó una gruesa bocanada de humo en su cara. Había un sino de ira en su rostro.

"¡Eso no es todo! Dime el resto."

"Bueno, señor prefecto, dijeron que usted era un bastardo corrupto. Que mataría a su propia madre por un peso. ¿Qué significa 'corrupto,' señor prefecto?"

"Corrupto, significa 'corrupto,' e 'idiota' significa 'idiota,' ¡y tú eres uno de ellos! Es mucho mejor para ti que no

entiendas mucho. Bueno, eso es suficiente. Vamos a otro asunto que es más importante. Luego que terminaron de insultarme, ¿qué pasó entonces?"

"Bueno, se quedaron callados por un rato y entonces unos pocos empezaron a conversar. Uno de ellos, era un tal Macho. Más tarde le di un cigarrillo y pude darle una buena mirada. Tiene una gran cicatriz..."

"Quiero saber de qué hablaba. Luego conversamos sobre su *pinta*."

"Bien, habló sobre La Palma. Fue un golpe duro, dijo. La mitad... la mitad de...No puedo recordar...la mitad de algo fue destrozado..."

"El Sindicato Rojo de Trabajadores, ¿el S.R.T.?"

"¡Eso es! El Sindicato Rojo de Trabajadores. Y dijo que el resto de la organización debía ser salvada de esos animales... de esos animales..."

"¿Qué animales?"

"No puedo recordar... un momento. ¡Ah! Sí, ¡los fascistas!"

"Ellos no son animales, son...Tú no puedes entender todavía. Sigue."

"El resto del S.R.T. debe ser salvado por medio de un congreso, dijo, en Santa Lucía."

"¿En Santa Lucía? ¿Estás seguro?"

"Eso es lo que dijo, la central está en Santa Lucía."

Saavedra saltó de su asiento. Caminó hacia la ventana y volvió a su escritorio. "¿Seguro que escuchaste bien?"

"Seguro, don Arturo."

"Bien, prosigue."

"Hablaban muy rápido, señor prefecto. Se callaron por un momento y entonces Macho...No, eso vino más tarde; justo cuando..."

"No importa el orden en que hablaron, dime sólo lo que dijeron. ¿Pero, te gustaría tomar una limonada o una taza de chocolate? ¿O *chumbeques*?"

El comandante tocó la campanilla y se sentó otra vez en frente de Klaus.

"Bueno, qué dijeron sobre la central y Santa Lucía?"

"Dijeron que deben llamar a una reunión de trabajadores de inmediato."

El policía de guardia entró.

"¡Andate mismo y cómprate una media docena de *chumbeques* y una caja de los mejores pasteles!" El policía saludó y salió.

"Bueno, Gringuito, continúa."

"¿Usted dijo algo de pasteles, don Arturo? Pues de eso estaban hablando. Ya sé. Achazo era un pastelero, dijeron... Allá en la pampa estaba cocinando una gran torta, eso dijeron."

"Yo le voy a ayudar a cocinar una torta, de eso estoy tan seguro, ¡como que me llamo Saavedra! ¿Pero, cómo diablos llegaron a hablar de eso?"

"Después que hablaron sobre los puros... ¡No! No fue eso tampoco."

"¿Qué sobre los puros?"

"No fue nada, señor prefecto."

"Soy yo el que decido si no es nada. Vamos, ¿qué fue?"

"Bueno, estaba bastante oscuro en el calabozo, usted sabe, señor prefecto. Y los cigarrillos sólo chispean, no dan mucha luz, buena marca eso sí. Eso es lo que dijo Macho. El es un fumador de habanos y dijo que si pudiera tener uno en sus manos..."

"¿Nada más quiere el *perla*?"

"Eso es lo que le dije, don Arturo."

"Pero, cómo es que llegaron a hablar de Achazo?"

"Muy simple, señor prefecto. Usted me dijo que averiguara cualquier cosa sobre Achazo y, como ellos no dijeron nada sobre él, les pregunté."

"Muy simple, ¿eh? ¡Caramba, tú tienes un talento especial para la estupidez!"

"Pero eso fue mucho más tarde, cuando pasé los cigarrillos," explicó Klaus.

"¿Les preguntaste algo más?"

"Sólo sobre Achazo y dijeron que era un pastelero. Creo que es todo... No, hubo más. Después se quedaron quietos por un largo rato. Pensaron que me había ido, creo. Era sobre Macho. ¿Quiere escuchar esto también?"

"¡Por supuesto, idiota!"

"Bueno, uno de ellos dijo que era una lástima que estuviera encerrado. El es un buen organizador y conoce a todo el mundo...Dijeron que Macho era el mejor hombre para llamar a un congreso de trabajadores."

"¿Dijiste que Macho era el de la cicatriz?"

"Sí, justo a lo largo de la mandíbula."

"Bien, ¿y entonces qué?"

"No pasó nada más, lo único que se fumaron todos los cigarrillos."

"¿Lo ves? ¡Esa es la clase de cerdos que son! Bueno, suficiente, ¡más que suficiente! Puedes ponerte tu chaqueta de Gringo otra vez y ándate a caminar. Estás libre esta tarde."

"¡Gracias, señor prefecto!"

Saavedra llamó al sargento.

"Escuche, Nivel. Hay un roto en el calabozo llamado Macho, con una gran cicatriz en la cara. Arreste un grupo de gente esta noche, cualquier vago que encuentre en el pueblo y mañana suéltelos. Encadene unos pocos cerca de Macho, ¿ve? Y cuando los suelte, suéltelo a él también, como por equivocación. El tendrá cuidado de mantener la boca cerrada, no lo dudo, y saldrá con los demás. Lo usaremos como carnada para agarrar a todos los del S.R.T. ¿Me entiende?"

"Perfectamente, señor."

8

Tres sucesos se destacaron al dia siguiente: una muerte, una liberación y un ascenso.

Cuando Klaus vino al patio esa mañana, le intrigó un carrito cerca de los establos. Un cuerpo yacía en él, tapado con un *capote* militar. Varios policías se paraban alrededor y, al aproximarse el muchacho, uno de ellos levantó el capote en una esquina. Vio una cara pálida, dividida en mitad por unas largas cejas tiesas. Los pequeños ojos estaban abiertos. Era Aloysius Moreno.

Macho fue liberado de acuerdo al plan. Se le soltó con el resto de los presos. Cara de Buitre se encargó de seguirle las huellas. Macho pronto se separó del grupo y se dirigió a la estación de ferrocarril donde llegaban los carros con salitre o partían para la pampa. Entre el ruido de los trenes y la confusión general en los patios, Cara de Buitre lo perdió. Regresó preocupado al cuartel a reportar lo sucedido a un comandante con la cara purpúrea. Fue enviado a los calabozos y encadenado. Tuvieron el cuidado de disfrazarlo como roto.

Fue Klaus quien logró el ascenso. Ya no tenía que dormir en las barracas. Debía hacerlo afuera del

departamento de don Arturo. No habia una cama, sino una manta o dos en el suelo. Y dia y noche su obligación era estar presto a ser llamado en cualquier momento.

El sargento Nivel le mostró su nuevo puesto. "Puedes dormir aqui. Cuando él te llame, debes acudir en seguida." Apretó los puños como respuesta, aunque estaban en los bolsillos de sus pantalones. Esa tarde Saavedra decidió salir a festejar en honor de sus dos subordinados quienes todavia permanecian en el pueblo. Consistía en su acostumbrado paseo con fines de negocio, como también de placer. Fue la primera vez que Klaus lo acompañaba. En adelante, parecía que el pequeño Gringo se convertiría en una figura familiar, mitad exótica, mitad cómica, en el séquito del dictador local.

Primero visitaron las cantinas, echándose unos *tringues* en cada salón con mucha atención crítica en cuanto a calidad. Después el grupo se dirigió a una Casa de Cena, donde por unos pesos se podia conseguir una comida pasable. Los caballeros probaron varios platos y el prefecto tuvo la maravillosa idea de agarrar el mantel y tirarlo, dando con todo en el suelo, restos de pollo, pescado, cerdo.

No hubo ni una palabra de reproche o protesta. La risa de los otros clientes, se unió al alboroto y risotadas del jefe de policía y su grupo. Incluso la dueña hizo un mohin delicado con una sonrisita respetuosa.

Fueron recibidos con la misma cordialidad en la próxima parada, el Club Bolívar. Parecía un club político, pero los feligreses estaban en una mesa verde y jugaban a algo prohibido por la ley.

"¡Arriba las manos!" gritó festivamente al entrar. Los señores se levantaron mientras el sargento Nivel recolectaba recibos y plata de la mesa para echarlos en los amplios

bolsillos de Saavedra. Entretanto los miembros del club sonreían forzadamente.

"¡Estos malditos demócratas, comerciantes y especuladores!" vociferó cuando ya habían salido. "Están contra la COSACHE, contra los malditos yanquis, pero se venden a los ingleses y otros gringos y hasta coquetean con algunos líderes del S.R.T. quienes están tratando de llevar por mal camino a nuestros rotos. ¡No está demás pisarles los callos de vez en cuando!"

Luego visitaron la cantina del gordo don José. En el local había marinos extranjeros, pescadores y rotos. También tenía una mesa de juego, pero con sólo monedas de cobre y el comandante no se dio por enterado. Después de todo, era un dictador que amaba al populacho. "¿Para qué echarles a perder sus pequeños placeres?" sonrió suntuosamente, cuando tomaron sus sitios en una mesa.

Don José les sirvió sus tragos. El comportamiento fue el mismo que en los otros lugares. El prefecto no hizo ningún atentado de pagar la cuenta, ni el dueño se la trajo. Don Arturo se explayó en su posición política, tanto nacional como internacional. Pero sólo mencionó a los gringos y a la burguesía chilena. Esta vez no dijo ni una palabra en contra de los trabajadores.

"Tenemos a los gringos de la COSACHE. Ellos tienen los dólares. Luego están los gringos de segunda clase con sus libras esterlinas y sus florines holandeses y coronas suecas y marcos alemanes. Y todos ellos quieren ganar dinero con nuestro salitre." Esto con referencia a la política extranjera. Llegó el turno a lo nacional.

"Hay los bastardos conservadores, comprados con dólares. Los semibastardos demócratas, quienes andan detrás de las libras esterlinas, los florines y los marcos. Hay

que tener cuidado en cómo manejárselas con los primeros, pero al final ¡serán aplastados! La segunda clase, aún hoy en día, podemos patearlos en el *poto*. Al final serán liquidados, como los otros, ¡todos serán eliminados! ¿Qué piensan ustedes?"

"¡Claro que sí, señor prefecto!" asintieron los tenientes. Nivel y los rotos que quedaban, pues la mitad de ellos se habían deslizado cuidadosamente hacia la puerta, cuando los vieron llegar.

"¿Qué dices tú, Gringuito?" rugió don Arturo.

"De acuerdo, señor prefecto," contestó Klaus. Estaba cansado como perro y añoraba los días cuando podía dormir en el calabozo en vez de andar corretando con Saavedra quien estaba más borracho que una cuba. Esos días se acabaron y tenía que participar y contestar cuando el jefe le dirigiera la palabra. Era el resultado de su ascenso.

En la calle vieron parte de la tropa, la que siempre acompañaba a su líder en estas recorridas por la aldea, arrestando a unos pocos trasnochados y apaleando a otros de acuerdo con su rutina. Klaus quedó tan agotado y confuso que apenas se dio cuenta de cómo regresó al cuartel. No estaba borracho como los demás, bebió limonada y otras bebidas refrescantes. La caminata por el pueblo, yendo constantemente de un lado a otro, las ruidosas bravatas de don Arturo y los tenientes lo habían dejado pasmado. Se recuperó cuando volvieron al cuartel y estaba parado frente al dormitorio del prefecto. Sentado en su cama, Saavedra estiró sus piernas con las botas de montar.

"¡Sácalas!"

El joven emprendió la tarea aunque le tomó un tiempo, pues las botas habían sido hechas a la medida y calzaban justo en la pantorrilla. El hombre continuaba hablando. Estaba borrachísimo.

"Los yanquis tienen pelo rubio, como toda esa raza que se va a la ruina y la que tendrá que ser destruida algún día. Pero son asuntos externos y de todas maneras eso vendrá después que hayamos hecho la limpieza en casa. Por el momento estamos ocupados en nuestros lios y eso quiere decir que debemos ¡matar a esos malditos! Hay que tener un método político, eso es lo que hay que tener. ¿Tenemos un método político, Gringuito?"

"Si, señor prefecto." Una bota ya estaba afuera.

"Los hombres de negocios, ellos quieren ser los jefes. ¡Pero tienen que arreglárselas conmigo! Los dos, pellos y los gringos! Denme la oportunidad y pongo punto final a todos sus partidos, ¡conservadores y demases! Puedo hacerlo con la tropa y los rotos, si sólo me siguieran. 'Saavedra,' ¡es el único partido por el cual me juego!"

La segunda bota había caido. "¿Sabes donde esta lo malo?"

"No, señor prefecto."

"Los rotos no me seguirían, ¡por el maldito Sindicato Rojo de Trabajadores y esos comunistas de mierda! La mente de los rotos ha sido envenenada, ¡ese es el problema, todas esas peticiones de mejores salarios y regalias! Tenemos que sacar ese veneno, ¡y entonces vendrá mi oportunidad! Apaga la luz y ándate."

Se acostó con su uniforme puesto y cerró los ojos. Al dejar Klaus la pieza, ya respiraba profunda y regularmente. Don Arturo siempre dormia bien, borracho o sobrio.

El muchacho estaba más que cansado. Se mantuvo despierto por un tiempo, reflexionando sobre un plan de escape. Sería fácil con el bote de Cachimba, ¿pero lograría juntar el dinero alguna vez? Lo mejor sería robar algunos comestibles de aprovisionamiento e irse a la pampa. Se

dirigiría al norte, manteniéndose cerca de la costa y entonces sí que estaría seguro de llegar a la frontera peruana.

La mañana siguiente, sintiéndose descansado y con ánimo otra vez, decidió empezar de inmediato su larga [illegible] ocupado en la antesala durante la mañana y don [illegible] pronto decidió no seguir laborando. Klaus quedó libre.

La manta en la cual dormía en el calabozo sería [illegible] bueno para llevarse. Fue a buscarla. La estaba enrollando cuando sintió un silbido. Chiu le hacía señas.

Miró a su alrededor, no había soldados a la vista y [illegible] del patio se ocupaban limpiando sus caballos. Cautelosamente estaba libre, pues necesitaban sus servicios en el puerto. Klaus fue donde Chiu y se recostó en la arena, cerca de él.

"Conoces a Cachimba, ¿no?"

"Sí, lo conozco bien."

"Cámbiate de lugar y siéntate en esa pila de [illegible] Debajo de ella hay una carta para Cachimba. Sólo [illegible] que nadie *te roche*."

Mientras Klaus disimuladamente la ponía en su bolsillo, Chiu le felicitó, "Arreglaste ese otro negocio muy bien. Macho escapó, ya sabes eso, ¿no?"

"Sí, lo sé."

"¿Y cómo te va yendo?"

"Pésimo."

"¿Por qué?"

"Bueno, por ese asunto que le transmití a don [illegible] Estaba tan contento que me ascendió. Por lo menos así llama él."

Klaus le contó de su nuevo trabajo. Atentamente escucharon, Chiu, Patacocha y un tercer hombre a quien reconoció. Era el pescador macizo de pecho amplio que en el malecón, al que llamaban Pinguino.

"¡No está tan malo!" comentó Chiu al oír el final de la historia.

Klaus disintió y les relató lo que planeaba.

"Bueno, entiendo como te sientes y haría lo mismo en tu lugar. Pero, ¿no te vas a ir antes de entregarle la carta a Cachimba? Necesitamos una respuesta."

"Bueno, llevo la carta y les traigo la respuesta."

"Sí, pero la respuesta vendrá de Achazo y eso va a tomar unos cinco o seis días para llegar."

"¿De Achazo?"

"El mismo."

"Cuenten conmigo entonces."

Esperó. También aguardaba la respuesta a una carta suya que envió con la de Chiu. Cinco o seis días pasaron. Fue varias veces donde Cachimba, pero la carta no llegaba. Su jefe lo mantenía bastante ocupado. Cada mañana escribía los cargos e informes sobre los marinos extranjeros. Tenía algunos minutos y a veces media hora, para compartirla con los presos. El resto del tiempo le correspondía a Saavedra. En la noche, como siempre, dormía fuera de la puerta. En el día se sentaba frente a ella, mientras el amo trabajaba o se entretenía. Si decidía recorrer la ciudad, Klaus debía acompañarlo.

Al regresar la tropa después de su ronda nocturna, cada uno se dirigía a su barraca. Sólo él seguía en su puesto, escuchando al ebrio prefecto tambalearse en su pieza, chocando con los muebles y maldiciendo. A veces lo llamaba para que sacara sus botas o le trajera una carpeta de su oficina o le preparara un cóctel, o tal vez llenara su pipa y la encendiera para que fuese su audiencia frente a sus discursos etílicos.

La última tarea era la más importante en noches como ésas. Pertenecía a la clase de hombre que prefería hablar

consigo mismo, antes que con cualquiera que pudiese hacer un comentario o contradecirlo. Le agradaba que Klaus estuviera presente. El muchacho llegó a conocer el credo político del jefe. Ya conocía la perorata. Más tarde don Arturo habló de la clase trabajadora, los indios puros como Achazo y Chiu (aunque prefería no mencionarlos como ejemplos), los mestizos como Cachimba y los que tenían sangre de esclavos negros importados hacia mucho tiempo. Los tres grupos eran pobres de remate y el prefecto se refería a todos como los rotos.

Ellos jugaban un papel importante en el sistema político de Saavedra. Eran trabajadores de puños duros, atrevidos, rebeldes y desesperados. Consideraba tales atributos en favor de ellos mientras sirvieran su causa. El debía conducirlos y utilizarlos. No sólo estaba celoso del Sindicato Rojo, aunque lo consideraba como su principal enemigo, también recelaba de los demócratas y los conservadores, al igual que ciertos reformistas y educadores que buscaban ganar influencia entre el populacho.

Los rotos debían estar libres de estas influencias, según el comandante. Y para subsanar tal anomalía estaban la cárcel, los campos de trabajo y la deportación a las islas de Pascua, Juan Fernández, Más Afuera y el Cabo de Hornos. Este proceso de limpieza, de purgación, era en sí doloroso por lo que tal vez el método más humano, sugería don Arturo, era la bala, en especial para aquéllos que ya estaban malamente infectados. Por supuesto los rotos no podían ser baleados al por mayor como los conservadores, demócratas y los gringos.

"Eso sería ridículo. Tú no matas un buen caballo porque patea una o dos veces, o una mula porque brinca o corcovea

los rotos eran bestias de carga inmensamente fuertes y todavía algo salvajes. Debían permanecer así. Nadie debía liberarlos de la brida ni de las espuelas que él usaría con ellos. Nacieron para ser montados y él los jinetearía. Era la ley fundamental de la sociedad. No obstante, el asunto se complicaba por el hecho de que había otra gente que también afirmaba ser el jinete.

Lo que más le extrañaba a Klaus era el hecho de que la clase alta chilena y otros como el prefecto basaran en el aspecto racial sus derechos de ser los amos. Saavedra y los suyos se diferenciaban de los rotos porque estos en su origen eran una mezcla de razas nativas: o eran indios puros como los mapuches o mezcla de indio con español o de español con negro. Pero don Arturo y sus colegas eran *mediopelos*, como se autodenominaban. Su pelo no era negroazulado como el de los indios, sino un poco más claro que el de los mestizos. Es verdad que sus abuelas o bisabuelas podían haber sido indias. Sin embargo, sus abuelos y padres habían sido españoles, italianos, portugueses, yugoeslavos, miembros de la infinita y variada inmigración que llegó a las costas de América del Sur. Como podía Saavedra racionalizar e idealizar este hecho de las mezclas raciales . pronto lo sabría.

Klaus regresó una tarde después de otra infructuosa visita a Cachimba, sintiéndose miserable y deprimido. El guardia de turno le dijo que Berends y Alvarez habían regresado de la pampa. Afortunadamente, habían salido para visitar un salón de baile. Como de costumbre, no retornaron de su excursión hasta la madrugada y el muchacho tuvo la esperanza de un largo descanso. Pero el sargento lo despertó. Se dirigió de inmediato a la sala del prefecto y allí estaban. Klaus tuvo que trabajar con la coctelera.

Los caballeros conversaban sobre la casa que habían visitado y las damas del lugar, Inés, Zoraida, Dolores y Nichina. El teniente Berends no abría la boca. Klaus creyó que fue debido a su borrachera. Saavedra también notó su silencio.

"¿Cuál es el problema? Estás muy callado. ¡A tu salud!"

"Gracias," respondió Berends, alzando la copa.

"¿Pero, qué te pasa?"

"No mucho, señor. ¡Es que estoy harto!"

"¿Harto de qué?"

"¡De ésas de piernas cortas y pelo negro, narices de gancho y labios carnudos!"

"¿A qué viene todo esto?" Inconscientemente se restregó su propia nariz ganchuda y miró al subordinado.

"Perdone, señor, es que ..." El joven y borracho asesino devino forzadamente sentimental.

"¡Siempre estas mujeres de color moreno. Usted debe comprender, señor prefecto! ¡Es la sangre que habla!"

"¡Oh, ya veo, usted quiere *manducarse* a mi hembra, la Gringa! ¡No persiga esa idea, jovencito, o tendrá problemas! Otro cóctel, Gringuito, y dale uno al teniente Berends también."

Después de beber, el teniente se puso más pálido y lágrimas brotaron de sus ojos.

"No, no es eso lo que quiero decir. La Gringa, no. Una niña inocente, una mujer adorable de ojos azules que crie mis hijos. Con seguridad que usted me comprende, señor prefecto."

"Sí, ¡entiendo que está borracho!"

"No sé..., pero es asunto de raza, ¿de raza pura?"

"¡Sí, ya lo veo! Digamos mejor, ¿de esterilidad de raza? Usted está un poquito más rubio que de costumbre esta noche, teniente Berends. ¡Buenas noches!"

Berends se levantó para irse y Alvarez lo siguió. Pero Saavedra no tenía el menor deseo de dormir. Se sentó en su acostumbrado sitio cerca de la ventana, mirando hacia el mar. Ya no estaba enojado.

"Los indios no sirven, los rotos no sirven y los gringos son pálidas manchas sobre la tierra. Mira a los indios, por ejemplo. Su pelo y sus ojos son tan negros que casi se ven azules. Y el perfil como si hubiesen salido de una cáscara de huevo cuando nacieron. ¿Puedes llamar a tal cosa un ser humano? Tal vez un borrador de hombre, un bosquejo, como ese fulano Chiu que está en el calabozo. Aparte del hecho de que a Chiu le ha sido permitido vivir más de la cuenta y solo sirve para ahorcarlo. Ya ves lo que pasa con indios como ésos cuando se aferran a ideas que son demasiado grandes para ellos. Se convierten en asesinos, como ese Achazo quien atravesó el corazón de Aloysius con un cuchillo. Tengo pruebas de ello y ese indio de mierda será fusilado..."

"¿Ya lo capturó, señor prefecto?" preguntó Klaus. Su corazón latía fuertemente. Temía una terrible explicación de por qué no había recibido respuesta a su carta y la de Chiu.

"No, todavía no. Se escapó aunque se rompió la cabeza. ¡Es un zorro ese bruto! Lo coges en una trampa, se escapa y lo hace viajando en tren. Mis hombres son unos flojos del diablo como tú lo habrás notado y llegaron a buscarlo cuando era demasiado tarde. Pero no me interrumpas. Achazo y Chiu son los mejores ejemplos de la primitiva, pero mañosa raza india."

Aunque hubiese querido saber otros datos de la fuga de Achazo, Klaus no se atrevió a averiguar más detalles. Por lo menos podía regocijarse con estas noticias, mientras que el comandante proseguía con su incesante diatriba.

"Bueno, estos indios, como decía, son tipos mañosos y generalmente flojos, aunque pueden moverse como el rayo cuando quieren, generalmente cuando tratamos de capturarlos. Hablemos de los gringos. No debemos preocuparnos de Berends. Para lo que sirve y es bueno, es para llamar la atención de otros gringos. Pero cuando una de nuestras cholas o una rota como Zoraida se lo pone por delante, ¡no se la puede, no tiene aguante el pobre diablo! Y por eso llora a lágrima viva y clama por una rubia mojigata de ojos azules. ¡Dame otro cóctel!"

Para contrarrestar los sermones de su jefe, estaban las conversaciones con sus amigos en la prisión. Al finalizar las horas de oficina, el muchacho disponía de la tarde. Dormía para recuperar el descanso perdido y con frecuencia lo hacía en las celdas.

Llegó a hacer buenas migas con Chiu que junto con Patacoha y el Pingüino parecían ser los líderes de los cautivos. Había muchos jóvenes entre los rotos, por lo menos la mitad. Era la gente de Chiu, desertores de la armada. Si Klaus hubiese informado al prefecto de lo que sabía, el policía habría tenido un conocimiento valiosísimo de la organización de los obreros. Tal vez se habría dado cuenta que las cosas iban más allá del Sindicato Rojo de Trabajadores.

Sin embargo, se mantuvo fiel a los prisioneros. Su propio origen, la condición de su familia en Berlín y la muerte de su padre, había afianzado una fuerte y permanente alianza con ellos. Se añadía el hecho de su encarcelamiento y humillante servicio al jefe de policía. Su afecto hacia Achazo intensificaba sus sentimientos de simpatía por la causa de los rotos, en la cual su amigo estaba profundamente implicado.

Por fin llegó la respuesta de Achuzo. Al escapar se había quebrado un brazo y herido la cabeza. El mensaje para Klaus, amistosos saludos y una admonición. Debía recordar al capitán del *Cap Finisterre*, cómo le habían hajado los humos: porque todos lucharon unidos. Saavedra era un adversario más fuerte que el Viejo, tenían que aliarse forzosamente, ser más listos y más prudentes. El resto de la carta trataba de asuntos relativos a la organización y sus compañeros presos.

Klaus estaba más que dispuesto para colaborar en el asunto de Achuzo y de los otros. Pero había sido diferente en el velero, donde vivía en la cabina de proa y era uno de la tripulación. Aquí pasaba tiempo en el calabozo con sus amigos y parte en la oficina de don Arturo, además de las noches cuando lo acompañaba de parranda, o se sentaba por horas para escuchar sus monólogos.

Le preocupaba la *ambigüedad* de su situación y le pidió consejos a Chita. Era una de esas tardes calurosas, sin ninguna brisa ni una nube en el aire. Al mirar hacia el gran espacio cuadrado del corredor, podía ver el patio con los establos y barracas. Los hombres estaban tomando la siesta. Desde su observatorio, podría enterarse si algún soldado se aproximaba e inmediatamente alejarse de Chita.

Le confesó lo difícil del caso con respecto a Saavedra y le aseguró que estaba dispuesto a ponerle punto final tan pronto como pudiese.

"Te entiendo, Klaus. Se como se sienten, lo odiaría también al estar en la misma mesa con un tipo como ese y tener que preocuparme de su pipa. ¡Uf!"

"Es peor aún, Chita. Escucharle toda esa porquería que dice y mearlos a ti y a los demás..."

"¿No quieres contarmes."

"Claro que sí, pero es tan..."

"¿Difícil...?"

"Difícil, sí, pero no es solamente eso..."

"¿Sucio."

"¡Eso es!"

Chiu se quedó callado. ¿Qué le podía aconsejar al muchacho? Había algo que no iba de la mano con este tipo de trabajo, por útil que fuese.

"A veces un trabajo sucio, es un trabajo necesario," comentó Chiu, aunque se percató que no era suficiente. "Además, a veces él tiene su lado bueno también y eso hace las cosas más difíciles," agregó Klaus.

"¿Tú no sabes que él ordenaría disparar sobre nosotros si sólo se atreviera."

"No, ¡eso no! ¿O sí."

"Seguro que sí. ¿Y no sabes lo que ya ha hecho? No únicamente disparado contra la gente, sino también ¡torturarla! ¿Y el caso de los hombres en los buques de guerra, aquella vez?"

"Sí, sí, lo sé. Pero no puedo entenderlo. A veces cuando lo veo y escucho la forma en que habla... es difícil darse cuenta."

"Sí, debe ser muy duro."

"Lo sé. ¿Pero por qué debo ser yo el que tenga que aguantarlo?"

Chiu comprendió claramente el aprieto, la crisis en que se encontraba el muchacho. Era un grito de desesperanza. Su situación se estaba convirtiendo en algo que no podía soportar. No había otra cosa que hacer, sino que cambiar de tema.

"Bueno, Klaus, ya vamos a encontrar una salida. Un día, cuando mires hacia atrás, te darás cuenta que

justificada, sabrás que hiciste lo correcto, no importa lo podrido que haya sido. No va a durar mucho. Vas a comprar el bote de Cachimba, ¿no? Y saldrás a la pesca. ¿Cómo va ese asunto?"

"El quiere venderlo y tengo algo de dinero ya, doscientos cincuenta pesos y don Rudolfo me ha prometido prestarme cien. Sólo necesito otros cien."

"Pero, ¡tú eres rico Klaus!"

Sonrió de una manera que contenía más amargura que alegría. Tiempo atrás, el bote de Cachimba significó algo diferente. Cuando habló con Martin, era una forma de escapar del prefecto, verdad, pero la mayor razón había sido la aventura, el viaje, la pesca de albacora y todo el dinero que podría ganar. De ese bote podría obtener una flotilla de botes, nuevos horizontes empresariales y el humilde Klaus podría llegar a ser un hombre a quien el mundo buscaría para halagarlo.

Esos sueños ingenuos, pertenecían al pasado. El bote sólo significaba una última y desesperada ilusión: libertad, escape de una esclavitud que cada día lo apretaba más y más.

El dinero que juntó peso a peso y que siempre llevaba consigo, era una carga, una nueva esclavitud en sí misma. Lo que ganaba estaba ligado a su ascenso. No era que recibiese un salario regular, incluso los soldados tenían que esperar semanas para su paga. No pasaba un día en que no ganara cinco o seis pesos. Su principal y menos peligroso medio de ingresos, lo conseguía de don Rudolfo. Aunque los capitanes de barco podían encontrar su camino al local de don José, las oficinas de compañías navieras, las casas de fandango, o el cuartel de policía, estaban más que felices de emplear un guía, un intérprete, e incluso cuando andaban en búsqueda de las mejores y más baratas

provisiones para sus viajes de regreso. El vicecónsul siempre lo recomendaba como un muchacho inteligente y honesto para estas tareas. Los capitanes eran hábilmente conducidos a los negocios de don Rudolfo, aunque no llevaban su nombre. Después de cada visita, Klaus reclamaba su comisión en la oficina del alemán.

Había otros recursos para el ingreso de dinero. Contratistas como don Humphrey, o comerciantes como don Rodríguez, don Ernesto o don Emilio, querían tener ciertos intereses a la vista los cuales deseaban resguardar del prefecto. Por lo tanto necesitaban hallarlo de buen humor. Klaus se encargaba de avisarles por teléfono si el momento era propicio. Naturalmente, sus servicios eran recompensados.

El propietario del Club Bolívar también le había insinuado que le advirtiera por adelantado cuando don Arturo estaba por realizar unas de sus caminatas nocturnas. Klaus no respondió a tal sugerencia, le asustaba y había comprendido el peligro que traía consigo tales métodos de ganar dinero. Desde entonces, no se sentía seguro de sí mismo. Era una carrera entre la acumulación de suficiente dinero, y la acumulación de hechos y ¡esta vez el resultado sería mucho peor que volver al calabozo!

Recostado al lado de Chiu, sabía que éste se preguntaba cómo había logrado juntar esa pequeña fortuna. Por segunda vez esa tarde, la vergüenza se apoderó de él y las palabras que no podía pronunciar lo ahogaban.

Chiu se guardó sus pensamientos. "Sí, conozco el bote de Cachimba. Es un buen bote, largo y estrecho, con vela latina. Tiene un *engarciado* de proa a popa, y hay espacio en la popa para que dos hombres puedan dormir."

Klaus sonrió melancólicamente. Quiso abrir su corazón y alma a Chiu para confesarle sus problemas. Hizo algo mejor: no dijo nada. Chiu también tenía los suyos.

Una hora más tarde, andaba por el pueblo a paso cansino. Se sentía inquieto y perturbado. No sabía adónde ir. Fue a los muelles y echó una mirada a la cantina de don José. Slim estaba allí con Lindnaes quien había regresado de la pampa por un par de semanas. Entró. Fue como si el prefecto lo hubiese hecho. Una bebida apareció al instante frente a él y don José no prestó atención a su dinero. "¡No, no, no de nuestro Gringuito!" alegó limpiando las manos en su delantal. "Es mi invitado, señorito."

Gringuito, todo el mundo lo llamaba así, todos menos sus amigos del calabozo. Se sentó con Slim y Lindnaes.

"Mira a nuestro Gringuito," dijo Slim con admiración. "Mira al muchacho, Lindnaes. Este niño ha llegado a ser algo por sí mismo. Con un verdadero sombrero de Panamá y esa chaqueta de seda. Un verdadero cambio, ¿eh."

"Sí, claro," respondió Lindnaes, con voz ausente. Sus ojos lo examinaron de pasada. Había cambiado bastante desde el tiempo en las celdas. Estaba más delgado y sus pómulos sobresalían pronunciadamente.

"Sí," prosiguió Slim. "Nuestro Gringuito ya ha entrado aquí en la política. Tiene su acoplamiento."

"¿Qué quieres decir con eso? Es un tiburón, eso es lo que es, un pequeño tiburón, ¡como el resto de ustedes!"

"¿Qué es acoplamiento?" interrogó Klaus.

"Conexiones."

"Bueno, ¡no quiero conexiones con nadie!"

"¿No pasa siempre lo mismo? La suerte le viene a aquellos que no la quieren. Si yo hubiera tenido tu suerte cuando tenía tu edad, estaría en negocios más lucrativos hoy en día."

El elogio le repugnó sin pensarlo, declaró maquinalmente. "Me voy a comprar un bote y me voy a la pesca."

La respuesta divirtió a Slim. Se rió como si Klaus hubiese tenido una aguda ocurrencia.

"¿Qué quieres decir, chico? Para qué, si puedes pescar mejor aquí mismo en el pueblo que en un bote y con lanza."

"No quiero pescar con lanza. ¡Quiero lanzar albacoras!"

"Escucha, ¡fringuito! Si eres listo, quédate junto al profeto y pesca los peces que nadan alrededor de su pequeño mar. Vas a estar mucho mejor."

Una extraña desesperación se apoderó de Klaus. Sintió como si tuviese que convencer a alguien que iba a encontrar una salida a su problema. Estaba tratando de convencerse a sí mismo.

"Voy a comprar el bote de Cachimba. Es un lindo bote, aunque lo conozco. Dos hombres pueden manejarlo muy bien. Y hay espacio para que duerman dos en la popa, cuando se cierra la cubierta."

Estaba repitiendo las palabras de Chita. "Tengo casi el dinero suficiente," continuó más animadamente. "Solo me faltan unos pesos más."

Slim apagó su cigarrillo pensativamente. Jugaba con una idea y parecía cambiar su actitud con respecto al plan de Klaus.

"Después de todo, vale la pena considerarlo, la pesca no es mal negocio. ¿Qué piensas tú, Lindmars?"

"No me importa. Todo es una porquería," respondió mirando al frente e ignorándolos.

"El bote de Cachimba es uno de los buenos," añadió Slim. "¿Y qué opina el profeto sobre todo esto?"

"No he hablado con él, todavía."

"¿Y cuánto dinero necesitas?"

"Cien pesos."

"¿Escuchaste eso, Lindnaes? Necesita un *congrio*, ¡y a eso lo llama unos pocos pesos! Bueno, en todo caso..." Slim sacó su billetera y tomó de ella un billete rojo de cien pesos, el cual mostró a Klaus.

"Tan pronto lo arregles con el prefecto, dímelo, y estos cien pesos son tuyos. Fácilmente puedes pagarlos, y probablemente hacer un par de viajes para mí en tu bote."

"Gracias, realmente no los necesito."

"¿Escuchaste? No necesita mi dinero. ¿Cómo lo llamaste, Lindnaes? ¿Un pequeño tiburón? No, señor, es uno grande ya."

Lindnaes se animó al ver el billete de cien pesos.

"¿Así que me puedes pagar una comida?"

Slim no se dio por enterado. Lo colocó de vuelta en su billetera, pero Lindnaes insistió.

"¡Escucha, Slim! Puedes comprarme una comida, ¿ya? Dijiste que no tenías dinero."

"No para ti, viejo," respondió afablemente y se puso de pie. "No tenemos nada más de qué conversar, tú sabes. Es diferente con el Gringuito. Bueno, chico, piénsalo y búscame si cambias de opinión."

Slim se fue pensando que el muchacho muy pronto se convertiría en una peligrosa competencia y que lo mejor que podía hacer era asociarse con él. Klaus también tenía que irse, pero antes le alcanzó a Lindnaes un billete de veinte pesos y le dijo que comprara también algo para Martín, quien estaba en alguna parte en la playa esperando a Lindnaes.

"Dale a Martín mis mejores saludos, ¿quieres? No lo he visto por mucho tiempo."

"El no está preocupado por ti."

Klaus quiso replicarle, pero se dio vuelta y se fue. Se sentía muy desanimado.

Caminó por la costa. El mismo viejo mar, pensó, y las mismas mareas llegando a las playas. El mar que había visto desde la pampa el día que llegó a Atahualpa. Más allá de la bahía, corría la poderosa corriente que provenía del Polo Sur y traía las aguas heladas a esta costa caliente, la corriente que ayudó a traer al *Cap Finisterre*. Millas afuera, soplaban los eternos vientos alisios. Ambos fenómenos de la naturaleza le fascinaban. Soñaba con tener un bote pesquero con vela latina y salir a la pesca de albacora en alta mar, en la neblina azul del océano. El viento y la corriente lo llevarían hacia el norte y en la noche con el terral, izaría el velamen para volver a Atahualpa, o más al sur al pequeño puerto de Caleta Buena y entonces iría donde Tutapa para darle las gracias otra vez y demostrarle que no la había olvidado.

Pero todo eso era un sueño. Uno de los tantos que había acariciado y abandonado. ¿Alguna vez todos esos días de ensoñamiento llegarían a un fin? ¿O nuevos sueños desplazarían a los viejos, sueños que no rechazara la realidad, sino que fueran alimentados por ella? ¿Dónde estará ese Klaus que vio la población debajo de él con tal seguridad de conquistarlo? ¿El pueblo lo había conquistado para sí y dado...? Lo único que tenía era un sombrero de Panamá (¡uno verdadero!) y una chaqueta de seda, una chaqueta de mono de circo.

El puerto lo había encerrado en un asqueroso círculo. ¿No había escapatoria? Tal vez, pero vio claramente que este círculo negro no sólo era peculiar del pueblo. Mediaba en el *Cap Finisterre* donde el capitán ganaba dinero con el

hambre de sus marinos; los dueños, con el capitán y su tripulación. Y este círculo existía en Berlín donde sufrieron hambre por el padre cesante y donde los nazis mataron a su padre. Reinaba en todas partes un círculo de acero agobiante. ¿No habría una salida?

Era otro Klaus el que vagaba por la playa. No el Klaus que nadó a la costa un año atrás. No el Klaus que hacía pocos meses, subió a las rocas, exploró cavernas persiguiendo lagartos y murciélagos. Ni siquiera el Klaus que sólo ayer y esta tarde, había hablado de convertirse en pescador de albacoras.

¿Qué le había ocurrido? Nada que pudiese adivinarse a simple vista. Nada que entendiera perfectamente todavía. Pero algo subyacente se movía, estaba tomando forma en medio de la confusión y la miseria de su corazón. Cuando entró a las puertas de las barracas de la policía, escuchó a los pampinos cantando como siempre en las tardes al salir de su atontamiento por el calor del día. El himno de los obreros del salitre llenaba los corredores y patios.

Y entonces la carga de Klaus desapareció. Su pesada y dolorosa melancolía fue arrastrada por el poderoso vendaval de aquella canción. La canción de aquellos hombres engrillados, perseguidos, tenía un poder en sí que lo sobrecogió.

"Romperé el círculo y no arrancando lejos, así no puedo romperlo. Lo romperé aquí mismo, con Achazo y Chiu y los pampinos. Soy pisoteado tal como ellos, sólo de manera diferente. Sus cuerpos son torturados... es mi alma que tratan de torcer. Sí, estoy en las profundidades, tan abajo como ellos, soy uno de los condenados de la tierra también. Pero ellos están resistiendo, no ceden. Eso es, ¡estoy con ellos! ¡Pase lo que pase, estoy listo!"

9

Unos días más tarde, cuando fue a recoger la correspondencia, halló una carta de su madre. Era la segunda que recibía, desde que llegó a Atahualpa. Gran parte tenía que ver con advertencias, consejos. Es evidente que buscó información sobre Chile y esta es parcialmente correcta. No debía comer fruta cruda, ni beber agua sin hervir. Había oído que la fiebre amarilla reinaba en Chile. Y en países en que hacía demasiado calor, había que cuidarse de los resfríos. Sobre todo, debía tener cuidado de las frescas brisas de la noche. Y el resto era por el estilo.

En la parte final, le dio novedades del hogar. "Dietrich todavía no puede conseguir trabajo. Se queda en la calle hasta tarde de la noche y un día no regresó hasta la mañana siguiente y ¡totalmente entusiasmado! Pero no me dijo nada. Lo peor es que se unió a los Sturm Trupp, las tropas de asalto. El no debía haberlo hecho, por lo que le pasó a su padre. Tu sabes. Realmente me alegro que no estés aquí. Todos los días ocurren cosas terribles. Cuídate, hijito, y vete a la cama a horas convenientes, eso es importante a tu edad. Con todo mi amor, Mamá."

Sonreía al leer la carta, aunque con cierta preocupación y, cuando leyó sobre Dietrich, frunció el ceño.

No había demasiada actividad esa mañana. Anunció la visita de don Alberto, el contratista, luego la de don Alfonso, el agente del gobierno. Después tuvo que enviar un par de telegramas que le quemaban las manos, pero tenía que enviarlos. Antes que nada leyó y memorizó el texto de ellos. Al regresar del telégrafo, el prefecto no estaba. Los había escrito tarde en la noche y se referían a los prisioneros. Klaus tenía que encontrar a Cachimba y a la organización de inmediato. Se dirigió hacia la choza del pescador.

En el trayecto se aclararon en su mente los acontecimientos de la noche anterior. Don Arturo estuvo en la sala, no bebiendo como un refinado *mediopelo*, sino como el gringo don Humphrey. Una furia concentrada hervía en su sangre. La noticia había llegado de Santiago con respecto al vapor que vendría hacia Atahualpa para llevarse a los rotos. Por una u otra razón, se demoraría tres semanas. Pero no era todo, otras cosas muy distintas a sus deseos estaban sucediendo.

"¡El calabozo está completamente lleno!" gritó de repente. "No hay espacio en ese maldito lugar, ¡y el vapor de Valparaíso no viene! No hay noticias todavía de la reunión en Santa Lucía. Ese maldito Macho, no es un organizador, ¡es un perro flojo! Y cierto caballero en la capital, ¡es un perfecto idiota! ¡Los condenados demócratas apoyan sus idioteces!"

Saavedra no descansó esa noche, ni tampoco el muchacho. El hombre iba de pieza en pieza, dando portazos tras él. Le ordenó a Klaus traerle los archivos, los cuales

hojeó por unos minutos y luego los lanzó al suelo fue a cuartos de la guardia, inspeccionó los establos, inspeccionó los caballos. Incluso dio una mirada en los calabozos fue hasta mucho más tarde, después que su pequeño esclavo le sirviese innumerables y variados tragos, que tocó la esencia, el núcleo de su ansiedad. Todo ello estaba conectado con cierto caballero en la capital.

"¡Es un maldito ladrón! Está vendiendo el país a los gringos y a precio más bajo que el último presidente lo que pagan se lo mete en su bolsillo. En vez de entregarle dólares para callar la boca de los patanes descontentos da más y más libertad, 'libertad democrática' como la llaman. Pero es una política loca, equivocada, de traición y a la larga le va a costar caro. ¡El maldito estúpido! Tiene el poder, ¿por qué no lo usa, sin miedo?"

Se detuvo en su deambular y trató de escuchar algo. "¿Están cantando otra vez esos malditos empelotados?"

No había ningún sonido de cantos, solo el resoplar de uno o dos caballos.

"Este hombre ha estado en el poder por once meses ya. Tiene el control sobre la vida y la muerte. Eso es lo que necesitamos, un poder como ese. Es lo que necesitamos aquí, Gringuito. Si tuviese poderes plenos para seguir adelante, tendríamos orden en Atahualpa mañana, ¡y tanto espacio en los calabozos como necesitáramos!"

De nuevo indagó, "¿Dijiste que no estaban cantando? ¡Pero están! Cantan hasta cuando duermen. ¡Hay que pararlos!"

Vociferó la última frase. Sus párpados cansados caían sobre sus ojos llenos de diminutas venas rojas.

"Háceme papel y tinta. Vamos a escribir un telegrama para ese señor en Santiago. Lo voy a aliviar de algunos de sus pensamientos y trabajo. Hay algunos de estos rotos que no deben esperar otras tres semanas por ese barco. Se lo vamos a decir."

Saavedra escribió el telegrama, el cual era uno de los dos que Klaus llevaría la mañana siguiente. Decía que el Prefecto de Policía de Atahualpa solicitaba las atribuciones requeridas para tomar medidas extremas bajo circunstancias de excepción e imponer castigos, incluyendo la pena de muerte como lo permitía la ley.

Klaus llegó a la choza de Cachimba y lo encontró con otro pescador, un hombre viejo, alto y huesudo. Su nombre era Antonio, y vivía en algún lugar de la costa. Fue el quien trajo noticias y cartas de otra parte. Había dado con él en otras ocasiones.

Con un "Buenos días, Klaus," lo recibió Cachimba y Antonio lo saludó inclinando la cabeza. Continuaron con su conversación.

"Es como eso en Iquique y donde quiera que vayas," decía Antonio. "A lo largo de Chile, es lo mismo. No puede durar mucho tiempo. Los cesantes están contra el gobierno, los trabajadores están contra el gobierno y, en el sur, los campesinos también. Han habido manifestaciones, huelgas y levantamientos de campesinos. Sólo en este distrito no pasa nada."

"La mayoría de los dirigentes están en la cárcel, ésa es una razón."

"Es verdad. Pero veremos, veremos."

Antonio hablaba lento, paladeando cada palabra. Klaus lo observó detenidamente. Había algo familiar en su cara, la cara de un viejo y golpeado cuervo. Sin embargo,

"El no está preocupado por ti."

Klaus quiso replicarle, pero se dio vuelta y se fue. Se sentía muy desanimado.

Caminó por la costa. El mismo viejo mar, pensó, y las mismas mareas llegando a las playas. El mar que había visto desde la pampa el día que llegó a Atahualpa. Más allá de la bahía, corría la poderosa corriente que provenía del Polo Sur y traía las aguas heladas a esta costa caliente, la corriente que ayudó a traer al Cap Finisterre. Millas afuera, soplaban los eternos vientos alisios. Ambos fenómenos de la naturaleza le fascinaban. Soñaba con tener un bote pesquero con vela latina y salir a la pesca de albacora en alta mar, en la neblina azul del océano. El viento y la corriente lo llevarían hacia el norte y en la noche con el terral, izaría el velamen para volver a Atahualpa, o más al sur al pequeño puerto de Caleta Buena y entonces iría donde Tutapa para darle las gracias otra vez y demostrarle que no la había olvidado.

Pero todo eso era un sueño. Uno de los tantos que había acariciado y abandonado. ¿Alguna vez todos esos días de ensoñamiento llegarían a un fin? ¿O nuevos sueños desplazarían a los viejos, sueños que no rechazara la realidad, sino que fueran alimentados por ella? ¿Dónde estará ese Klaus que vio la población debajo de él con tal seguridad de conquistarlo? ¿El pueblo lo había conquistado para sí y dado...? Lo único que tenía era un sombrero de Panamá (¡uno verdadero!) y una chaqueta de seda, una chaqueta de mono de circo.

El puerto lo había encerrado en un asqueroso círculo. ¿No había escapatoria? Tal vez, pero vio claramente que este círculo negro no sólo era peculiar del pueblo. Medraba en el Cap Finisterre donde el capitán ganaba dinero con el

hambre de sus marinos; los dueños, con el capitán y su tripulación. Y este círculo existía en Berlín donde sufrieron hambre por el padre cesante y donde los nazis mataron a su padre. Reinaba en todas partes un círculo de acero agobiante. ¿No habría una salida?

Era otro Klaus el que vagaba por la playa. No el Klaus que nadó a la costa un año atrás. No el Klaus que hacía pocos meses, subió a las rocas, exploró cavernas persiguiendo lagartos y murciélagos. Ni siquiera el Klaus que sólo ayer y esta tarde, había hablado de convertirse en pescador de albacoras.

¿Qué le había ocurrido? Nada que pudiese adivinarse a simple vista. Nada que entendiera perfectamente todavía. Pero algo subyacente se movía, estaba tomando forma en medio de la confusión y la miseria de su corazón. Cuando entró a las puertas de las barracas de la policía, escuchó a los pampinos cantando como siempre en las tardes al salir de su atontamiento por el calor del día. El himno de los obreros del salitre llenaba los corredores y patios.

Y entonces la carga de Klaus desapareció. Su pesada y dolorosa melancolía fue arrastrada por el poderoso vendaval de aquella canción. La canción de aquellos hombres engrillados, perseguidos, tenía un poder en sí que lo sobrecogió.

"Romperé el círculo y no arrancando lejos, así no puedo romperlo. Lo romperé aquí mismo, con Achazo y Chiu y los pampinos. Soy pisoteado tal como ellos, sólo de manera diferente. Sus cuerpos son torturados... es mi alma que tratan de torcer. Sí, estoy en las profundidades, tan abajo como ellos, soy uno de los condenados de la tierra también. Pero ellos están resistiendo, no ceden. Eso es, ¡estoy con ellos! ¡Pase lo que pase, estoy listo!"

Unos dias más tarde, cuando fue a recoger la correspondencia, halló una carta de su madre. Era la segunda que recibia, desde que llegó a Atahualpa. Gran parte tenía que ver con advertencias, consejos. Era evidente que buscó información sobre Chile y esta era parcialmente correcta. No debia comer fruta cruda, ni beber agua sin hervir. Habia oido que la fiebre amarilla reinaba en Chile. Y en paises en que hacia demasiado calor, habia que cuidarse de los resfrios. Sobre todo, debia tener cuidado de las frescas brisas de la noche. Y el resto era por el estilo.

En la parte final, le dio novedades del hogar. "Dietrich todavia no puede conseguir trabajo. Se queda en la calle hasta tarde de la noche y un dia no regresó hasta la mañana siguiente y ¡totalmente entusiasmado! Pero no me dijo nada. Lo peor es que se unió a los Sturm Truppe, las tropas de asalto. El no debía haberlo hecho, por lo que le pasó a su padre. Tú sabes. Realmente me alegro que no estés aquí. Todos los días ocurren cosas terribles. Cuídate, hijito, y vete a la cama a horas convenientes, eso es importante a tu edad. Con todo mi amor, Mamá."

Sonreía al leer la carta, aunque con cierta preocupación y, cuando leyó sobre Dietrich, frunció el ceño.

No había demasiada actividad esa mañana. Anunció la visita de don Alberto, el contratista, luego la de don Alfonso, el agente del gobierno. Después tuvo que enviar un par de telegramas que le quemaban las manos, pero tenía que enviarlos. Antes que nada leyó y memorizó el texto de ellos. Al regresar del telégrafo, el prefecto no estaba. Los había escrito tarde en la noche y se referían a los prisioneros. Klaus tenía que encontrar a Cachimba y a la organización de inmediato. Se dirigió hacia la choza del pescador.

En el trayecto se aclararon en su mente los acontecimientos de la noche anterior. Don Arturo estuvo en la sala, no bebiendo como un refinado *mediopelo*, sino como el gringo don Humphrey. Una furia concentrada hervía en su sangre. La noticia había llegado de Santiago con respecto al vapor que vendría hacia Atahualpa para llevarse a los rotos. Por una u otra razón, se demoraría tres semanas. Pero no era todo, otras cosas muy distintas a sus deseos estaban sucediendo.

"¡El calabozo está completamente lleno!" gritó de repente. "No hay espacio en ese maldito lugar, ¡y el vapor de Valparaíso no viene! No hay noticias todavía de la reunión en Santa Lucía. Ese maldito Macho, no es un organizador, ¡es un perro flojo! Y cierto caballero en la capital, ¡es un perfecto idiota! ¡Los condenados demócratas apoyan sus idioteces!"

Saavedra no descansó esa noche, ni tampoco el muchacho. El hombre iba de pieza en pieza, dando portazos tras él. Le ordenó a Klaus traerle los archivos, los cuales

hojeó por unos minutos y luego los lanzó al suelo. Fue a los cuartos de la guardia, inspeccionó los establos, inquietando los caballos. Incluso dio una mirada en los calabozos. No fue hasta mucho más tarde, después que su pequeño esclavo le sirviese innumerables y variados tragos, que reveló la esencia, el núcleo de su ansiedad. Todo ello estaba conectado con cierto caballero en la capital.

"¡Es un maldito ladrón! Está vendiendo el país a los gringos y a precio más bajo que el último presidente. Lo que pagan se lo mete en su bolsillo. En vez de entregar los dólares para callar la boca de los patanes descontentos les da más y más libertad, 'libertad democrática' como la llaman. Pero es una política loca, equivocada, de traición y a la larga le va a costar caro. ¡El maldito estúpido! Tiene el poder, ¿por qué no lo usa, sin miedo?"

Se detuvo en su deambular y trató de escuchar algo.

"¿Están cantando otra vez esos malditos *empelotados*?"

No había ningún sonido de canto, sólo el resoplar de uno o dos caballos.

"Este hombre ha estado en el poder por once meses ya. Tiene el control sobre la vida y la muerte. Eso es lo que necesitamos, un poder como ése. Es lo que necesitamos aquí, Gringuito. Si tuviese poderes plenos para seguir adelante, tendríamos orden en Atahualpa mañana, ¡y tanto espacio en los calabozos como necesitáramos!"

De nuevo indagó, "¿Dijiste que no estaban cantando? ¡Pero están! Cantan hasta cuando duermen. ¡Hay que pararlos!"

Vociferó la última frase. Sus párpados cansados caían sobre sus ojos llenos de diminutas venas rojas.

"Tráeme papel y tinta. Vamos a escribir un telegrama para ese señor en Santiago. Lo voy a aliviar de algunos de sus pensamientos y trabajo. Hay algunos de estos rotos que no deben esperar otras tres semanas por ese barco. Se lo vamos a decir."

Saavedra escribió el telegrama, el cual era uno de los dos que Klaus llevaría la mañana siguiente. Decía que el Prefecto de Policía de Atahualpa solicitaba las atribuciones requeridas para tomar medidas extremas bajo circunstancias de excepción e imponer castigos, incluyendo la pena de muerte como lo permitía la ley.

Klaus llegó a la choza de Cachimba y lo encontró con otro pescador, un hombre viejo, alto y huesudo. Su nombre era Antonio, y vivía en algún lugar de la costa. Fue él quien trajo noticias y cartas de otra parte. Había dado con él en otras ocasiones.

Con un "Buenos días, Klaus," lo recibió Cachimba y Antonio lo saludó inclinando la cabeza. Continuaron con su conversación.

"Es como eso en Iquique y donde quiera que vayas," decía Antonio. "A lo largo de Chile, es lo mismo. No puede durar mucho tiempo. Los cesantes están contra el gobierno, los trabajadores están contra el gobierno y, en el sur, los campesinos también. Han habido manifestaciones, huelgas y levantamientos de campesinos. Sólo en este distrito no pasa nada."

"La mayoría de los dirigentes están en la cárcel, ésa es una razón."

"Es verdad. Pero veremos, veremos."

Antonio hablaba lento, paladeando cada palabra. Klaus lo observó detenidamente. Había algo familiar en su cara, la cara de un viejo y golpeado cuervo. Sin embargo,

¿dónde podría haberlo visto que no fuera las pocas veces en la choza de Cachimba?

"Es raro que la muchacha no haya aparecido todavía," observó Antonio. "Le dije que me encontraría aquí."

"¿Algo nuevo, Klaus?" cuestionó Cachimba.

"Sí, es acerca de un telegrama. Dos en realidad. Pero uno de ellos es harto malo."

"¿Cuándo llegaron?"

"Solo uno llegó. El prefecto mandó el otro. El que llegó decía que el vapor de transporte se demoraría y no llegaría sino en tres semanas."

"¿Oste, Antonio? No puede llegar aquí hasta tres semanas más. Los compañeros arreglaron eso en Valparaíso."

"¿Que decía el otro telegrama?" preguntó Antonio.

"Era del prefecto al Presidente de la República. En él solicitaba las atribuciones requeridas para tomar medidas extremas bajo circunstancias de excepción e imponer castigos, incluyendo la pena de muerte. Me lo sé de memoria."

Los hombres guardaron silencio. Antonio descansó su pesada mano en la mesa. Cachimba sacó la pipa de su boca. Estuvieron sentados así por un momento, la puerta se abrió y Tutapa entró.

Era ella la muchacha que Antonio esperaba. Klaus se dio vuelta para saludarla, pero Cachimba le habló.

"Dinos otra vez lo que dijiste."

Klaus lo repitió.

"¿Sabes lo que eso significa?"

"Sí, creo que sí."

"Significa que el prefecto va a ordenar matar a Chiu, el Pingüino y Patacocha y quién sabe cuántos más."

"Sí, eso es lo que dijo. Primero pensé que estaba borracho, pero cuando empezó a escribir el telegrama, supe lo que él quería decir."

"¿Qué dijo?"

"Dijo que había rotos por los que no se podía esperar tres semanas por el barco, y que debíamos tener más espacio en los calabozos."

Antonio se dirigió a la muchacha. "Tutapa, anda a buscar a Pejeperro y al Congrio. Diles que vengan *al tiro*, ¡que es muy importante!"

Tutapa abandonó la choza. Ella y Klaus no intercambiaron palabra. La emergencia había arrancado de raíz todo el sabor y alegría de su reencuentro. Otra vez examinó las facciones de Antonio, más de cerca. Diría que calzaban, pero no del todo.

Entró Pejeperro. Era de cabeza grande, moreno y ojos sobresalientes. Justo detrás de él, llegó Congrio. Klaus conocía de vista a los dos pescadores, pero no sabía que estaban involucrados en la organización. Luego llegó Tutapa y se sentó junto al joven en el banco, mirándolo fijamente y colocando su mano sobre la de él.

Los cuatro se sentaron alrededor de la mesa. Cachimba habló primero. "El prefecto recibió un telegrama ayer, diciendo que el buque de transporte no va a llegar hasta dentro de tres semanas. Les puedo decir que está parado en Valparaíso con una de sus máquinas fallando y no va a salir hasta que hagamos lo que tenemos que hacer aquí. Tenemos todo arreglado. Las invitaciones para el congreso en Santa Lucía ya salieron y dejamos varias por aquí y por allá, donde tienen que ser encontradas. No pasará mucho sin que una de ellas llegue a manos del prefecto. Hasta aquí, todo va bien. Pero algo ha ocurrido que puede arruinar nuestro plan. Es un telegrama que envió el prefecto, esta mañana. Klaus, diles lo que hay en ese telegrama."

Klaus repitió el texto.

"¿Eso significa que ...?" comenzó Congrio.

Pejeperro interrumpió. "¡Eso significa que los calabozos y el maldito prefecto van a volar por los aires antes que venga una respuesta desde Santiago!"

"Bueno, eso no ayudaría mucho al Pingüino y al resto, ¿no? No, Pejeperro, andate *despacito por las piedras*. Piénsalo un poco. Yo también pensaba así, pero hace ya mucho tiempo. Era Moreno quien siempre pensaba cosas como ésas. Eso tiene que ser una lección para nosotros. El cuartel de policía y la cárcel están hechos de manera que la parte que da al mar, no podríamos volarla, sin matar a los compañeros y a lo mejor un par de caballos. No, nos entregaríamos en las manos del prefecto ¡Eso es lo que él quiere que hagamos!"

"Entonces, Antonio, ¿cuál es tu idea?"

"Esperemos que el prefecto no reciba la autorización que pide. Nos da tiempo para sacar adelante algunas cosas que planeamos. Lo hacemos rápidamente, tomándolos por sorpresa como lo habíamos dicho antes de conocer el telegrama. Pero si consigue la autorización, vamos a tener que hacerlo y como sea. Eso es todo."

"¿Qué podemos hacer?"

"No mucho, como todos sabemos. Pónganse de inmediato en contacto con el Comité de los Cesantes y díganles lo que pasa. Yo me voy a la pampa. Ya me contacté con lo que quedó de la organización. Así es que tenemos que avisarles, ponerlos en guardia."

Esta era la primera vez que Klaus había escuchado lo concerniente a un movimiento planeado para liberar a los prisioneros. Ese día supo más sobre los detalles que tenían que ver con sus compañeros y sus actividades. Se enteró de que no era la mitad de los líderes del distrito del Sindicato

Rojo de Trabajadores la que yacía en los calabozos, como dijo Macho, sino prácticamente todos y la organización en el área de ellos se encontraba en malísimas condiciones. También era novedad para él, las invitaciones que se habían enviado para el congreso en Santa Lucía. El hecho haría que las cosas empezaran a movilizarse en Atahualpa. Comprendió que la demora del buque en Valparaíso se debía a las actividades de Achazo y sus amigos en el puerto.

Más tarde juntaría todas estas hebras y vería el tejido que conformaban. Le entregaron una carta para llevársela a Patacocha. Klaus debía estar pendiente del telegrama de la capital y comunicarles en seguida de su contenido. Además se mantendría alerta en cuanto una de las invitaciones llegara a manos del prefecto, y trataría de descubrir cuáles serían entonces sus planes.

No tuvo oportunidad de hablar con Tutapa. Cuando ya se iba, ella retuvo su mano y le murmuró, "Tienes mucho que hacer, Klaus. Qué lástima que yo no pueda ir contigo para ayudarte."

De regreso pensó y repensó en todo el asunto. Siempre sospechó que había algo en el aire, que "la organización" representaba algo. Pero todo asumía proporciones dramáticas y quizás históricas. Sin embargo, era la cara de Antonio lo que todavía lo preocupaba. Era tal vez el padre de Tutapa o más probablemente su abuelo. Pero no. Algo más directo. En la choza de Tutapa no había visto ninguna foto de él... ¡Una foto! ¡Esa era *la madre del cordero*, como decían los rotos! Había una orden de detención en los archivos que le trajo al prefecto con la foto de un hombre buscado. Era Antonio, aunque con un arrugado sombrero de fieltro y llevando un canasto en cada mano como si fuera vendedor ambulante. De ninguna manera un pescador. Era

una foto no muy clara, posiblemente tomada por Cara de Buitre o tal vez Moreno. Pero definitivamente era Antonio.

En cuanto se aclararon sus dudas, volvió como relámpago donde Cachimba. Lo encontró sentado detrás de la cabaña, remendando una red.

"Sobre Antonio," acezó Klaus. "Alguna vez usó un sombrero arrugado, *al lote?*" Cachimba lo miraba y miraba.

"¿Por qué? Sí, creo que usaba uno así."

"Y dos canastos como vendedor ambulante?"

"Sí, ¿pero qué diablos pasa Klaus?"

"Hay orden de detención contra él. Sabia que lo había visto en alguna parte y sólo en este momento me doy cuenta por qué. Es la foto que vi con la orden de detención. Con ese sombrero y dos canastos."

"¡Tenemos que decírselo ahora mismo! ¡No debe ir a la pampa! Va camino de la estación. ¡Corre y avísale! ¡No! Es mejor que yo vaya. Tú anda al muelle y busca a Tutapa. Está haciéndose a la vela, hacia Caleta Buena... dile que espere un ratito."

Cachimba salió corriendo. Klaus llegó tarde. Pudo ver el bote navegando a la vela con viento en popa. Pensó que podía distinguir a Tutapa en el timón. Corrió al final del muelle y agitó los brazos, pero el bote siguió su rumbo. Ni él ni Cachimba lograron su objetivo. Klaus lo supo cuando regresó a la prefectura. En frente de la puerta de la oficina, Antonio estaba vigilado por Cara de Buitre y otro de civil. Tenía un viejo sombrero, sin forma, de esos que uno se puede meter en el bolsillo. Estaba sentado con dos canastos de pescado ahumado.

10

Quince días transcurrieron antes del supuesto congreso en Santa Lucía y el día en que debía realizarse la rebelión. Todo dependía de la respuesta de la capital que llegó veinticuatro horas más tarde. Klaus se quedó en el cuarto después de colocarla en la mesa del prefecto. Este leyó el telegrama y lo dejó sin decir palabra. Era algo extraordinario. De pronto un grueso libro de leyes pasó volando por sobre la cabeza del joven. Cuando estaba abriendo la puerta, un sujetador de papeles y un tintero le golpearon la espalda. Arrancó por el corredor, riéndose aliviado.

Esperó en el patio y apareció su jefe. Pasó como tempestad por su lado y se dirigió donde dos soldados jugaban tranquilamente a los naipes a la sombra de una muralla del establo.

"¡Malditos flojos y jugadores! ¿No saben que está prohibido? ¿Cuántas veces se los he dicho y lo siguen haciendo? ¡Medio mes de sueldo para cada uno! ¡Sargento! ¿Dónde diablos está el sargento?"

Los dos jugadores sirvieron sólo para estimular su apetito. Entró en los cuartos y vociferó a todo lo largo de la

barraca donde algunos soldados descansaban en sus camas de paja. Se podía escuchar su vozarrón en el patio, "¡Una semana sin pago! ¡Sin salida por un mes! ¡Al calabozo por tres noches y quítenle sus jinetas de cabo!"

El sargento llegó corriendo desde la oficina. Al pasar al lado de Klaus, preguntó, "¿Qué ocurre?"

"Nada especial. Un telegrama que acaba de recibir," contestó alegremente.

De las barracas fue a los establos y otro pequeño huracán se desató. Incluso los caballos se contagiaron. Relincharon fuertemente, patearon y removieron las caballerizas. Se dirigió al calabozo e hizo que los presos se apretujaran para tener espacio para los soldados castigados. En media hora, un grupo no despreciable de ellos compartía encadenado un lugar entre los rotos.

Estos aplaudieron la medida disciplinaria. Les dio la oportunidad para establecer relaciones fraternales con sus celadores. Por otro lado, impidió a Klaus el informarles a Chiu y Patacocha sobre el contenido del telegrama. Sin embargo, a altas horas de la noche, pudo comunicárselo a Antonio quien estaba recluido en una celda aparte.

"Por todos los santos, no permitas que nada pase o se adelante," le advirtió Antonio. "Busca a Cachimba y que él se lo comunique al Comité de Cesantes. Nada debe pasar en el pueblo hasta el momento acordado."

Klaus llevó las noticias a Cachimba. Pero no detuvo un movimiento que debía empezar en dos o tres días. Se originó de una fuente completamente distinta. La Liga de Arrendatarios encabezada por don Emilio, el abogado, desfiló por las calles con banderas rojas. Los demócratas notificaron de un mitin de protesta. Naturalmente, los cesantes tenían que participar en la manifestación.

Lo que estaba sucediendo en Atahualpa no era sino parte de un gran alzamiento político que comenzó en la capital e iba a extenderse por todo el país. En Atahualpa fue reconocido en su etapa inicial por los guardianes del orden.

Dos días después, Saavedra liberó a los soldados del calabozo. Su actitud para con ellos dio un vuelco repentino. Adoptó una postura benevolente. Se trajo nueva paja para sus somieres, el agujero en el techo de la barraca fue reparado, se les ofreció mejor comida. Cerveza y alcohol fueron servidos cada tarde sin costo extra.

Este tratamiento borró cualquier impresión que los soldados hubieran adquirido en su contacto con los rotos. Aplastaron las protestas y desfiles, golpeando salvajemente con sus sables, y el levantamiento de don Emilio fue disuelto. Los demócratas pudieron realizar un mitin. Los otros fueron prohibidos y la gente que asistió a ella fue dispersada por la tropa. Cuando los cesantes desfilaron por las calles, la policía cargó contra ellos y los hizo volver a sus casuchas y conventillos. De todos modos, se reunían dondequiera que había una radio y escuchaban los discursos de la capital en favor de la libertad. Les sonaban como voces de otra época y otro mundo.

Tales sentimientos no tenían lugar en Atahualpa y el *cantón* adyacente. El comandante se complacía al dar su opinión a varios ciudadanos, muy confidencialmente por supuesto. "Se les ha pasado la mano, pero deben mantenerse tranquilos. En mi opinión, este asunto en Santiago es un error y algo malo va a ocurrir." Y agregaba que no le costaba mucho observar quiénes estaban colaborando para causar molestias en la población.

En pocos días, la tranquilidad de un cementerio reinaba en Atahualpa. Se consideraba que don Arturo tenía razón. Todo acontecio como lo pronosticó y la nueva política liberal del gobierno parecía perder en vigor e influencia. Cierto día, dos pequeños volantes del Sindicato Rojo hicieron su aparición en su escritorio. "Estrictamente confidencial," rezaban unas letras subrayadas en el encabezamiento. Delegados y oficiales eran llamados a un importante congreso en Santa Lucía.

El buen humor de Saavedra aumentaba de hora en hora. Informes desde la capital contribuían a ello y, a pesar de la perturbada situación política, las acostumbradas actividades policiales no se habían interrumpido. Los soldados no relajaron su regular cosecha de marinos extranjeros y así fue que casi toda la tripulación de un velero fue traída a la cárcel. Por fin llegó el día anterior al congreso en Santa Lucía.

El prefecto fue a ver al Gringo del cerro y pasó allí algunas horas. Los dos tenientes bajaron de la pampa como lo habían hecho antes de los sucesos de La Palma. Saavedra incluso encontró tiempo para una pequeña celebración. Esta vez la tropa también fue invitada. Cerveza, vino y un aguardiente de caña de la Argentina fueron servidos en las barracas y el anfitrión vitoreado cuando le habló de la heroica empresa en la que pronto se embarcarían.

La festiva tarde transcurrió como todas las otras que la habían precedido, comenzando con el recorrido de inspección a través del pueblo, acompañado por Berends Alvarez y Klaus, y terminando con el rutinario monólogo frente al muchacho.

Don Arturo se veía más pálido durante los últimos días. Había actuado con prudencia. Las embestidas de la policía no resultaron en muertes, sólo golpeaduras y heridas por los sables. Existían buenas razones para esta moderación. A pesar de las noticias alentadoras y rumores de la capital, no se podía afirmar con certeza qué dirección tomarían los acontecimientos. Sufría todas las trepidaciones y angustias de un novato caminando por la cuerda floja.

No era el único que padecía esta tensión. El suelo se estaba abriendo bajo los pies de Klaus y él lo sabía. En cualquier momento podía caerse por una fisura. Sólo cuando era urgente veía a Cachimba, pero nunca se retardaba más de lo requerido. Durante su tiempo libre, vagabundeaba sin descanso. Fue al negocio de don José y almorzó con Slim. También se dio una vuelta por lo de Milly. A menudo aparecía por los muelles y se quedaba mirando atentamente los barcos y a los pescadores aunque distraído, con su mente en otra parte. Se encontró con Lindnaes quien le dijo que Slim había conseguido embarcarlo en un vapor alemán que estaba anclado en la bahía y que zarparía en un par de días. Con todo Klaus no podía permanecer en ningún sitio por mucho tiempo. Era arrastrado por una inquietante excitación interna y la tensión por el doble papel afectaba sus nervios. El jefe, quien usualmente no prestaba atención a quienes le servían, comentó su palidez y jocosamente sugirió la causa.

Se cumplió el tiempo de espera. El día siguiente traería consigo acciones. Sin embargo, esa noche era como tantas otras. Saavedra pasó en silencio media hora sentado junto a la ventana, pues los dos tenientes ya se habían ido.

Ocasionalmente le indicaba al muchacho que llenara su vaso. Contemplaba el oscuro mar, más allá de las blancas rompientes.

"En una hora estarán cabalgando. En un día y una noche más, todo se habrá terminado, Gringuito."

"Todo habrá terminado, señor prefecto," repitió como un eco Klaus con un largo suspiro.

"Ese caballero en Santiago ya se cayó de la silla hace doce días. Ya no es presidente. ¿Sabías eso, Gringuito? Nos ha dejado un montón de trabajo por hacer. Pero esta vez vamos a hacer una limpieza completa de una vez para siempre. Dávila es el hombre."

¿Dávila? Ese era el nombre que había oído con frecuencia en los últimos días. Era este nombre el que firmaba los boletines secretos que tanto alegraban a don Arturo y fortalecían sus esperanzas.

"Sí, Dávila es el hombre. Tiene la artillería, la aviación y brigadas de caballería. Esa es la clase de escoba con la cual vamos a barrer toda esta basura. ¿Pero qué tenemos nosotros, Gringuito? Sólo ciento cuarenta soldados y ciento veinte saldrán para Santa Lucía en una hora. ¡Pero cuando regresen...! Tendremos que controlarnos hasta entonces, eso es todo. ¿Crees que puedes esperar hasta entonces, Gringuito?"

"Seguro, señor prefecto."

Saavedra vació su copa y se la devolvió. Gotas de sudor aparecieron en las ventanillas de su nariz. Tendió la vista al joven.

"¿Puedes imaginar algo como lo que pasó en la Universidad? ¡Sí! No entre los rotos, sino entre esos finos caballeros universitarios. ¿Sabes lo que esos intelectuales han hecho, Gringuito?"

"¡No, don Arturo!"

"No, ¡por supuesto que no, oveja sin trasquilar! Han formado un 'soviet', como lo llaman, como si eso fuera algo chileno. Una cosa extranjera, importada. ¡Vamos, dilo, soviet!"

"Soviet."

"¡Eso es! Puedes decir esa palabra hoy y mañana también. Pero pasado mañana, si alguien la repite, será fusilado. Sí, vamos a tener un soviet aquí, eso es lo que dicen. ¿Qué significa? No sé. Es un chiste como para hacer reir un caballo. Se lo voy a contar al mio. ¿Por qué no te estás riendo?"

"No sé, señor prefecto."

"No tienes imaginación ni sentido del humor, ese es el problema contigo. Piensa en ese viejo inútil, ¿cuál es su nombre? El que acarrea los canastos con pescados...y la propaganda y cartas escondidas debajo de ellos... Antonio, ése es. Piensa en él como un jefe, ¡con un portafolio bajo el brazo! Un funcionario de los soviets y Patacocha, el Pingüino, Chiu y toda esa mugrería. Todos ellos, ¡ministros! Quieren un gobierno soviético y ¡no tienen armas ni municiones! Todos esos caballerotes, los traidores de la universidad y la escoria de rotos van a tener un duro despertar. ¡Mañana, ya verás! Pásame ese memorandum. Piensa, me lo tuvieron que pasar en secreto como si fuéramos criminales. Pero no después de pasado mañana."

Era el memorandum secreto de Carlos Dávila el cual Saavedra desplegó y estudió, dejando la ventana e inclinándose sobre la mesa. "Aquí está. Mañana al atardecer, a partir de las ocho en punto. Yo propuse que con los buques de guerra en Valparaíso echaran abajo el maldito soviet. Pero no estuvieron de acuerdo. En todo caso, tenemos toda

la autoridad que necesitaba, la autoridad que el otro caballero, ese cobarde, no me dio... Vamos a matarlos a todos, al viejo jefe que pretende vender pescado, a Patacocha, Chiu y todos esos brillantes jóvenes que han estado cantando a voz en cuello por las últimas semanas. Creo que mataremos a unos cien de ellos después que los agarremos mañana en Santa Lucía. Sí, Gringuito, mataremos a cien, pero ahorcaremos a tres. Tres de los principales, todos juntos. En un lado, el viejo con sus canastos y en el otro, Patacocha, y en el medio... ¿Quién crees tú que colocaremos en el medio?"

"No sé, señor prefecto."

"Bien, el señor prefecto te lo va a decir: Achazo. ¿Ya te has olvidado del nombre? El va a estar allí también, mañana. Lo ahorcaremos como a un ladrón de caballos. Aunque no ha robado caballos, sino que robó un autocarril allá en la pampa. ¿Qué importa en todo caso? Ciento tres de ellos, ¡eso es! Un aviso para los demás. Espantapájaros para asustar a los cuervos demócratas. Entonces verás a don Emilio y el resto, arrastrándose hacia sus agujeros. Después de eso, no escucharás ni un chillido de parte de ellos."

Don Arturo quedó silencioso en la mesa, la cara descansando en sus manos. La estación de policía comenzó a moverse. Piafar de caballos y ruidos surgieron de los establos. Gritos somnolientos resonaron en el patio. Después de diez minutos, atronó una orden. La columna de soldados salió a la calle. Fue a la ventana. Lentamente la tropa pasó a lo largo y se perdió en una esquina. Continuó observando hasta que reaparecieron en el camino que daba a la pampa. Los miró subir el cerro.

Se apartó de la ventana. El cuarto empezó a iluminarse con la azulada luz de la mañana. El día de los

acontecimientos había llegado y su opresivo calor se manifestaba antes del amanecer. Klaus estaba en su silla cerca de la puerta, completamente dormido. El prefecto lo dejó allí y se fue a su dormitorio.

El alba derramó su luz por sobre las alturas. Las horas pasaron y el sol se elevó hasta que sus rayos cayeron directamente sobre los techos de las casas y las sombras se derritieron. Ni una brisa soplaba ese día y el mar estaba calmo, como aceite, con un pequeño respirar debajo de su pesada superficie. Los mástiles de los barcos anclados apenas se movían y el humo de las chimeneas de los barcos de vapor ascendía en derechas columnas hacia el cielo.

El aire se detuvo y el tiempo se detuvo.

Un pájaro flotaba a la deriva en el mar de cobalto. Era un *guajache* moribundo. Una vez más alzó su pico, su cabeza y su cuello amarillento descansaron en la faz del océano. Una hora transcurrió. Había una nube por sobre el horizonte. Un cono negro se levantó y hendió el cielo. Una gran y oscura ola cubrió el pelícano como un paño mortuorio y prosiguió hacia la bahía. Los barcos la recibieron en sus anchas popas uniformes y ondulo debajo de ellos, arrastrándose hacia la playa por sobre rocas y peñascos hasta que lanzó su capa de espuma contra las murallas de los edificios circunvecinos.

El muchacho oyó el sonido de la gran ola que había enterrado el pelícano y remecido los barcos. Miró hacia afuera y vio la sulfurosa espuma de un vendaval que se acercaba. Entonces sintió gritar a un hombre.

"¡*Three Times Lucky*, te digo que ése es el nombre del barco! ¿Por mil demonios, cuánto tiempo más debo esperar? ¡Cada minuto cuenta!"

Luego llegó otra voz. Era del sargento Nivel, "Usted no puede entrar aquí, señor capitán. ¡Es privado!"

"¿A quién diablos le importa que sea privado o no? ¿No se da cuenta, cabeza de alcornoque, que no tengo ni un minuto que perder o pierdo mi barco?"

En breve hubo un fuerte golpe sobre la puerta. Klaus corrió a abrirla. Allí estaba un hombre bajo y gordo, el capitán del *Three Times Lucky*, un velero anclado en la rada.

"¡Quiero a mis hombres!"

"No aquí, capitán," le rogó el sargento. Temía la furia de don Arturo si despertaba. "Lo vamos a arreglar en seguida. Venga conmigo abajo. ¡Gringuito!"

Klaus se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. Un viento norte venía en camino y el *Three Times Lucky* tenía que abandonar la bahía sin demora. La mitad de su tripulación había sido acorralada la noche anterior. El capitán bajó a la oficina con el sargento y Klaus fue al dormitorio a despertar a Saavedra. Pero estaba totalmente borracho. Le removió el hombro. Palmoteó su espalda. Ni un movimiento. El sol se estaba oscureciendo. El cuarto quedó en penumbras. El muchacho corrió desesperadamente hacia la ventana. Una niebla amarillenta borboteó sobre el mar y fue a varase a la costa. El gran barco de vapor ya había levado anclas y se perdía entre la neblina y las bajas nubes. Otros izaban velas y enfilaban hacia alta mar. Sólo el pequeño *Three Times Lucky* yacía impotente en el paso del fortísimo viento, con las amenazantes rocas sobre sotavento.

Corrió de nuevo hacia el dormitorio. Esta vez lo movió sobre un lado y lo dejó caer sobre su espalda. Bombeó el brazo del hombre para arriba y abajo. Luego arrastró sus pies hacia el suelo. El borracho comenzó a resoplar y jadear.

"¡Señor prefecto!"

Sus ojos estaban cerrados, metidos en su piel sudorosa. Todavía roncaba. Exhaló agrios vapores por sus fláccidos labios. En su exasperación, Klaus agarró sus muñecas y se

los retorció. Había hecho lo mismo con Lindnaes para despertarlo cuando atravesaron el Cabo de Hornos.

"¡Señor prefecto!"

"¿Qué pasa?"

"¡Es el *Three Times Lucky!*"

"¡Al diablo con él!"

"Un nortazo, señor prefecto."

"¿Y a mí, qué me importa?"

El joven insistió. Sabía que el barco probablemente sería lanzado contra las rocas si no salía a tiempo mar afuera.

"¿Qué quieres, *piojillo*?"

"Es el *Three Times Lucky*, señor prefecto. Debe salir de la bahía rápidamente. Hay un viento norte en camino y no tiene los hombres suficientes para maniobrarlo. ¡Casi todos están aquí! El capitán espera abajo en la oficina."

"Anda y diles que bajo de inmediato."

Klaus se lanzó hacia la oficina.

"Don Arturo estará aquí en un momento."

El capitán miró hacia la ventana. Desde allí podía ver la bahía y en ese instante al *Three Times Lucky* que empezaba a girar en redondo, tirando violentamente de su cadena.

"¡Esta condenada maldita costa!" explotó el capitán.

Klaus subió nuevamente. La puerta estaba asegurada. Presintió que Saavedra se estaba echando otro trago al *guargüero*, poniéndose agua de colonia en el pelo y arreglándose. Pasaron veinte minutos antes que el jefe de policía apareciera, su túnica abrochada, su pelo negro brillante, oloroso y su bigote bien cepillado.

"¡Trabajo y nada más que trabajo, todo el tiempo! No puedo salir de la oficina ni cinco minutos. ¡Prende la lámpara, Gringuito!"

Se sentó majestuosamente frente a su escritorio. Ni siquiera había mirado al furioso capitán. Esto fue demasiado. Golpeó con su puño.

"¡Por Cristo, apúrese, señor! ¡Esto no es un chiste"

"Paciencia, capitán, paciencia. Soy un ser humano, como usted. Debemos hacer las cosas de manera ordenada. Gringuito, ¿ya has ingresado los cargos?"

Parecía que los cargos no estaban ingresados. "Ahí tiene, capitán, ¡piense! Cada noche el pueblo está lleno de marinos borrachos, alterando la paz de nuestros ciudadanos... en realidad no podemos lidiar con todos ellos..."

El capitán permaneció estático, no podía hablar. Tenía las venas de sus ojos hinchadas. Abría y cerraba las manos pausadamente.

"Bueno, veremos si podemos acortar el proceso. No nos vamos a preocupar si los cargos están determinados. Aunque por supuesto, es mi deber... Sin embargo..." El sargento le entregó la lista. "Olaf Johansen. Arrestado por borrachera y perturbar la paz. Multa: diez chelines." Estaba a punto de leer el próximo nombre cuando el capitán interrumpió.

"Sí, hay siete hombres en total. Es decir, son tres libras y diez chelines. Aquí tiene cinco libras..., en nombre de Dios, ¡déjelos libres!" Sacó otras cinco libras esterlinas de su bolsillo. "Agregue esta otra, ¡si tengo mis hombres en dos minutos!"

"¡Vuela, Gringuito!" ordenó el prefecto. "¡Sargento, vaya y tome siete hombres con usted para desengrillarlos." Entonces se dio cuenta que probablemente no había siete soldados en ese momento y corrió a colaborar también. En menos de dos minutos, el capitán tenía todos sus

marinos y don Arturo puso en su cartera el segundo billete de cinco libras.

"La ley, usted sabe, capitán," le dijo conciliadoramente. "Gringuito, anda con el capitán y muéstrale el camino más corto... tú sabes, por detrás de la iglesia y el barrio de pescadores y pasando por los tanques de agua. Bien, capitán, no hay daño ninguno y adiós... ¿Qué? ¡Oh, bueno, si usted lo quiere tomar de esa manera! Pero con descortesía, nunca ganamos nada. ¿Lo ve, sargento? Se necesita un *mediopelo* para poner un fin sonriente a un capítulo no tan placentero como éste."

Mientras Klaus guiaba al capitán y sus marinos hacia los muelles, una furiosa penumbra crecía sobre los cerros y descendía hacia el pueblo. Era una oscuridad cuyas calientes lenguas lamían las calles y lanzaban manotazos de arena en las caras de los hombres. Al doblar una esquina, tropezaron con don Rudolfo. Tomó el brazo del capitán.

"En treinta años en esta costa, nunca he visto un viento norte venir tan rápido," le gritó.

"¡Ese chancho me ha hecho perder dos horas!" bramó el capitán enronquecido.

"¿Qué chancho?" preguntó don Rudolfo. El capitán ya se había ido. De frente contra el viento, se abrieron paso hasta el muelle y se embarcaron en el bote. Por el peso de todos ellos, se desplazó más abajo de la línea de agua. Partieron y una ola los levantó. Luego se hundió para resurgir otra vez, después de lo cual la neblina y la espuma los envolvió.

A su regreso Klaus encontró a Saavedra en su oficina, fumando uno de esos fuertes puros negros que siempre escogía como antídoto para su curadera. Afuera dominaba la penumbra. A intervalos irrumpía una claridad. Las olas

invadían las altas rocas y golpeaban contra los edificios y las murallas eran bañadas por una fosforescente brillantez. La luz en el escritorio sólo alumbraba un pequeño espacio. El prefecto había ordenado que cerraran puertas y ventanas, pero la arena se introducía por las rendijas.

Los remolinos la cogían de las cuestas y la arrojaban como granizo contra los vidrios. Los finos granos buscaban su entrada a través de cualquier resquicio y forzaban su camino bajo los canalones de las corrugadas calaminas de los techos. Don Arturo sentía la arena adherirse al sudor de las manos, encrustarse en sus cejas, pelo y mostacho. Rechinaba entre los dientes y corría bajo el cuello de su túnica y caía de su cuerpo.

Lo consideraba un infierno en la tierra. El sempiterno calor del desierto sólo se acentuaba por catástrofes como ésta. El pueblo era golpeado por terremotos o destruido por grandes marejadas, pero siempre volvía a levantarse. Esto seguiría hasta que el salitre de la pampa allá arriba, se acabara. Los *mediopelos*, los extranjeros, la gente de Atahualpa, no podían ser corridos así como así. Regresaban a sus negocios a ganar dinero rápidamente. Pero aun ese dinero fácil cesó de fluir con la depresión, la "crisis." Y ellos conspiraban juntos, los ciudadanos con los rotos. Pero esto no duraría. El, Saavedra, le pondría fin. Cien disparos... Tres ahorcados...

"Dile al sargento que venga." Klaus lo fue a buscar.

"Necesitamos espacio para los prisioneros de Santa Lucía. Ponga a los presos más juntos en el calabozo, uno encima del otro si es necesario. No me importa la manera, van a estar allí una noche más. ¿El carpintero sigue trabajando?"

"Sí, señor prefecto."

"¿Y de cuántos hombres disponemos?"

"Veintiuno, contándome a mí, señor prefecto. Hay además un operador de telégrafo y otro de civil. Veintitrés en total y con el Gringuito, veinticuatro."

"Tú, Gringuito, y el Cara de Buitre son mi personal. Divida el resto en tres grupos. Uno para patrullar y los otros dos que permanezcan aquí listos para cumplir órdenes."

"Muy bien, señor prefecto."

Klaus trajo varios telegramas y se retiró. Estaba tan oscuro que apenas podía ver lo que ocurría en el patio. El carpintero con su ayudante levantaban el cadalso para tres. Se imaginó que podía oír los golpes de martillo a través de la tormenta. Hacían eco en su cabeza. Cuando algún objeto pesado chocaba contra la delgada muralla de la oficina, la cara del muchacho se ponía blanca como tiza. Era un manojo de nervios. Debería calmarse como sus amigos en alguna parte, preparándose para su gran movimiento, esos amigos que tenían su lealtad y afecto. Debía estar sereno como Achazo lo estaría en ese momento. Sintió la voz del jefe. Respiró profundamente para conquistar el miedo y se dirigió donde él.

"¡Mis botas, mis espuelas, mi fusta!" reclamó don Arturo.

Esto significaba una vuelta por la población. Su furia no se dirigía hacia Klaus ni nadie a su alrededor. El joven concluyó que tenía que relacionarse con los telegramas que llegaron, los cuales se hallaban tirados y arrugados por el cuarto. Esto lo pensó mientras lo ayudaba. Debía ser algo relacionado con Santiago y Valparaíso, y con Carlos Dávila quien hasta ese momento parecía ser el mejor amigo de Saavedra. El hombre dio rienda suelta a su ira, mientras Klaus le ajustaba las espuelas

"Así es que yo tengo que hacer su asqueroso trabajo, ¿eh? Y luego me dejará podrir en este agujero olvidado de Dios. Los obreros se han armado en la capital y todo se está yendo al diablo. Algunos soldados han muerto. El Sindicato Rojo de Trabajadores está mezclado en todo esto. ¿Le has dicho al sargento que esté listo?"

"No, señor prefecto. ¡De inmediato!"

Se dirigió hacia el patio. El sargento Nivel y Cara de Buitre estaban prontos. Se encontraron con él en las escaleras. "La condenada SRT," decía. "Pero no aquí en Atahualpa, ¡de ninguna manera!" Se detuvo inspeccionando a su personal. "¡Aquí no! En Atahualpa por lo menos, ¡vamos a tener orden!"

"Sí, señor prefecto," entonaron a la vez.

Miró su reloj. "Son las cuatro en punto. En unas pocas horas más, vamos a tenerlos a todos ellos y sus días van a terminar. ¡No más diversión para esos rotos de mierda! ¡Ah, mis amigos, mañana en la mañana todo habrá terminado!"

Comenzó el recorrido. El jefe de policía delante, Klaus unos pasos detrás, seguido por Cara de Buitre y por último el sargento. Y no lejos, venían dos de sus patrulleros de los siete que quedaban en el cuartel. Era difícil mantener el estricto orden. De vez en cuando, una fuerte ráfaga obligaba a peatones y jinetes a buscar protección en las murallas de las casas y proseguir por las calles afirmándose como pudieran.

Saavedra se paró ante una ventana iluminada. La luz sobresalía con un reflejo amarillento. Era el hogar de don Rudolfo quien abrió personalmente la puerta.

"Un tiempo asqueroso," se lamentó rascándose la arena de su mostacho.

"¡Pero, don Arturo, por favor, entre! Mi esposa e hija estarán encantadas de verlo."

Todas las luces estaban encendidas. Esta casa se mantenía firme en la noche azotada por la tormenta. Había sido edificada para resistir terremotos. Tenía piso de adobe en la fundación y encima uno de madera. El techo era como los otros de esa región, de calaminas rectangulares. La arena estaba allí también, colgando como nubes en el aire sobre la mesa y en la taza de té que la mujer le sirvió al prefecto.

Cada vez que el viento soplaba con inusual ferocidad, las vigas crujían y chirriaban y las calaminas resonaban. Las dos mujeres miraban con ansiedad por la ventana. Hasta don Rudolfo estaba preocupado.

Don Arturo declinó una segunda taza de té. "Los deberes de esta noche," explicó con militar cortesía acompañada por una leve inclinación y una sonrisa afable hacia las damas.

Al reunirse con el grupo, distinguieron en la bahía un barco con algunas velas desplegadas. Era el *Three Times Lucky* con la cadena alzada, tratando de hacerse a la mar abierta en medio de la tormenta.

Empezó "la inspección." En dos restaurantes, vino y licores fueron catados y los fiambres degustados. En cada local el mantel era arrancado de la mesa, causando una avalancha de botellas y platos mientras los invitados reían aparatosamente.

"¡Es una desgracia servir una porquería como ésta a nuestros magníficos trabajadores!" exclamó el líder quien sabía muy bien que los obreros de Atahualpa nunca podrían permitirse el lujo de entrar en esos sitios. Pero consideraba que sentimientos como los expresados acrecentaban su popularidad y, como un pobre dictador provincial, tenía que sostenerse entre dos fuerzas: las que tiraban hacia arriba y la

popular hacia abajo. Que estaba en situación precaria y que el podría caer en cualquier momento, lo supo el día en que recibió el telegrama de Dávila. Pero esto no iba a durar mucho tiempo. El prefecto de Atahualpa iba a imponer sus propias condiciones sin dilación. Tomaría las riendas y cabalgaría hacia donde se le antojase y no donde otros ordenaran. Esa noche en Santa Lucía y la siguiente dejarían sus manos en libertad para una política realmente independiente.

Mañana esa gente de Santiago y Valparaíso vería si en adelante le prestarían mínima atención a sus sugerencias. Les mostraría cómo enfrentarse a una situación, sin titubeos ni asustados como ellos. Si los *mediopelos* no se daban cuenta del papel que debían desempeñar, e incluso si ese *mediopelo* de Dávila era incapaz de retener una dictadura sin la ayuda de los yanquis, abandonando el objetivo de la supremacía de Chile en Sudamérica, por lo menos él, Saavedra, haría de Atahualpa el centro dominante de Chile. Luego vería, pensó...

La ventolera se había intensificado. Por todos lados caían las pesadas calaminas de los techos. Una de ellas fácilmente podía matar a una persona, golpeándola con su filo o incluso decapitarla. No se veía un alma en la calle, excepto el jefe de policía y sus acólitos quienes estaban obligados a hacerlo.

Pero el muchacho sabía que algo se agitaba y fermentaba entre el aullido de la tumultuosa tempestad. El alzamiento de los rotos se efectuaría esa noche. No conocía los planes actuales aunque sí aguardaba la alarma que brotaría de cualquier parte, en cualquier momento. A contramano del viento, llegaron al Club Bolívar y prorrumpieron en sus puertas. En la gran sala del segundo piso, don Arturo notó al instante que no había dinero en

la mesa de juego. Evidentemente no tendría su botín. Klaus se sorprendió al no ver a nadie jugando. Los socios estaban presentes, aun don Rodríguez de Cabeza Buena. Todos se sentaban alrededor de la mesa hablando de política.

"¿Por qué no están jugando? Parece que el tiempo y la política les han arrebatado su sentido común, caballeros." Tomó asiento a la cabecera de la mesa.

"Bueno, ¿a qué vamos a jugar? Ustedes generalmente juegan *'frente el quemante,'* ¿no es así? ¡Traigan los naipes!" El dueño los trajo. El prefecto barajo y empezó a repartirlos.

"Yo seré la banca y sirvamos algo para tomar, señor. Estos vientos nortes lo queman a uno. Si no tomamos bastante líquido, nos vamos a deshidratar completamente.

Pronto el juego los absorbió, al extremo que se olvidaron del mortazo. Hasta estuvieron menos conscientes de la vergüenza de temer al jefe de policía del pueblo, y protector de la ley, como la banca.

Sin duda, era un gran tipo en las fiestas. Se reía de tal manera que el estrépito del viento era momentáneamente apagado. Lo que menos faltaba eran las bebidas. Pedía corridas de tragos, una tras otra. En cuanto al pago de ellas, era asunto que se arreglaría más tarde.

Los naipes volaban alrededor de la mesa. Los billetes eran lanzados y ordenados codiciosamente. Don Rodríguez era el hombre con suerte esa noche y el montón de dinero en frente suyo crecía cada vez más.

"Vaya, ahí está nuestro amigo, Slim," observó el comandante. Estaba parado en el entorno de la entrada, cubierto con el polvo de la arena. Se veía pálido y mojado, un poco cegado por la luz.

"Un *chubasco* me pescó justo antes de llegar. Fue como si alguien me estuviera mojando con una manguera."

"Bueno, pasa no más ¡y remójate por dentro también!" gritó don Arturo. Y el juego prosiguió.

"Qué suerte más grande, va a quebrar la banca," manifestó el policía a don Rodríguez después de unos minutos de juego. Mientras juntaba el dinero de la banca, juguetonamente le agregó un puñado de billetes de los que estaban en frente de don Rodríguez. Al pagarle a otros jugadores, uno o dos billetes siempre se quedaban pegados a sus dedos. Más tarde el sistema llegó a ser más rudo y sin miramientos sacaba dinero de cualquier jugador. Esto empezó después de su quinto trago. Obviamente, los otros caballeros no pudieron entrar en el espíritu del juego. Sus caras se alargaron. Comenzó a colocar las ganancias en su maletín, y los otros siguieron su ejemplo.

"¡Ah, no!" gritó exasperado. "El dinero debe permanecer en la mesa, señores. Estamos jugando honorablemente y, por seguro, entre caballeros. ¿Yo guardo mi dinero? ¡Por supuesto que no! Seguramente, caballeros, ustedes están de acuerdo conmigo? ¿O tal vez no?"

Los jugadores estaban pálidos o rojos, de acuerdo con su disposición. ¿Deberían continuar esta farsa solo para abandonar el local sin un centavo en el bolsillo?

"Extraordinario, ¿no?" le preguntó Saavedra a Slim. "Quieren llenar sus estómagos con buen licor gratis e irse a casa con sus billeteras ¡casi reventadas! ¿Tú le llamas a eso justicia e igualdad? ¿Está eso de acuerdo con los principios que sostienen nuestros amigos?"

Slim reventó de risa. "Nadie se la gana a usted, cuando de chistes se trata, señor prefecto."

Pero al otro lado de la mesa la oposición tomaba forma. Don Alberto, el grueso y colérico contratista de cargas, se dirigía en voz baja a los otros.

"¿No está usted de acuerdo, don Alberto? ¿Es usted de mi opinión?" Y siguió barajando los naipes. No hubo respuesta.

"En efecto, ¿tienen siquiera una opinión por lo menos?" indagó en forma más aguda. "Les ruego me digan, señores. Siempre me he preguntado cuáles son realmente sus opiniones con respecto a muchas materias."

Fue don Emilio quien respondió.

"No es asunto de nuestras opiniones sino de nuestros derechos. Nuestros derechos como ciudadanos. Nosotros también tenemos algunas preguntas que hacer, no sólo con respecto a nosotros mismos sino de todo el país y de la constitución de nuestro país. ¿Tal vez, usted entiende, señor?"

Por un momento, don Arturo permaneció en silencio. Luego contestó, "¿Podrían ser un poquito más específicos, caballeros? Por favor, aclaren sus ideas. ¿Saben? No les entiendo bien. Quiero saber a qué atenerme y a quién tengo que balear mañana en la mañana, además de los que ya están en mi lista. ¿O tal vez ustedes no sabían de mis planes para mañana?"

Don Emilio se hundió en la silla. Don Alberto bajó su vista. Hubo un profundo silencio en el cuarto. ¿Había cambiado nuevamente la situación en el país y Saavedra tenía noticias adelantadas?

Una detonación apagada sonó afuera, y parecía provenir de la bahía. Luego otra.

"¿Qué es eso, sargento?" El jefe de policía corrió hacia la puerta, la abrió y estrepitosamente bajó las escaleras. Dos *bengalas* estallaron en el cielo y luego una tercera se alzó. Perduraron por un momento y se disolvieron. Eran señales de peligro de un barco. El prefecto se le unió.

"Es el *Three Times Lucky*, señor prefecto."

"¡Debe haber encallado! ¡Ese maldito barco! Pero tenemos que hacer algo. ¿Dónde están nuestros hombres, sargento?"

"Una patrulla está aquí, señor. La otra de guardia en el pueblo, como usted ordenó. La tercera en el cuartel."

"Está cerca de Punta de Pesca. Mande sus hombres allá. Los que están de guardia en el pueblo se nos deben unir aquí. Envíe un soldado a buscarlos. De aquí nos vamos al salón de baile y luego donde don José. Entonces creo que nuestro trabajo terminará por esta noche. Pero antes de irme, tengo que decirles unas pocas palabras a ese grupo arriba."

Volvió al salón de juego. Una mirada le permitió saber que ya habían guardado su dinero. Se habían recuperado parcialmente de la sacudida que les propinó. Era momento para otra.

"Ven, señores, un naufragio mientras estoy aquí sentado, tratando de descubrir qué se trama en este lugar. Pero, ¡vamos al asunto! Don Emilio, su Liga de Arrendatarios considérela disuelta por ser una organización antinacional. El Estado confiscará sus fondos y usted, mañana por favor, preséntese en mi oficina con los libros y lista de miembros. Don Rodríguez, usted también es responsable de un grave cargo. Por favor, venga mañana a la misma hora."

No podía continuar lanzando cargos sin fundamento de alta traición. Sin embargo, ésa no era razón para dejarlos en paz. Sabía lo suficiente sobre cada uno de ellos para traer a luz alguna causa que despertara miedo e inquietud. Uno por uno los amenazó.

"Don Alberto, ya le he advertido varias veces que usted se ha excedido en su licencia de transporte al promover asuntos que están fuera de su jurisdicción.

lo esperaré mañana en la mañana. Don Pedro, usted parece no darse cuenta de que hay un embargo en el comercio de piel de lobos. Me agradará informarle más al respecto acerca de la nueva legislación. Don Diego, don Ernesto, don Eduardo..."

Sólo precisaba pronunciar sus nombres y omitir sus transgresiones. Fue suficiente. Era obvio que cada uno de los caballeros tenía algo en su mente. Traición no, evidentemente, pero todos se habían sobrepasado en sus atribuciones, mezclando vino con agua, usando medidas y pesas falsas. Se hallaron atrapados como ladrones con las manos en la masa. Cambiaban la postura de sus piernas, tocaban sus solapas con los dedos, o ensayaban una sonrisa de confianza. Insistieron en su gran deseo de ir a su oficina la mañana siguiente. Don Arturo deseaba amedrentarlos una vez más antes de marcharse.

"¿Creen ustedes, pequeños ladrones, que yo me vine a esta porquería de agujero de pueblo, para dejarlos engañar sin pagar por ello y para proteger sus gordas posaderas de la pateadura que se merecen? Yo represento un principio. Soy el Estado y estoy tratando de que entiendan lo que le deben al Estado. Y piénsenlo con cuidado, ¡o será doloroso para ustedes! ¿Me doy a entender? ¡Bien! ¡Entonces mañana a las diez en punto en mi oficina y les voy a mostrar algo que los despertará a todos!"

Calculó que los soldados llegarían con los prisioneros a tempranas horas y confiaba que todo estaría pronto para las ejecuciones. El efecto que causaría a los ciudadanos sería apabullante. Se dirigió hacia donde su personal estaba listo para seguirlo. Los caballeros se inclinaron antes que desapareciera. Lo repitieron hasta con Klaus, la mascota y títere del dictador con sus harapos pantalones, chaqueta de seda y el panamá en las manos.

La tempestad no había disminuido. Los salones de baile se encontraban en las calles más expuestas de la ciudad, arriba cerca de los cerros. Pese a ello, Saavedra no podía perdonarse la visita. Empezaron a subir apoyándose en cada roca que ofrecía abrigo. Por uno y otro lado, pasaron espacios en los que pocas horas antes existían viviendas, las que habían sido destrozadas por la tempestad y diseminadas a los pies de los cerros.

Pero el salón de baile se conservaba en pie, indudablemente haciendo un magnífico negocio pues no había sitio para más clientes. La puerta estaba cerrada y el sargento tuvo que golpear con la cacha de su revólver para que abrieran. Un penetrante vaho de perfume acre, sudor y alcohol se mezcló con el fuerte viento.

Había mujeres de todas *mezclas*, *mediopelos*, *cholas* e inclusive una de tipo oriental. Klaus notó que indias puras no se veían por ninguna parte. Estaba la muchacha danesa, la Gringa de quien había escuchado hablar tantas veces. Ella era la reina. Mientras que las demás vestían colores vívidos y chillones, la Gringa sólo usaba un par de voluminosos pantalones blancos. Su cuerpo semidesnudo de la cintura arriba brillaba y destacaba en contraste con las morenas y sudorosas caras de las chilenas.

El tumulto de gritos, cantos y conversaciones, desafiaba el ruido de la tormenta. Se vislumbraban caras que no podrían verse en el Club Bolívar ni en la Casa de Cena. Klaus reconoció un número de exresidentes del calabozo, ladrones y otros de menor cuantía. Había allí pequeños comerciantes, agentes de comisiones y otros con menos definidas profesiones. Cuánta gente que no tenía una vida dura, esforzada en este pequeño pueblo de Atahualpa, pensó Klaus. Y recordaba que Chiu le dijo que

de los cinco millones de habitantes de Chile solo cuatrocientos mil eran asalariados.

Doña Teresa, la enorme y gorda propietaria, precisaba forzar su físico para circular entre los bailarines y las mesas apiñadas. "Cincuenta por ciento extra para costear la reconstrucción del piso de arriba," decía cada vez que un mozo colocaba una nueva botella sobre una mesa. Los recién llegados se imponían que una hora antes, la parte alta de la casa había volado por los aires, un hecho que no se captaba desde fuera por la completa oscuridad reinante.

Los clientes apuraban el vinillo para dejar sus mesas y unirse a la *zamacueca*, un baile imitando el acoso del gallo por la gallina, pero con dos o tres mujeres casa un grupo de hombres danzando alrededor de ellas. Cada uno traía en la mano un pañuelo rojo el cual revoloteaba por encima de su cabeza hasta que uno de ellos tomaba una mujer y se iban detrás de las cortinas que ocultaban parte de la pieza. La danza concluía al desaparecer la última y los vencidos regresaban a sus mesas. El victorioso en la gesta debía asegurar a su cautiva que disponía de los diez pesos o más por el breve encuentro a solas. A esto se agregaba el cincuenta por ciento para reconstrucción, cuya falta se suplía con las improvisadas cortinas.

El baile proseguía. La Gringa obstinadamente declinaba cada invitación. Sabía lo que estaba haciendo pues luego recibía la oferta en dinero del país de donde provenían, "Diez chelines," "una libra esterlina," "cinco dólares," "diez florines," gritaban, revoloteando sus pañuelos rojos como señales del deseo. Pero la Gringa sonreía y se movía seductoramente mirando el techo o por sobre las cabezas de la multitud.

Don Arturo se incorporó al círculo. Obsequiosamente le abrieron paso y alguien le ofreció su pañuelo. Realzaba

la atmosfera de patio de rancho. Bailaba un verdadero gallo con sus grandes espuelas y su cara roja e hinchada por el *licor*. Se pavoneaba como gran señor en este sitio particular de su estercolero. La mayoría de los hombres se retiraron en seguida, al ver quién era su competidor. Pronto se deshizo de los otros, pisándolos o golpeándoles sus tobillos con las espuelas. Sólo las mujeres persistieron, una *mediopelo*, una *chola* y la Gringa. Todos guardaban silencio, observando, y por primera vez se pudo escuchar el sonido de las guitarras, el tamboreo y las *huifas*. El clamor del huracán penetró para acompañar al jefe en su danza revoloteando las tres mujeres: su pecho afuera, el mentón alto, las espuelas tintineando. Los que estaban sentados o de pie, palmoteaban siguiendo el ritmo de la música. Los agudos gritos incitaban a las mujeres a efectuar movimientos aun más acentuados.

"¡Una *cueca* para nuestro prefecto!"

"¡Viva el prefecto!"

Al rato se cansaron de su papel de espectadores. Después de todo había otras mujeres, suaves criollas, gentiles cholas, ostentosas morenas. "¡Abajo con las cortinas secretas!" vociferó un grandote, tratante en ganado, y los hombres corrieron juntos hacia el rincón más lejano del local.

"¡Cincuenta por ciento, señores!" chilló doña Teresa. Don Arturo había cogido a la Gringa y alzado por sobre su cabeza. En ese momento la oscuridad cegó los ojos de Saavedra. Un viento arremolinado se introdujo en el salón. El piso se desplomó y las murallas cayeron. Las lámparas a petróleo se balancearon furiosamente y se apagaron.

El prostíbulo con clientes y personal fue arrojado cerro abajo.

Klaus había sido lanzado contra la muralla de atrás donde se halló en una frágil plataforma de listones y hojalata que el viento arrastró unos treinta metros con el muchacho encima. Afortunadamente, la parte alta de la aldea estaba separada de la baja por una inclinación arenisca con piedras diseminadas por todas partes. Esta especie de balsa con Klaus como pasajero aterrizó en la arena. Todo sucedió tan rápidamente que no se percató hasta que todo hubo acabado. Momentos antes estaba sentado en el ruidoso salón lleno de humo y se encontraba afuera en las tinieblas, golpeado por el viento.

Deben estar todos muertos, pensó, mientras gateaba en busca de refugio tras una roca, temiendo en cualquier momento ser herido por una calamina. ¿Y qué pasó con los rotos? ¿Habían decidido no realizar su plan? Que él supiera, nada había ocurrido todavía y el tiempo avanzaba. Pronto amanecería y la horca estaba preparada en el patio. Se resolvió a bajar al pueblo e ir donde Cachimba. Pero primero debía averiguar qué le había pasado al jefe.

Subió hacia donde se ubicaba el salón de baile, trepando las rocas. No, pensó, el plan de los rotos había fallado. Cachimba le prometió que le avisaría cuando fuera el momento, según órdenes de Achazo, y ese aviso le llegaría no importara dónde estuviese. Pero no le llegaba palabra alguna. Se dio cuenta de lo fervientemente que había deseado el alzamiento de los rotos, el cual también significaría su liberación.

Fue entonces que vio a Saavedra, aparentemente ileso, agachado hacia adelante y gritándole a alguien entre las rendijas de las rocas. Metió su brazo y sacó a Cara de Buitre quien estaba aterrorizado.

"Sale de ese hoyo, ¡maldito cobarde!"

"Es un fierro, señor prefecto, un fierro del techo. Casi me mató."

"No tienes ni un hueso quebrado, pedazo de bruto. Bien, tenemos que sobreponernos a las circunstancias. Estamos de guardia y no la hemos terminado todavía. ¿A dónde vamos, sargento?"

"Donde don José, señor prefecto." El sargento se mantenía en posición firme. Su guerrera estaba rasgada y sangraba de una cortadura en su cabeza.

"Muy bien, allá vamos entonces. El tipo se merece un pequeño remezón."

En su descenso tropezaron con siete soldados que con sus caballos buscaron refugio al abrigo de unas rocas. En comparación con la parte alta de la población, aquí reinaba la tranquilidad con las calles completamente a oscuras.

Don Arturo concibió la idea de alumbrar el camino disparando continuamente sus pesados revólveres de servicio con los hombres a su cargo: el sargento, Cara de Buitre y los siete restantes, todos al unísono. Nivel sostenía una pequeña linterna. Se encontraron con dos trasnochadores los que fueron cogidos y golpeados, como era la costumbre pues al toque de queda de las doce, el pueblo pertenecía a la policía. Era verdad que varios salones, prostíbulos y otros negocios disfrutaban de la licencia del jefe para seguir abiertos hasta las dos o tres de la madrugada. De allí era asunto del juerguista cómo ir de un lugar a otro o a su casa. Si la patrulla lo sorprendía, era golpeado. La tradición así lo establecía.

Ya andaban en las vecindades de los muelles. Unos rayos de luz aparecieron con el salvo de pistolas y dejó al descubierto a un grupo de individuos escondidos detrás de lo que parecía ser una barricada. ¡Los rotos! pensó Klaus.

Por un momento la tierra tembló a sus pies y el mantuvo las manos juntas contra el pecho. Luego se enteró de que no era una barricada sino un improvisado refugio construido con calaminas, maderas y escombros. Uno de los hombres estaba de pie, otros pocos sentados, la mayoría echados en la arena. El de pie era Lindnaes y junto a él, Martín. Los otros comenzaron a pararse. Era el campamento de los marinos sin casa, los playeros o *bichicumas* y que para el comandante significaba un negocio como un hotel con piezas, baños y otras facilidades. Tenía un acuerdo con Slim por el cual participaba en las ganancias derivadas de los *avances* de esos hombres a quien éste conseguía trabajo en los barcos, aunque había clientes como Martín que no proveían un centavo.

"¡De pie, vagos de mierda!" gritaron los soldados.

El sargento fue de uno en uno, alumbrándolos con su linterna. "Es la gente de Slim," informó.

"Correcto," verificó Saavedra que sabía quiénes eran. "Pero, mírelos bien. La basura de todas las prisiones del mundo está desparramada en esta playa."

Se dio vuelta hacia Martín, "Lata-Lata, viejo saco de piojos, ¿por qué no te pones de pie?"

Hizo un gran esfuerzo. Contestó pero su voz era muy débil para oírla. Klaus acercó su oreja a los labios de Martín.

"Está muy enfermo, señor prefecto, sus pulmones están pésimos y también tiene reumatismo."

"Pregúntale cuánto tiempo piensa vagar por estas partes."

"Hasta que me muera, señor. Los capitanes ya no me contratan."

Don Arturo miró de soslayo sus viejas espaldas, sus mejillas hundidas y los huesos sobresalientes en su flaco cuello.

"El diablo no conseguirá mucho, cuando te tenga en sus manos, Lata-Lata. Ni siquiera eres buena comida para los piojos."

Martin examinó a Klaus con ojos oscuros y tristes. "Miren lo que ha llegado a ser el muchacho," murmuró. Había escuchado algo sobre la cambiante situación de Klaus, se dio cuenta de su estrecha relación con Saavedra.

"Daría cualquier cosa porque hubiéramos ahogado al pequeño hijo de su madre cuando tuvimos la oportunidad," sentenció Lindnaes. La tormenta continuaba azotando el pueblo.

"¿Qué están diciendo?" interrogó el comandante.

"Sólo preguntando cómo estoy, señor prefecto. Trabajábamos en el mismo barco."

"Ah, así es que son viejos amigos tuyos. Tráelos contigo entonces para tomarnos un *trinque*. ¡Invitalos a todos donde don José! Diles que yo pagaré. Esta noche estamos celebrando, ¡y mañana sabrán por qué!"

Pero los *bichicumas* eran pocos para satisfacer su generoso capricho. Entró en media docena de miserables chozas y despertó a sus ocupantes. Ellos también debían ser sus invitados. "Estos son nuestros bravos rotos," le dijo al sargento. "Aquí están durmiendo plácidamente con sus mujeres, ¡con esta tormenta! Con un ejército de éstos, podría conquistar Sudamérica."

No era hospitalidad ni capricho lo que empujaba a don Arturo. Necesitaba afiebradamente matar el tiempo que distaba de las ejecuciones. Y no era lo único. Pensaba en Dávila y la oposición que podía sublevarse en la capital. En tiempos tan inciertos, era conveniente asegurarse del apoyo de las masas. Esta noche de camaradería seguida por una mañana de ejecuciones, tendría valiosos resultados.

Habia una tercera consideracion. Le debia una leccion a don José y esta inmensa banda de *guarguieros* secos, era capaz de dejar un gran vacio en el depósito de licores del tabernero.

Hallaron un buen número de clientes en el recinto: estibadores, obreros de las calicheras y arrieros. Además cierto número de socios del Club Bolivar estaba allí con el propietario don Diego quien habia decidido cerrar temprano por esa noche.

El local era viejo y firme. Por treinta años habia resistido los embates del tiempo con el bar y su gran barril en una esquina, sitio de honor, y sillas y mesas por doquiera. Ningún terremoto había bamboleado jamás tal disposición, ni el viento norte arrancado el firme techo. La casa habia sido edificada sobre unas rocas del contrafuerte condilleramo que se perdia en el mar. Las olas de la tormenta azotaban sus bases y la espuma chocaba contra las ventanas.

Al entrar el jefe de policia, las pequeñas rumas de monedas en las mesas se desvanecieron. Pronto quedó claro que era la gran noche del prefecto y el juego continuó. Saavedra con sus acólitos y cuantos de sus rotos invitados pudiesen caber, se sentaron alrededor del gran barril. Cerca estaba Klaus en una gran mesa con los *bichicumas* y el resto de la chusma. Don José llamó a uno de sus ayudantes de cocina para ayudarle a servir. Una gran bandeja con botellas de vino y distintos licores arribó frente a don Arturo.

"¿Qué? ¿Esta porquería barata en una noche como ésta?" gritó empujando todo el contenido de la bandeja en las rodillas de un roto sentado junto a él. "¡Esta noche es de celebración! Debemos tener algo especial." Llamó la atención de la esposa de don José.

"¡Doña Juana! ¡Estamos tomando ponche esta noche! ¡Y sólo ponche! ¡Ponche para toda esta compañía! ¿Y tú, Gringuito, ya ordenaste? Tus invitados tomarán ponche también. ¿Pero qué toma el Gringo del cerro, señores? ¿Saben ustedes? ¡Sólo limonada! Por lo tanto pediremos también limonada para nuestro Gringuito. Una limonada para el señor Gringuito, patrona."

Al lanzar su pulla contra el Gringo explotador, los rotos rieron. La esposa de don José les estaba preparando un ponche helado con dos o tres licores diferentes y leche. Con sus enormes pechos y figura y su cara morena detrás del mostrador, preparaba la mezcla en una gran ponchera, mientras el pequeño y rechoncho don José corría trayéndole las botellas.

El prefecto observaba cuidadosamente el proceso. "Echele una botella de vermut también y media taza de Angostura, algunos clavos de olor y una docena de limones." Se palmoteó el muslo dirigiéndose a los rotos.

"Miren a don José y doña Juana. ¡Les apuesto que los dos juntos pesan doscientos cincuenta kilos! ¿Quién me acepta la apuesta?"

Los rotos rieron aunque ninguno la aceptó.

"Pero, hombres, ¿qué pasa? Tenemos una apuesta. Cuando don Arturo habla, es en serio. Pagaré una corrida por cada gramo debajo de los doscientos cincuenta kilos y don José pagará una corrida para toda la casa, por cada kilo de sobrepeso. ¿Qué les parece?"

Un estallido de aplausos recibió la oferta y la corrida inicial se sirvió por adelantado. Antes que los vasos estuviesen vacíos, un empleado del puerto con la ayuda de dos rotos, habían arrastrado una balanza. Entre gritos de alegría, don José y doña Juana subieron a la balanza.

pesaron exactamente veinticinco kilos y medio por sobre los doscientos cincuenta. Esto significaba una veintena de tragos por persona y había más de sesenta parroquianos.

Fue don Diego el primero en calcular la pérdida que sufriría don José. Comunicó a don Emilio, "Don José ha perdido una enorme cantidad de licor de una manera perfectamente normal."

"Perfectamente normal," repitió don Diego con una forzada sonrisa. Esto hacía que su propia desgracia pareciese insignificante.

El ruido era ensordecedor. Corrida tras corrida y ponchera tras ponchera aparecían para el comandante y sus invitados. Sin decir agua va, el jefe salió arriba del casco, sosteniendo en alto su vaso, el más grande que don José poseía.

"¡Somos los condenados!" gritó.

"¡Somos los condenados!" replicó el coro de todos elevando sus copas porque ése era el brindis de ellos. Las murallas devolvieron sus voces. Klaus estaba angustiado. La noche volaba y en la mañana el patíbulo. ¿Qué podía hacer él para detenerlo si no pasara nada, si los amigos no llegaran? Si los planes del prefecto tuvieran éxito, Klaus no deseaba seguir viviendo. ¿Dónde estarían sus amigos y Achazo? Lo habían abandonado. El alboroto alrededor de él se transformó en el grito de sus enemigos.

Debido al aglomeramiento, el lugar se acaloró. El aire estaba húmedo y enrarecido con el humo del tabaco. Los convidados se apretujaron más. Un espacio para baile quedó claro en el centro. Don Arturo les dio el ejemplo. Cuando doña Juana se acercaba al grupo con una ponchera fresca, se levantó, hizo una venia y le pidió un baile. Luego dio una vuelta alrededor del piso con la enorme carga.

llamando al resto para que se le uniera. La cara de doña Juana comenzó a adquirir un tinte azulado. La soltó y cogió a una joven camarera. Había algunas mujeres presentes y en un santiamén la pista se colmó de bailarines.

Lindnaes había bebido bastante y estaba muy conversador. Aparentemente, había superado su reciente animosidad contra Klaus.

"No es una mala idea, después de todo, eso de comprar un bote y salir a la pesca de albacora. ¿Te acuerdas que me lo contaste a mi y a Slim? Y podrías invitar a uno de nosotros para hacer un viaje contigo. Claro que yo no tengo *chance*, me voy en el vapor mañana. ¿Por qué no te vienes conmigo? Necesitan un tripulante. Pero tal vez tengas razón de quedarte donde estás. Te va yendo bien, creo. Sí, Slim tiene razón..."

Klaus no contestó. Esta noche era la última noche para él, ocurriera lo que ocurriere. No se echaría para atrás aunque Saavedra lo pusiera con los demás o lo ahorcara al lado de Achazo. Se iría al cuartel de policía, escabulléndose quietamente y liberaría a Chiu y el resto. Había únicamente siete soldados y si eran sorprendidos antes de escapar, bueno, moriría allí con Chiu y los otros. Fue entonces cuando vio unos marinos elevando los ojos por sobre su cabeza, riéndose. Dos pequeñas manos ásperas cerraron sus ojos y los dejaron libres otra vez. Un brazo se deslizó por su cintura. Avistó la cara de Tutapa. Ella sonreía desafiadoramente y alzó su limonada para brindar por él.

"¡Caramba!" gritó Lindnaes, "¡el chico sabe arreglárselas! Y con alguien de su misma edad, ¡muy bien!"

"Quédate tranquilo," le susurró. "La fiesta está empezando. Achazo está afuera. Cuando entre, no debes dejar que nadie sepa que tú lo conoces."

Vació la copa y se sentó. Le revolvió el pelo con su mano caliente. Los marinos aplaudieron. Ella les brindó una sonrisa.

"Me voy, pero cuando las cosas comiencen, te busco y te digo lo que debemos hacer. Vuelvo pronto, Gringuito," y besó su mano al salir rápidamente. Klaus sonrió y retornó el beso. Estaba contento de poder sonreír abiertamente. Hubiese sido muy difícil esconder el sentimiento de liberación que lo embargaba, trayéndole un imprevisto regocijo. Qué inteligente es, pensó, debo usar sus mismas tácticas. Y llamó a don José para que se preocupase de llenar las copas de los marinos.

Al hacerlo, se paró, y echó una ojeada alrededor. Distinguió a Pejeperro sentado a una mesa con algunos otros. Entre ellos estaba Congrio y otro hombre que había visto donde Cachimba. Se abrió la puerta y un nuevo grupo entró. Eran rotos, pero Klaus no reconoció a ninguno.

"Esta cuestión está buena," notó Lindnaes. "¿De qué está hecha? Leche y grapa, ¿eh? Y, ¿qué más? Debes darme la receta, muchacho. ¿Sabes cómo la hacen?"

"Cómo no."

"¡Qué bien! Vamos a preparar una en el próximo puerto en que atraque el viejo barquichuelo."

La música terminó. El prefecto abandonó a su pareja de baile cerca de la mesa de Klaus. Se inclinó y palmoteó bruscamente su hombro.

"¿Por qué no estás bailando, Gringuito? Tenías a una dulce y pequeña morena en tus brazos hace un minuto o ella te tenía a ti. Te estaba mirando, ¡diablito! ¿A dónde se fue la pequeña?"

"Desapareció de repente." Don Arturo se sentó.

"¿Ves? Eres un verdadero gringo, débil. ¿Lo ves? No puedes poner tu mano en nada. Como el Gringo del cerro. Sus manos tiemblan y sus huesos están tiesos. Bueno, no se puede hacer nada, así es cómo son los gringos y en cuanto a ti, viejo perro del mar," y le llenó la copa a Lindnaes, "¡bebe, es lo mejor, ponche! Una bebida noble, hecha a la medida para una fuerte sangre oscura. Ya veo que incluso te calienta tu pálida sangre gringa. Estás sonrojándote cómo una rosa, y tú, viejo Lata-Lata, ¡toma! Es bueno para tus viejos huesos. En todo caso, es gratis esta noche, así es que tomen todo lo que quieran."

"Pero, Gringuito, hay una pregunta que me persigue toda esta tarde. ¿Cómo le llamas a un hombre que le mete un cuchillo a otro en el estómago?"

Klaus rió, fingiendo que era un chiste mientras se preguntaba a dónde iba el interrogatorio.

"¿Puedes contestarme? ¿Qué son esos maricones que apuñalan a nuestros valientes policías? Eso es lo que te pregunto."

"Son asesinos."

"Eso es, Gringuito. Esa es la respuesta. ¿Y cómo llamas al criminal que prácticamente invita a esos bandidos a cometer un crimen?"

"Es un asesino también, ¿supongo?"

"Esa es la idea, ¡mi Gringuito listo! O un asesino o un condenado idiota. En este momento no sé cuál. Tienes *cacumen*, Gringuito. Por tu primera respuesta, mereces una decoración. Por la segunda, mereces el patíbulo, si hubieras dicho eso en Santiago donde cierto caballero tiene un alto cargo y hay problemas debido a los asesinos rojos. Pero no aquí en Atahualpa donde hay orden mientras Arturo Saavedra sea el prefecto. Ese caballero que solamente ayer estaba comiendo con asesinos, quien toleró a la

organización traicionera la cual desde las ocho en punto de esta tarde ha sido prohibida a lo largo del país, ¿sabes quién es él, Gringuito? Déjame decírtelo al oído..."

Se agachó y bramó para que todos lo oyesen. "¡El es el presidente de nuestra república! Pero las cosas son diferentes aquí en Atahualpa. Los trabajadores aquí no necesitan ninguna organización. De hecho, todos estamos organizados. Somos una comunidad unida. Y, *rotos míos*, si tienen algo contra el Gringo del cerro, ¡aquí está su líder!"

Hubo algunos aplausos. Don Arturo subió nuevamente al casco del barril.

"Atahualpa tiene su líder. ¡Rotos! ¡Estamos celebrando esta noche!" Suspendió su discurso. "Pero, ¿por qué no para la música y por qué esos cerdos no dejan de bailar cuando su líder está hablando?"

La música se detuvo. Los bailarines permanecieron quietos. El jefe reanudó su monólogo.

"Esta noche celebramos una ocasión, un festival. Celebramos la caída de los traidores y la inauguración de la unidad de la gente, ¡en Atahualpa! ¡Abajo con los traidores del Sindicato Rojo de Trabajadores!"

Los vítores que recibieron sus palabras fueron débiles y casi todos se mantuvieron sentados. Los pocos que se levantaron, se sentaron al rato, espiando a su alrededor en forma interrogante.

"Yo les diré por qué necesitan un líder," gritó don Arturo, alzando una mano en búsqueda de apoyo aunque no lo encontró. "Primero, déjenme decirles lo que les pasó hoy en Valparaíso a un grupo de bandidos rebeldes. Les dispararon con la artillería. Están todos muertos, simplemente, ¡muertos! Y así es cómo debe ser. Por lo tanto, ¡viva la comunidad de Atahualpa y su líder!"

El silencio fue mayor. Entre los rotos habia muchas caras sobrias y otros se habian recuperado con extraordinaria facilidad de su borrachera. Un fornido mapuche ingresó y arrastró una silla con toda calma en medio de la muchedumbre. Se sentó directamente bajo el prefecto, mirándolo en forma altanera. Saavedra no pudo menos que notarlo. Se dirigió a él.

"¿Por qué no abres tu maldita boca y vitoreas? ¿Por qué no te pones de pie cuando tu líder está siendo aclamado?"

"Tengo otro líder."

Y en ese momento del gentío agrupado en el salón de baile provino el grito, "¡Viva la SKI!" Pejeperro saltó arriba de una mesa, "¡Viva la Internacional Roja!" y las aclamaciones resonaron avasalladoramente. "¡Sargento!" vociferó el comandante.

"Si, señor prefecto."

"Arreste a ese hombre.... No, no, no vale la pena...¡un *crestón* como éste! Dejemos que el Gringuito lo haga. ¡Gringuito!"

Señaló hacia el mapuche y llamó a Klaus por sobre las cabezas que se interponian entre ellos. Todos estaban de pie. El muchacho se paró, su cara pálida pero sonriente. El indio grandote era Achazo. Avanzó hacia él con los ojos clavados en su cara. ¡Debo fingir que no lo he visto nunca! recordó. arresto. ¡Pesca a ese hijo de puta por mi!"

Klaus se detuvo cerca del mapuche que estaba sentado. Quería hablar aunque no sabía qué decir. Achazo se levantó, agachó, colocó su brazo alrededor del joven y lo lanzó hacia el grupo en el piso de baile. Abrieron filas y Klaus pasó de largo. Al instante volvieron a cerrar solidamente el circulo. De repente todo el mundo parecía estar pidiendo música.

"*¡La Canción del Salitre!*" exclamó Achazo. La orquesta comenzó. Sabían muy bien la melodía. Los rotos cantaron voz en cuello y el ritmo llenó el local:

¡Salitre!
Ese es nuestro pan diario
Salitre
¡Esa es nuestra hambre!
Cavamos, cavamos
Rascamos la piel dura de la roca
la fuerte piel, la resistente piel.

Salitre
No cavaremos más nuestras propias tumbas.
Ha llegado la hora
ha llegado la hora.

Salitre
¡Salitre!
No comeremos más el pan de los esclavos.
No pasaremos hambre nunca más.

Cavamos, cavamos.
Rascamos y arrancamos.
Socavaremos este viejo mundo
hasta que se derrumbe en mil pedazos.

Vamos a organizar la pampa.
¡Y terminemos
con este mundo capitalista!

¡Salitre, salitre!

Achazo y Klaus estaban en el centro de la abigarrada multitud que ya no bailaba porque seguía el ritmo de la

canción, golpeando el suelo con sus pies. Las mujeres habían desaparecido. Los hombres parados alrededor de Klaus y Achazo eran los extraños rotos que llegaron tarde.

"Escucha, hijo", le susurró Achazo. "Vamos a estar aquí hasta que nos arresten. Pero tú debes irte. Andate a la estación de policía tan rápido como puedas. Primero ve a la oficina y corta la línea del teléfono. Luego en los calabozos desengrilla primero a Chiu y Antonio, después Patacocha. Ellos liberarán a los demás. Debes mostrarle a Chiu dónde guardan las armas. Pero hazlo solamente si nadie te ve. Si algún soldado te ve y te pregunta qué estás haciendo, dile que tienes que hacer lugar para nuevos prisioneros. En ese caso, dile a Chiu que todo se hará de acuerdo como lo planeamos y que esperen hasta que lleguemos. Tutapa te espera afuera. Ella sabe lo que se debe hacer y va a ir contigo. Debes apurarte en llegar pero una vez allá, tendrás tiempo de sobra antes que nosotros lo hagamos."

El jefe de policía todavía estaba de pie en el barril. Instintivamente gritó, "¡Sargento!" Al mismo tiempo Nivel corrió hacia la puerta, la abrió y piteó tres veces. Entretanto el prefecto miraba alelado el espectáculo, todos esos hombres unos juntos a otros en medio del local, escondiendo a su Gringuito con su pequeña chaqueta y sombrero.

Están locos, pensó. Locos o completamente borrachos. ¿O podía ser una rebelión? Había algo fantástico, irreal en la situación. Oyó la señal del sargento y despertó a la acción. "¡Quédense dónde están, todos ustedes!" ordenó sacando su pistola automática. Pero los rotos ansiaban este momento y la multitud se fue contra el casco, el que rodó por el piso con el Prefecto de Atahualpa. Sus tiros fueron a dar al techo. Después los rotos se portaron como entrañables amigos. Un tipo macizo lo ayudó a ponerse de pie y le sacudió el

polvo del uniforme. ¡Eran unos locos de remate, eso era todo! Y el panorama se le aclaró mucho más. A pesar de todo, aún entonaban su canción.

Una vez de pie, se sintió dueño de la situación.

"¡Silencio, todos ustedes están bajo arresto!"

El canto continuó y se hizo más intenso. Miró en torno y se dirigió a la puerta. La concurrencia se cerró más todavía en frente de él. En ese momento, el sargento volvió con los siete soldados. ¿Sólo siete? se preguntó Saavedra. Los otros llegarían pronto después de oír el silbato. Quedaban el operador del telégrafo y el centinela. Esto dejaba libre a cinco hombres y el otro pelotón había sido enviado a Punta de Pesca, por el maldito velero.

"Andate," le ordenó Achazo cuando don Arturo fue a dar al suelo. "Tutapa está detrás de la casa, esperándote. Vete por la puerta de atrás."

Siete hombres y cinco más que vendrían suman doce solamente, calculaba el jefe. Nunca lo suficiente, si esos fulanos se resistían. Pejeperro en esos instantes interrumpió sus pensamientos.

"¡Silencio! ¿No oyeron al señor prefecto? Estamos bajo arresto."

La música se detuvo y todos guardaron silencio. El roto no era tonto, pensó el policía. Sabía qué lado iba a ganar. ¿O era él mismo el tonto, un completo y perfecto idiota? Al día siguiente lo sabría. Tal vez el tipo le podía ser útil.

"Estamos todos arrestados," repitió Pejeperro. "¿Qué podemos hacer? Quédense quietos."

"¡Manos arriba!" ordenó el comandante. "Cualquiera que se resista, le doy un balazo en la cabeza." Su propia pistola había desaparecido cuando se cayó al suelo, y no iba a andar en cuatro patas buscándola, en todo caso...

"¡Sargento!"

"A la orden, señor prefecto."

"Vaya a la puerta trasera y comrole que nadie se escape por ahí. De a uno ¡diríjanse a esa puerta!" No hubo problemas, uno a uno salieron a la calle, con los brazos en alto. Fácil, fácil, pensó Saavedra. Hasta había manejado el asunto muy bien aunque eran muchos. Una vez que fueran encadenados, entonces verían. Les hablaría en un tono diferente. Algunos tendrían que ponerse contra el paredón con el resto. Qué lástima, de alguna manera el había determinado que sólo fueran ciento tres.

Los caballeros del Club Bolívar también se retiraron con las manos en alto y Slim con ellos.

"Mándate a cambiar," le ordenó a Slim. Se dirigió a don Emilio, "¿Ve usted la clase de gente que los demócratas tratan de conquistar?" Sin embargo, también lo dejó libre junto con sus compinches. El resto fue alineado en angosta columna en la calle. Los soldados de la central habían arribado con caballos extras para el sargento y el jefe. La procesión partió. Dos soldados adelante, luego los prisioneros escoltados en ambos lados con don Arturo y el sargento detrás. Pero uno de los soldados iba a pie.

"¿Dónde *crestas* está tu caballo?"

"Se fue, señor prefecto."

"¿Se fue?"

"Cuando nos llamó al salón, señor prefecto, lo dejé detrás de la casa. Al salir, ya no estaba."

Poco después uno de los policías que llegó del cuartel explicó lo sucedido.

"Fue el Gringuito. Yo lo vi llevarse el caballo. Dijo que quería regresar *al tiro* al cuartel para hacer espacio para los nuevos prisioneros."

"Es un chico avispado. Será un gringo, pero tiene el cerebro de un *mediopelo*."